



Phoebe Willows

Misterio en Lasalle

©Misterio en Lasalle -Copyright by Phoebe Willows, todos los derechos reservados, prohibida su reproducción total o parcial de la obra sin el consentimiento de su autor. Publicación original 2012. Edición nueva revisada. Noviembre de 2019.

Misterio en Lasalle

Phoebe Willows

CAPÍTULO 1

Cada mañana al despertar tengo la sensación de que todo es un sueño, y que a pesar de los contratiempos y de tanta desdicha, hoy finalmente soy feliz, estoy dónde siempre he deseado estar, junto al hombre que amo y que siempre amaré.

Pero antes de llegar a este sueño me vi envuelta en un terrible enigma y mi vida corrió peligro, y deseo contar todo desde el principio, porque no tengo culpa alguna. Si alguien desconfía de la veracidad de los hechos solo debo pedirle que lea un artículo de la gaceta de Francia, titulada; la tragedia de los hermanos Lasalle, de fecha 23 de septiembre de 1892 y sabrá que en nada he mentido ni exagerado.

Pero empezaré desde el principio. Conocí al marqués de Lasalle en una tertulia parisina muy de moda entonces. Era un hombre extraño, taciturno y temo que jamás me hubiera fijado en él de no ser por la insistencia de tía Henriette. Hermana de mi padre, y mi única pariente en el mundo luego de que perdí a mis padres en un incendio siendo niña.

Tía Henriette lo era todo para mí y ella dijo que el marqués era “un partido interesante” y entonces le vi por primera vez. Alto, delgado y pálido, con un discreto bigote tenía cierto aire de misterio y tristeza que en ocasiones resultan atractivos para una jovencita sin demasiado mundo. Como yo lo era, a pesar de mi tía me hubiera educado como una señorita de sociedad y tuviera el debido roce, era tan joven e ingenua...

Y su interés en mí me deslumbró, porque era marqués, muy rico y de digno linaje y porque hasta entonces no había tenido más que algún flirt sin importancia.

—Encantado de conocerla, señorita Chloé Dumont —dijo besando mi mano.

Conversamos un momento, no recuerdo de qué porque estaba muy ansiosa de agradar.

Tía Henriette alentó nuestra amistad. Pues pese a mi pesimismo él regresó, visitó la casa de mi tía, en el corazón de Saint Germain el barrio más elegante de Paris, y me obsequió un ramo de rosas blancas...

Había otros invitados, mi tía recibía en su casa una vez a la semana y allí se reunían políticos, militares apuestos, artistas, y damas de sociedad llevando consigo una labor de punto y alguna joven de mi edad soltera y de intachable reputación.

Recibir una invitación de Henriette Dumont era todo un honor, sus amigas eran damas importantes, que llevaban a cabo obra de beneficencia y muy buenas católicas, las había protestantes, pero en menor medida...

Todavía me parece verla, alta, delgada, con brillantes ojos castaños y su distinguido moño, tía Henriette, una dama de antaño como alguien dijo una vez.

—Ha venido por vos mi querida niña, por favor se amable con él sin prestarle demasiada atención —me aconsejó en esa ocasión.

Las rosas me llenaron de ilusión y durante esa velada noté que era más guapo de lo que había notado. O será que cuando un hombre se interesa en una jovencita esta le ve con otros ojos...

Sin embargo, desde el principio de nuestra amistad le noté reservado, callado y muy frío con sus emociones. Y mientras otros caballeros decían exaltados sus opiniones sobre napoleón y

Europa, él los escuchaba impasible...

Mi tía le animaba a participar, pero él prefería mantenerse apartado, como si no quisiera hablar de Napoleón ni de los asuntos políticos del país, tema que parecía aburrirle. En cambio, le apasionaba la filosofía, el arte y dijo tener una colección de Goya en su castillo de Lasalle.

—Es todo un caballero, muy cultivado —decía ella haciéndome un guiño mientras atrapaba un canapé de la bandeja de plata.

Y la mirada del marqués volaba a mí, sus ojos adquirían un raro brillo cuando lo hacía. Pensé que era amor, me imaginé que era ese sentimiento pasional que arrastra al hombre a la felicidad o la desdicha más profunda.

—Chloé por favor, sé más atenta con el marqués, conversa con él. Un hombre con su orgullo podría sentirse desairado.

Muchas veces tía Henriette se quejó de mi frialdad hacia Antoine Lasalle, mi reserva y timidez. Es que no podía evitarlo.

Nuestro flirt fue breve, sin embargo, y lentamente me fui acostumbrando a su cortejo, a su presencia y esperaba que me hablara, o alguna señal de que lo haría.

Y entre veladas y veladas, esa temporada mi tía enfermó.

Sufría del corazón y nunca me lo había dicho, pero empezó a cansarse y a acortar sus veladas musicales.

Sus amigas fueron a verla por supuesto y también el marqués, pero el doctor, aquel hombre alto y fornido como un oso, con cabello blanquísimo y gafas, no se mostraba muy optimista. Pero no hablaba al respecto, tal vez porque mi tía se lo había prohibido.

Viví ese tiempo como en una nube, unida a mi tía a quien consideraba mi madre, con Marie, nuestra criada que era parte de nuestra familia en esa villa de Saint Germain, siendo visitada casi a diario por el marqués...

Y mi tía anhelaba una declaración de amor, una petición de mano y no hacía ni un mes que “hablábamos”.

—Tía querida, temo que exageráis —le dije un día.

—Patrañas, no exagero para nada. Cuando un caballero tiene buenas intenciones debe hablar. Temo que ese gentil sea un poco tímido —mi tía parecía contrariada, distante. Tal vez algo preocupada. Por mi futuro, pues siempre había tenido planes para mí. Desde niña cuando me vestía con preciosos vestidos y ataba mis bucles con cintitas blancas de raso... Y en sus cuentos de princesas y castillos, tan románticos, ella debía soñar que hacía un brillante matrimonio y aseguraba mi porvenir.

Mi vida hasta entonces había sido cómoda, y no esperaba que eso fuera a cambiar, pero tía Henriette parecía ansiosa y mientras miraba por la ventana del comedor esperando ver llegar al marqués como si fuera ella la enamorada, dijo sombría:

—Me gustaría tanto veros comprometida con un caballero tan notable como Lasalle, su familia es tan antigua y su fortuna, sólida... Vuestro futuro, estaríais segura querida Chloé.

Nunca comprendí el verdadero sentido de esas frases, solía decirlas a menudo, pero para mí eran casi un cliché, el deseo de todas las madres y chaperonas, encontrar un buen partido para sus hijas y protegidas. Solo eso y nada más.

Pero una mañana al despertar, luego de una noche insomne con sueños inquietantes, supe de la tragedia. Toda la villa era un revuelo, criados corrían de un sitio a otro con sus blancos uniformes y Marie, el rostro de nuestra fiel Marie lo decía todo. La tragedia había llegado, mi tía había muerto mientras dormía. Su corazón falló, fue lo que dijo el doctor.

—Lo lamento mucho niña, ¿qué va a ser de ti ahora? —todavía recuerdo las palabras de Marie, su expresión de tristeza. Y luego el instante en que me abrazó con fuerza dejando que llorara en sus brazos sin detenerme.

Fueron los días más tristes de mi vida, creí que no podría reponerme, aturdida asistí a su funeral, la acompañé a su última morada y por primera vez no acepté la frase que había sido voluntad de Dios. Tía Henriette era todo para mí y la había perdido para siempre, no tenía consuelo... Creo que me convertí en espectro, perdí el color y Marie comenzó a preocuparse.

—Debes alimentarte niña, tu tía está en paz. Ella sufría mucho...

Sufrió sin decirme una palabra, estoica, fuerte, valiente, jamás se había rendido ante nada. Fue una orgullosa dama de antaño, señorita, dicen que tuvo amores contrariados en su juventud y que no había querido aceptar la proposición matrimonial de un viejo amigo y enamorado. El doctor Eustace Menier, el mismo que conmovido y triste llevó su cajón junto a media docena de robustos caballeros. Si eso no era amor, dios mío, no sabía que lo era.

—No lo sabía Marie, nunca supe que fuera grave... Se veía tan vital, tan alegre pero últimamente...

Mis ojos se encontraron con los suyos, ella sostuvo mi mirada y replicó:

—No quiso decir nada Chloé, no quería preocuparte, quería tanto que os prometierais al marqués Lasalle y ahora...

—Ese marqués ha de querer la hija de un noble, Marie, es lo que suele decir mi amiga Elina.

—Oh, no hagáis caso de esa niña, es envidiosa. Sentía rabia de que el marqués os llenara de atenciones.

—Tal vez. Qué importa ahora, él no regresará.

Mis palabras alarmaron a Marie quien quiso saber por qué estaba tan segura de ello.

—Porque jamás se pronunció, solo fue amable conmigo.

—Vino aquí todas las semanas, os trajo rosas blancas.

No me importaba Lasalle entonces, creo que cuando uno está tan sumido en su dolor las demás cosas pierden importancia.

La soledad y la pena se adueñaron de mí. Aunque recibiera muchas visitas de duelo y muchas tarjetas, de esas damas amigas tuyas ofreciéndome ayuda, no lograban reponerme y permanecí sumida en un letargo durante semanas.

Un día Antoine Lasalle fue a verme y su visita me llenó de ilusión, porque pensé ha venido por mí...

Sin embargo, su trato fue formal, frío.

—Lamento mucho no haber podido asistir al funeral de su tía mademoiselle, es que tuve que hacer un corto viaje a Provenza.

Luego me preguntó cómo estaba y si podía ayudarme.

A lo que cualquier señorita bien nacida respondía “estoy perfectamente, no necesito nada”.

Pero muy pronto comprendí que estaba equivocada.

Un abogado bien vestido me hizo una visita y mencionó “el testamento de Henriette Dumont”. Al parecer ella había querido favorecerme, dejarme un legado, pero las propiedades debían ser legadas a un sobrino suyo... Arthur Dumont, un solterón antipático que pasaba sus días coleccionando libros viejos, entre el club, o un restaurant caro malgastando alguna herencia.

Mi tía no era rica, pero tenía algunas propiedades que administraba el fiel Albert Berheim. Jamás tuvo problemas de dinero y no era de buen gusto mencionar el asunto.

Ese abogado me leyó el testamento. Tía Henriette me legaba unos miles de francos que

recibiría como renta mensual y con ellos, según el abogado viviría cómodamente hasta el momento de mi boda.

¿Cuál boda? Me pregunté entonces, ¿qué sabía él de Lasalle? Los rumores corrían a prisa en París.

—O tal vez debería usted pensar en una colocación respetable.

¿Trabajar, a mi edad? Solo tenía dieciocho años.

El mundo empezaba a tambalearse, el abogado me dirigió una mirada perspicaz. Era un hombre feo, sin atractivos, gafas cilíndricas, bigotes y cabello canoso y espeso como la melena de un león.

—Lo lamento mucho señorita, realmente...

Entonces pensé en la casa de Saint Germain, mi hogar desde pequeña, ¿acaso iba a perderlo?

—Pertenece ahora al sobrino de su tía señorita, por supuesto imagino que podrá quedarse el tiempo que desee o necesite, imagino que un caballero como él no pondrá reparos...

Comencé a sentirme mal, mareada. No podía ser, la preciosa casa de Saint Germain, todo iría para ese hombre despilfarrador y desamorado, que jamás iba a visitar a tía Henriette, excepto cuando necesitaba dinero, eso lo recordaba bien. Ahora recibiría la herencia y viviría cómodamente mientras que yo debería trabajar. Como una de esas damas de compañía o niñera de pequeños diablillos...

Para el abogado todo era razonable, pero para mí era muy injusto.

Suspiré aliviada cuando se marchó.

Marie fue a verme, todos los criados parecían expectantes de su suerte. Pero ella era especial, no parecía tener prisa solo ansiosa por mi futuro.

—¡Oh, no puedo creerlo! —dijo llevándose las regordetas manos a la cabeza cuando se enteró del testamento de mi tía.

—Pero ella iba a dejaros esta casa, me lo dijo en varias ocasiones, no comprendo... tal vez no pudo hacerlo.

No importaba, nada cambiaría mi afecto por tía Henriette.

—Ay mi niña, ¿qué va a ser de ti ahora? Esos francos os serán de ayuda, pero, no tenéis casa. Ni parientes a quienes recurrir.

Era verdad, no tenía a nadie y necesitaba un hogar. ¿Podría alquilar una habitación con ese dinero?

La idea escandalizó mucho a Marie, y ella se alejó diciendo que ya pensaría en algo.

Entonces apareció una de las mejores amigas de tía Henriette, Dauphine. Una dama rechoncha que siempre llevaba muy apretado el corsé resaltando su escote y una papada que caía con suma gracia en su rostro oval.

Vivía en una hermosa mansión, a escasas cuadras de allí y sus fiestas eran siempre muy comentadas en la Gazete.

—Oh, mi niña has adelgazado. —señaló sentándose en el sillón con brazos de la sala mientras me estudiaba con atención.

Luego de dar rodeos y de hacerme un montón de preguntas me dijo que conocía mi situación y deseaba ayudarme.

Y la ayuda era convertirme en niñera de los cuatro niños de su hija Euphemie.

Tendría una casa, y una colocación. La paga no era tentadora, pero podría servirme para alejarme un tiempo de París...

Sin embargo, no le respondí enseguida, le rogué que me diera unos días para pensarlo.

Ella se mostró algo molesta, o sorprendida como si una joven en mi situación debiera aceptar un trabajo de nodriza encantada.

Y hasta entonces había tenido una vida llena de comodidades, lindos vestidos, paseos al parque, y en los últimos meses recepciones, fiestas... Y ahora me encontraba en una casa vacía, viendo a mi tía como un fantasma en todos lados, recordando y triste, sin saber qué ocurriría con mi vida.

Al marcharse Marie me dijo que no era tan mala idea.

—Tal vez, no lo sé —le respondí ausente.

El enamorado de mi tía vino a verme días después, quiso ayudarme y me insistió en que aceptara un legado especial. Pues mi tía me tenía mucho cariño y no deseaba dejarme desamparada.

Acepté emocionada el sobre con un montón de francos que me entregaba.

No alcanzaría para comprar una casa, pero al menos...

A media tarde recibí una visita inesperada.

—Srta. Chloé, el marqués Lasalle pide verla —anunció Marie guiñándome un ojo, se veía contenta.

La miré con gratitud pensando cómo había manejado la casa y administrado nuestros últimos recursos para que durante esas semanas de incertidumbre jamás nos faltara nada. Ella era mucho más que una buena cocinera, era ama de llaves, ama de casa y un todo en la villa de Saint Germain.

Luego pensé en el marqués, y tuve la idea loca que me pediría matrimonio.

Atardecía, la luz era escasa, otro día de pena y preocupación. ¿Cuándo llegaría ese primo beodo a expulsarme de esa casa?

Mis reflexiones se vieron interrumpidas ante la presencia del marqués.

En la sala, con el fondo escarlata de cojines y tapices adquiría un brillo distinto y se veía casi atractivo.

—Buenas tardes Mademoiselle Chloé. —dijo besando mi mano gentil y yo me senté en el sillón de enfrente y oí su charla, aunque sin prestarle atención hasta que me habló.

—Señorita Chloé, su situación es tan vulnerable, sola sin su tía... Una gran madame, de veras. Y estos días he pensado mucho en usted... Sabe, llega un momento en la vida en que un hombre necesita una esposa, una compañera y creí que usted sería apropiada.

Una forma extraña de pedir matrimonio, pero la acepté encantada.

Solo que debía pedirle tiempo, era lo que se estilaba.

Parecía una súplica a mis plegarias y habría sido maravilloso de no haber sido tan frío y reservado.

Debió tomar mi mano, hablarme de mis bellos ojos cafés en vez de quedarse en silencio mirándome atontado. Pero supuse que esas cosas solo ocurrían en las novelas.

—le daré un tiempo para que medite sobre ello señorita Chloé, no es mi intención apresurarla por supuesto pero tal vez sería lo mejor...

Y se marchó.

Su visita fue más breve que las anteriores.

Al asomarse Marie le dije lo ocurrido y sus ojos se abrieron asombrados.

—Oh, mi niña seréis la marquesa Chloé Lasalle, ¡qué bonito nombre! Viviréis en un chateau rodeado de viñedos... Porque monsieur Lasalle es muy rico.

Sin embargo, no era lo que había esperado, parecía una proposición forzada. Tan fría, “usted

me necesita y yo también, deberíamos casarnos”.

Y no le quería nada, no había nada romántico en todo ese asunto.

Y creo que eso era lo que más me hacía vacilar.

—No me siento segura de querer ser su esposa, Marie. Sé que mi situación es incierta pero el matrimonio...

Marie me interrumpió impaciente.

—El matrimonio es la mejor solución niña, no tenéis nada que pensar. Es un caballero y vuestra tía le estimaba tanto... Seréis una dama, y nada os faltará, no tendréis que trabajar.

Tenía razón, pero Antoine Lasalle era casi un extraño para mí, apenas le conocía. Y era una joven romántica, soñaba con una boda con vestido blanco, y flores de azahar con un novio del que estuviera locamente enamorada...

No casarme porque en esos momentos era mi única salida, porque detestaba ser la institutriz solterona o la dama de compañía condenada a soportar los caprichos de una dama histérica.

—No lo sé Marie, no estoy segura. Además, estoy de luto por tía Henriette, ¿es que lo habéis olvidado?

Ella hizo un gesto obstinado.

—A vuestra tía no le habría importado, ella solo deseaba veros feliz. Además, podríais casaros en tres meses, cuando se cumplan los seis de luto. No es necesario que esperéis un año...

Imagino que las circunstancias me empujaron a ese matrimonio de conveniencia y que nada lo habría evitado, azares del destino.

Cuando él regresó una semana después le dije que aceptaba. Pero le pedí a cambio si podía llevar a Marie conmigo.

Mi petición le sorprendió, pero no se opuso. Ahora solo quedaba organizar los preparativos. Nos casaríamos en seis meses, en la catedral de Saint Germain, pero en consideración al luto no habría fiesta sino una simple reunión.

Debí hablar con el albacea de mi tía y pedirle un tiempo más a ese sobrino manirroto que jamás apareció, pues si iba a casarme no podía irme a un hotel todo ese tiempo. El aceptó y no hubo reclamos, ni prisas afortunadamente.

Poco antes de la boda, mientras juntaba mis pertenencias fui al cuarto de tía Henriette.

No lo hacía desde su muerte, no tenía valor, me entristecía. Pero ese día lo hice, la casa estaba en silencio. Muchos de los criados se habían marchado pues en esa villa ya no había fiestas y ellos necesitaban buscar una nueva colocación pues al parecer el heredero iba a vender la casa.

Marie y una fregona hacían todo el trabajo, en ocasiones le ayudaba, pero ella no me dejaba. Sin embargo, todo estaba pulcro como siempre.

La habitación de mi tía me pareció silenciosa, triste, y aún tenía ese olor a violeta de su perfume. Me estremecí, y pensé que tal vez no había sido buena idea.

Pero Marie me había dicho que debía quedarme con las joyas, que nadie más las reclamaría y podían ayudarme en el futuro. Eso lo había dicho al principio y pensé que no podía tomar nada de tía Henriette, nada que ella no me hubiera legado antes.

Además, tenía un anillo de rubíes que me había obsequiado al cumplir diecisiete años y un collar de perlas y pendientes haciendo juego, no necesitaba más.

Mis dedos tocaron el buró, el lugar donde le gustaba escribir cartas o tarjetas de saludos o felicitación. Era muy atenta mi tía y llevaba la correspondencia al día.

Había muchas cartas sin abrir, alguien debió dejarlas allí, tal vez un sirviente descuidado. Cartas que llegaron después de su muerte.

Pero lo más extraordinario fue encontrar una carta con mi nombre, escrita con su letra.

No podía ser...

La abrí con manos temblorosas y mis ojos no podían creer lo que leían.

“Querida Chloé:

He estado muy preocupada por tu futuro, más ahora que el doctor me ha dicho que me queda poco tiempo.

De nada me arrepiento, te he querido como a mi hija y eso jamás cambiará, pero, aunque esto te cause tristeza debo decirte la verdad.

Yo era muy amiga de tu madre y ella me escribió poco antes de morir como si presintiera la tragedia que sufriría después. Los negocios en el viñedo no marchaban como debían y tenía un cuñado en el cual no confiaba y que era la mano derecha de su esposo, tu padre.

Ustedes eran cinco y ella estaba preocupada por eso me pidió que velara por sus hijos si algo le pasaba.

Luego de la tragedia escribí a tu tío pensando que le habría tomado a su cargo, pero jamás respondió a mis cartas. Entonces tomé contacto con una hermana de tu padre y una prima y supe que todos habían sido adoptados por diferentes parientes porque tu tío no quiso saber nada del asunto. Un hombre malvado sin corazón del que hubiera querido no hablarte jamás, pero se trata de tu familia, tu vida y yo no tengo derecho a decidir y debes saber la verdad. Tu verdadero nombre es Chloé Dumont Sauvigny.

Tu madre se casó con tu padre en contra de la voluntad de sus padres, quienes creían que un simple bodeguero era muy poco para la hija de un noble.

La familia Sauvigny tenía en mente una unión estratégica con nobles vecinos. Jamás aprobaron su matrimonio y temo que le dieron la espalda, pero luego de la tragedia decidieron intervenir y llevarse a los más pequeños para criarlos. Tal vez quisieron llevarte a ti, pero no tuvieron tiempo de hacerlo. Debes perdonarles, imagino que hicieron cuanto pudieron luego de la tragedia.

Allí están tus hermanitos Chloé, debes buscarlos en Gaillac. Y perdóname por habértelo ocultado, fui muy egoísta, pero no quería que te marcharas pues creí que querrías irte a Gaillac y que nunca regresarías a Paris. Perdona mi silencio.

Pero no desprecies al marqués por ir a Gaillac, tomate un tiempo para meditarlo. He querido dejarte las propiedades, o al menos esta casa, pero mi abogado se mostró obstinado y pesimista pues no soy vuestra verdadera tía y mi sobrino planea quedarse con todo. Si te nombrara mi heredera nunca tendríais paz, pues mis familiares querían despojarte y no quiero eso para vos querida. Así que pensé en legarte una suma importante de francos para que nada os falte y una casita en Nimes. Marie la conoce, la tiene un matrimonio de granjeros. Allí podréis vivir tranquila si es que el marqués no os pide matrimonio... Espero que lo haga por supuesto, pero en la vida debemos ser previsores.

Me despido Chloé, para mí has sido como una hija y aunque no tengamos parentesco real, es mejor así, mucho mejor. La vida me ha enseñado que no siempre la familia es lo que debiera ser, que muchas veces todo se mueve en torno al interés, al dinero. Ojalá encuentres a tu familia y puedas pensar lo contrario.

Mucha suerte mi niña. Donde quiera que esté velaré por ti”

Tía Henriette

Ahora sabía la verdad. Tenía hermanos, tíos y quizás algún primo. Todos estaban en Gaillac. ¡Qué nombre extraño!

De pronto tuve ganas de abandonar Paris y embarcarme a la aventura en busca de mis

hermanos. ¿Por qué jamás me dijo? No podía entenderlo, parecía todo tan confuso en esos momentos.

Pero aquella carta había sido reveladora y perturbadora y sin embargo dejé de sentirme tan aturdida como cuando supe que tía Henriette no era tía mía en realidad, ahora sabía que pese a no tener la misma sangre había sido tía y madre para mí. Nadie me quitaría eso.

Era una pena no haber encontrado esa carta antes de aceptar casarme con el marqués, todo pudo ser tan distinto.

Seguí juntando mis pertenencias mientras pensaba en la carta y en ese lugar al que iría algún día. Gaillac. Me gustaba el nombre.

De pronto empecé a hacer planes descabellados para ir. Tenía los francos del pretendiente de mi tía, y su mensualidad... ¿Y si iba y escapaba de esa boda? No haría tal cosa, no era tan osada y además una parte de mí ansiaba recibir todo lo que el marqués prometía darme. Antes de lanzarme a la aventura de recuperar a mis hermanos quería ser una dama.

—¿Qué ocurre niña? Chloé...

Le entregué la carta y Marie la tomó temerosa. Mientras la leía tuve la sensación de que ella sabía su contenido pues había sido muy amiga de tía Henriette y tal vez su confidente.

—Oh, mi niña... Lo lamento, pero tía Henriette me hizo jurar que no diría una palabra.

—Está bien Marie, no importa.

—Además ahora vais a casaros con el marqués, nada más debe importaros.

—Tengo hermanos Marie, están en Gaillac, debí verlos mucho antes, debí saber...

—Ella tenía miedo Chloé, Henriette. El viejo Sauvigny es un hombre cruel, soberbio y ella no quiso que os lastimaran.

—Pero si acogieron a mis hermanos también pudieron criarme a mí.

—Y jamás habríais tenido una tía Henriette que os mimara y os quisiera como una madre.

Tenía razón, sequé las lágrimas y guardé la carta. Mi equipaje estaba casi listo, no podía volver atrás. Había sido afortunada, había tenido una infancia alegre no podía quejarme.

Y dos semanas después, una fría mañana de septiembre me casé con el marqués Antoine Lasalle, en una ceremonia breve, sin fiesta. Con prisa y tan nerviosa por lo que me esperaba.

Nada sabía entonces ni de Lasalle ni de ese hombre que sería mi esposo y al pensar en la noche de bodas un terror se apoderaba de mí.

—Bueno, ya está hecho querida. Os llevaré al Hotel Ritz. —fueron sus palabras.

Pero de pronto, mientras conversaba con sus amigos en el hall de la Iglesia pareció cambiar de opinión y dijo que debíamos viajar a Lasalle en seguida.

Ignoro si notó mi expresión de alivio. Entonces, no habría noche de bodas.

CAPÍTULO 2

Marie nos acompañó durante la larga travesía nocturna hacia las tierras de Provenza. Viajamos en tren y luego hicimos el resto del trayecto hacia los inmensos bosques en carruaje. Un carruaje soberbio: negro con un escudo que tenía un águila y un castillo.

Pero solo pude ver una masa de denso follaje hasta que apareció la luna y la visión se hizo más clara. ¿Cuál era la prisa del marqués por viajar de noche? Pudimos hacerlo de día, con más tranquilidad, pero noté que estaba muy ansioso por llegar y por momentos le vi sudar o palidecer mientras miraba por la ventanilla del carruaje.

Luego el aullido de los lobos y de otras criaturas nocturnas me hizo estremecer. El carruaje corría con la prisa de un endemoniado. Temí que fuera a dormirme, pero no lo hice, ansiaba ver el castillo que sería mi nuevo hogar. Pero la visión que tuve de él no fue nada agradable, era una construcción viejísima, aunque en la noche se veía distinta, experimenté una sensación de temor y recelo, fue como un mal presentimiento que tuve desde el principio. Lo atribuí a mis nervios pues estaba frente a una situación nueva y temía no poder adaptarme a ella.

Al abandonar el vehículo el marqués se veía radiante, y no había ni sombra de ansiedad o temor en su semblante. Habíamos llegado y me enseñó orgulloso el que iba a ser nuestro hogar.

Torres negras, y hasta un puente levadizo y fosos en la cima de una colina, me dieron la sensación de que el tiempo retrocedía y no me gustó. Al extremo de que cuando cruzábamos el puente en el carruaje sentí deseos de huir, un invencible rechazo y un temor casi irracional por todo cuanto me rodeaba.

Unos sirvientes pálidos como la inmensa luna que asomaba entre los árboles, atendieron nuestro equipaje y nos ofrecieron vino en abundancia. Observé a mi esposo, sorprendida, parecía mucho más joven y animado mientras me presentaba a todos como la nueva marquesa Lasalle. ¿Entonces habría tenido otra marquesa? Pensé de inmediato y me estremecí. Más porque de pronto vi que los sirvientes se miraban entre ellos desconcertados y una joven doncella estaba tan asustada que temí que fuera a desmayarse. ¿Acaso estaba viendo un fantasma? ¿O era mi esposo quien despertaba ese temor?

—Querida, os acompañaré a nuestros aposentos. Pero terminad el exquisito vino de este viñedo o monsieur Pierre se ofenderá —dijo mientras terminábamos de cenar.

Sus palabras o tal vez el vino me provocaron un fuerte mareo, estaba muy cansada y todas esas horas de viaje incesante empezaban a hacerse sentir.

“Nuestros aposentos” era un lugar tan oscuro y antiguo como el castillo mismo, y casi inhóspito con sus cortinajes anticuados y la gran cama cuadrada rústica.

Sin embargo, el colchón era blando y cómodo.

De pronto vi su imagen en el espejo y me dije, ¿qué locura has hecho Chloé? Este hombre se convertirá en tu marido esta noche y no eres tan tonta de no saber lo que te espera pues la propia Marie te lo ha advertido...

—Descansa querida, iré a buscar un poco de vino —dijo observándome con perspicacia.

Le vi marcharse y fui a verme en el espejo. Estaba bella con ese vestido color lila lleno de

cintas y encaje. Había gastado casi todo el dinero del pretendiente de mi tía en vestidos, sombreros y hasta pude comprar un anillo porque no había pensado que debía tener un ajuar nuevo. El resultado había sido muy positivo. Me veía casi bonita con un vestido tan elegante y costoso, pero en fondo de mis ojos cafés había temor, inseguridad.

Y entonces tuve una idea, abandoné el espejo y fingí dormir... Entonces si algo ocurría tal vez no llegara a enterarme.

Ignoro qué pasó después pues el cansancio del viaje y el dolor de espalda me vencieron y me dormí casi inmediatamente. Esa fue mi noche de bodas.

Al despertar al día siguiente no sabía dónde estaba y eso me ocurrió casi todos los días que viví en ese castillo, no era simple confusión porque extrañara el lugar, era una sensación de estupor y aturdimiento que me acosaba al despertar.

La cama estaba vacía y la puerta cerrada, los cortinados echados para que no entrara la luz del sol y hacía frío, mucho frío.

Marie entró poco después, ¡había sido tan acertado llevarla conmigo! De no ser por ella no habría soportado todo lo que soporté después en ese castillo siniestro.

—¿Dónde está mi esposo? —fue lo primero que le pregunté.

—No lo he visto. Quizás haya bajado a desayunar o ya esté almorzando... Son más de las doce, qué manera de dormir estos recién casados —dijo risueña y luego me preguntó: —¿Estás bien? —Parecía preocupada por mí, pero yo le dije que estaba perfectamente si no mencionaba el dolor de cabeza que tenía.

—Es por el vino, ya se te pasará —me respondió.

El marqués había salido a recorrer las propiedades y almorcé con Marie desafiando las reglas de que las criadas o doncellas deben comer en las cocinas. Odiaba comer sola en ese comedor cuando debía estar mi esposo acompañándome. Pero si esperaba un esposo compañero realmente me había equivocado de plano, pues durante días sólo cenábamos juntos, en el día Lasalle simplemente desaparecía.

Y en la noche mi temor a que se acercara renacía...

Y solo una vez, a la semana de estar casados él me besó. Me tomó entre sus brazos y siguió besándome, desnudándome lentamente.

Tal vez sintió mi rechazo, o temblor, lo cierto es que el contacto de su boca en mi pecho me desagradaba y él se apartó de mí de forma tan brusca que casi caigo hacia adelante.

Y sin dejar de mirarme con rabia, impotencia se alejó. Porque no era un hombre de carácter colérico, era frío, reservado y jamás exteriorizaba sus emociones. O tal vez las disimulara... En esos momentos sentí su rechazo y esa situación me deprimió bastante.

No volvió a acercarse a mí después de esa noche y pensé por primera vez que mi matrimonio había sido un error y que él debía estar pensando lo mismo.

Y cuando un día Marie me preguntó si era feliz en un lugar tan hermoso me quedé mirándola sin responder.

Una mañana para distraerme di un paseo por el castillo, pues a pesar de todo era la señora y debía conocer sus habitaciones y los alrededores. Marie me acompañaba, era como mi perro guardián, dispuesta a vérselas con algún criado soberbio y hasta con el mismo marqués si era necesario.

Y mientras dábamos un paseo le hablé de mi matrimonio.

—Marie, mi esposo, no es mi esposo en realidad —le dije de pronto.

Necesitaba conocer su opinión al respecto y recibir un consejo.

La vi sorprenderse, pero se apuró a disimular su confusión y ¿acaso temor?

—No debes preocuparte, hay matrimonios así —dijo al fin esquivando mi mirada.

A lo lejos un paisaje de montañas y lagos, y ese viento fresco me reconfortaba...

—¿Y para qué quiere una esposa entonces? —insistí.

—Bueno. Tal vez necesite tiempo o tema asustarte —dijo evitando mi mirada.

—¿Asustarme? Pero no soy una niña, además si acepté casarme con él sabía bien a qué atenerme, o no lo sabía en absoluto en realidad... ¿No te parece extraña su conducta? ¿Adónde irá todos los días cuando permanece ausente del castillo? ¿Crees que tenga otra mujer?

—Oh, no piense eso mi niña. Un noble tiene ciertas responsabilidades y no puede quedarse todo el día al lado de su esposa —me respondió. Pero sus palabras no me convencieron.

A la distancia se veía esa franja de hermosos bosques, un sitio magnífico pero solitario.

—No solo mi esposo es extraño, este lugar lo es. ¿Has notado que jamás recibimos visitas? Creí que luego de nuestra llegada vendrían parientes o familiares. OH, Marie, a veces temo que mi matrimonio sea un error. Él parece evitar mi compañía y los criados me miran con lástima.

Ahora Marie estaba indignada.

—¡Oh, ¡cuánta fantasía niña Chloé! No puede pensar usted eso.

—Tal vez sea verdad.

Creo que entonces sabía que algo no estaba bien en mi matrimonio, que mi marido se apartaba de mí deliberadamente y yo pasaba gran parte en compañía de Marie, charlando, recorriendo el castillo o los jardines y el bosque.

—¿Qué ocurrirá cuando llegue el invierno? ¿Cuándo el frío nos confinó al aislamiento? —dije pensativa. —Tal vez él me desposó por pena, tenía mucho afecto a mi tía y creyó...

—¡OH, no eso sí que no! —Marie jadeaba intentando seguirme el paso. —Yo le aseguro niña Chloé que ningún caballero desposa una dama por lástima. Esos... Se quieren demasiado para hacer tal cosa. Usted es joven y hermosa... Debe ser paciente, tal vez esté esperando el momento propicio.

Y yo le había rechazado, sus manos ávidas y sus besos me habían provocado horror y él debió notarlo. Así que si no había vuelto a acercarse había sido por mi culpa.

Y no hice nada para cambiar esa situación porque pensaba que ese matrimonio había sido un error.

—Tal vez debí ir a Gaillac Marie, buscar a mi familia... Este lugar es tan solitario.

Pero al regresar, Antoine me esperaba impaciente.

Una mujer le acompañaba y le miré alarmada. No tenía aspecto de querida, por cierto, era vieja, alta y encorvada. Sus ojos rapaces me observaron inquietos.

—OH, mon cerio... —dijo él en un inesperado arranque de cariño, luego miró a Marie con disgusto —Madame Lille aguarda para tomaros las medidas y confeccionaros vestidos nuevos.

Vestidos nuevos, no los necesitaba, pero debía aceptarlos. También las joyas de su familia, un collar de rubíes y pendientes haciendo juego que me obsequió esa noche durante la cena.

Ignoraba a qué se debía el cambio, pero estaba distinto. Sus ojos tenían un raro brillo y no hacía más que mirarme con creciente deseo.

Estaba segura de que esa noche mi matrimonio iba a consumarse y una rara excitación se apoderó de mí. Porque deseaba y temía ese momento, tal vez mi matrimonio mejorara y él pasara más tiempo conmigo si no le defraudaba.

Mucho tiempo creí que era mi culpa, por no quererle, por mi inexperiencia...

Esa noche fue a verme a mi habitación y yo esperaba inquieta, sabiendo que no iba a dormirme

ni lo intentaría. Aunque el vino me daba somnolencia permanecí alerta, expectante. La habitación estaba llena de luces difusas y oí sus pasos y temblé...Sentí su mirada oscura en mí y en un santiamén comenzó a besarme y a llenarme de caricias.

Soporté todo estoicamente sin quejarme, sin escandalizarme porque supuse que así debía ser. Y porque sentía culpa de haberle rechazado antes.

Sus besos llegaron a rincones prohibidos despertando en mí un deseo incontenible y desesperado.

No parecía el mismo, era tierno y apasionado y poseído por un deseo insaciable.

Pero antes de acercarse me preguntó si estaba preparada, si deseaba que ocurriera...

Y a pesar de responderle que sí sentí que no podía hacerlo, que el momento de pasión compartida se enfriaba y comprendí con tristeza que mi marido era impotente y esa era la causa de su frialdad.

Le vi alejarse y dejarme medio desnuda en el gran lecho, sin decir palabra abandonó mi habitación cerrando la puerta con estrépito.

No dije a nadie lo ocurrido, ni siquiera a Marie, me sentí atormentada y triste. No sabía mucho de ese problema, solo lo había oído una vez en una conversación de la servidumbre. Hacían una broma y Marie fue quien me dijo que cierto caballero tenía “ese problema de los hombres de edad”.

Pero mi esposo era joven y todo el tiempo sentí que su miembro se ponía rígido solo cuando intentó hacerlo sentí que el vigor desaparecía. Y sus besos apasionados, parecía desearme y hasta quererme, me había susurrado palabras tiernas por primera vez... Para conseguir sus propósitos imaginaba. Y al no hacerlo se había alejado, avergonzado o furioso consigo mismo.

Era frustrante y entonces no supe qué hacer.

Fingir que nada había ocurrido fue su respuesta.

Una tarde mientras recorría el castillo tropecé con el ama de llaves, madame Silvie, una dama que parecía llevar eterno luto y muy antipática, por cierto. Me encontraba en el tercer piso y simplemente daba un paseo para matar el tiempo recorriendo ese edificio gris.

—Madame marquesa, buenos días. —dijo mirándome con cierta alarma.

Asentí sin responderle y cuando me dirigía a las habitaciones ella me detuvo.

—Madame por favor, tenga mucho cuidado en este piso, una parte del piso está podrido y podría caerse y lastimarse.

Le dirigí una mirada de estupor y ella continuó hablando del piso en mal estado y las habitaciones cerradas por ese motivo.

Al tiempo que hablaba un criado de confianza, Luc salía de una de las habitaciones y nos miraba con estupor.

Miré a ambos como si fueran conspiradores. ¿Qué demonios escondían allí? ¿Contrabando de joyas, de armas o simplemente eran amantes y se encontraban en ese piso?

Pensé que todo era muy extraño, pero retrocedí vencida. Ese día no podría averiguarlo ambos no me perdían de vista.

Y luego de ese hecho sentí miradas de los sirvientes, miradas ya no de lástima o de miedo sino de desconfianza. Tal vez todos fueran conspirados, pero entonces no le di importancia. No creí que el asunto fuera importante.

Empecé a planear mi viaje a Gaillac, había averiguado que no quedaba muy lejos de allí por Marie, pero esta se negaba a acompañarme y quería persuadirme de que desistiera.

Una noche comprendí que en ese castillo ocurrían cosas extrañas, escuché unos ruidos. Estaba

desvelada, no podía conciliar el sueño y no hacía más que mirar los cuadros religiosos de mi habitación pensando en Antoine y aquella noche...

Hacía más de una semana que se había marchado y estaba preocupada. ¿Y si decidía abandonarme? ¿Qué haría entonces?

Me retiré antes y volví a experimentar esa sensación de temor. Unos golpes en la ventana me hicieron dar un grito, pero luego comprobé que era el viento y que esa noche habría tormenta. Cerré bien los postigos, luego de contemplar ese cuadro a la luz de la luna de bosques montañas y lagos, y el castillo con su cementerio. Había sido una idea macabra que mi habitación tuviera esa vista, pero me propuse ignorar ese lugar. Solo miraba el cielo con sus nubes plomizas amenazantes, y sentí el viento volar mis cabellos trasmitiéndome una sensación de fuerza y coraje. Ambas cosas me serían muy necesarias para enfrentar lo que ocurriría luego.

Luego de cerrar con firmeza los postigos oí pasos en el corredor, pasos que se acercaban a mi habitación. Encendía la vela de inmediato y esperé. Alguien se proponía entrar en mi alcoba, vi como giraba la manija y me felicité por haber dejado cerrada con llave la habitación. Lo hice al ver la expresión maligna de mi esposo.

Unos golpes me advirtieron que el visitante no se iría tan pronto.

—Abre Chloé, soy tu esposo —dijo una voz que no reconocí como de Antoine.

—Ud. no es mi esposo, él jamás entra en mi habitación —le respondí temblando.

—Querida, estás alterada. Déjame entrar y te demostraré que tu soy en verdad tu esposo —respondió la voz.

Abrí la puerta, aunque mi instinto me dijera que no debía hacerlo y entonces le vi en el umbral observándome con una sonrisa extraña. Era el marqués, era, pero no era él, estaba diferente. No sé que era, tal vez sus ropas o su manera de mirarme como si me viera por primera vez. Nunca había visto esa mirada en sus ojos, como si yo le gustara y se deleitara contemplando mi cuerpo que, aunque con ropas para él estaba desnuda.

Cerró la puerta tras sí y se me acercó, me tomó despacio entre sus brazos y me besó como nunca lo había hecho, demostrando que no rehuía mi contacto en absoluto y que había sacado precipitadas conclusiones.

Rápidamente me llevó a nuestro lecho, pero de pronto su efusividad me provocó temor.

—Espera, por favor. No quiero que sea así... — dije. Estaba temblando, no sé si de miedo o de emoción de que fuera ocurrir aquello por lo que tanto había esperado. No estaba segura de desearlo, pero él siguió besándome y estrechándome con ternura, con tal arte que no volví a rechazarle, sino que me dejé llevar por su arrebató y esa noche todos mis temores se esfumaron.

Al despertar me encontraba desnuda enredada en las sábanas, sola. Pero no había sido un sueño, había una rosa en la mesa de luz y una nota.

“Para mi bella Chloé, os amo” —Antoine.

Besé la tarjeta y corrí a reunirme con él, pero se había marchado muy temprano.

Recién le vi al atardecer y su recibimiento fue totalmente frío, ni siquiera se percató de mi existencia cuando anoche había sido un amante apasionado y tierno. No podía explicarme ese cambio luego de haber compartido esa intimidad, tal vez estuviese cansado.

De nuevo tuve esa sensación de temor cuando caía la noche. ¿Y si acaso lo había soñado y yo misma me desnudé?

Sin embargo, esa noche volví a oír los golpes en la puerta y me consta que no era un sueño pues estaba despierta leyendo una novela de folletín, con la esperanza de ocupar mi mente en algo que me alejara de esos pensamientos.

Mi corazón latió con violencia, sabía que era él y abrí mucho más rápido que la vez anterior y allí estaba Antoine, guapo y seductor, con esa mirada ardiente y apreciativa. Sin decir palabra me tomó entre sus brazos y me besó una y otra vez y antes de que volara la novela al suelo despertó en mí sensaciones desconocidas. Toda la noche fue un amante tierno y fogoso, exigente, tan dulce...

Pero a la mañana se repitió la escena: una cama vacía, una rosa roja fresca con una nota, esta vez un pequeño poema. Y esto ocurrió durante una semana.

CAPÍTULO 3

Una mañana corrí a buscar a mi esposo con la rosa en la mano y me encontré con el castillo vacío. Llamé a los criados, pero solo apareció Marie, con el rostro tenso y asustado.

—Querida debes estar preparada. Ven al jardín por favor —dijo.

Algo muy grave estaba ocurriendo y Marie temía ser oída en el castillo.

—Escucha Chloé, debes abandonar este castillo de inmediato, cosas muy extrañas han estado ocurriendo aquí... Toma tus pertenencias y marchémonos cuanto antes —dijo.

—¿Qué cosas extrañas? —quise saber intrigada.

—Tu esposo está muy enfermo, por eso no puede cumplir contigo, ¿entiendes? Padece una enfermedad mental y últimamente no quiere ver al médico, eso oí decir a uno de los criados. Pero su enfermedad es compleja, acabo de verle encerrado en las habitaciones del castillo, esas que están clausuradas y temí que estuviese muerto. Además... Hay una mujer.

—¿Qué mujer? —Sus palabras me aturdieron, no podía entender lo que me decía pues no parecía hablar del mismo hombre.

—Él tenía otra esposa que murió, vi su retrato en la galería porque a uno de los criados se le escapó decir que había estado casado con la hija de un barón no hace mucho y que esta murió de forma trágica. Debéis ver el retrato para convencerlos pues se os parece mucho Chloé. Ahora entiendo porqué se casó con vos, porque os parecíais a su difunta esposa, por eso no le importó que no tuvierais dote.

Sus palabras me provocaron escalofríos, había sospechado algo siniestro, pero no podía entender por qué en la noche me buscaba y era tan tierno, el amante más maravilloso que pudiera existir. ¿Acaso estaba loco?

—¿Qué enfermedad padece mi esposo Marie, ¿qué has oído al respecto? —quise saber.

—No lo sé con certeza, pero a veces sufre ataques y grita, dice ver fantasmas y le suministran calmantes. Son crisis, pero yo le vi esta mañana sentado en un sofá con la mirada fija aterrorizada, completamente inmóvil, creí que estaría muerto, pero... De pronto despertó y me vio y su mirada se tornó maligna. Era como si el diablo me estuviera mirando Chloé, te lo juro. No exagero, ese hombre es cruel y malvado y presiento que corres peligro, debemos huir de aquí cuanto antes. Yo te ayudaré.

Aturdida asentí y fui a empacar mis cosas. No deseaba marcharme, no sin antes saber la verdad. No sin antes despedirme de ese amante tierno que me visitaba en las noches.

Mi vacilación fue fatal y cuando le comuniqué a Marie mi decisión de quedarme hasta saber la verdad casi muere del susto. Quiso convencerme y me llevó a la galería para enseñarme el retrato de la antigua marquesa.

No estaba, no el que ella dijo ver: el de una dama muy parecida a mí. Temo que entonces pensé que exageraba.

CAPÍTULO 4

Antoine apareció poco después y ese día fue un estupendo anfitrión, como si hubiera cambiado de golpe, ni sombra de hostilidad ni indiferencia, era tal cual le recordaba en la noche.

Pero en la cena se veía agotado y malhumorado. Cenamos en silencio, solo se oía el sonido de los cubiertos de plata. ¿Por qué ese cambio?

De pronto sentí su mirada, pero no era la misma que le conocía, era esa mirada desconfiada y agria. Y me observaba con fijeza como si deseara acusarme de algo.

—Os noto cambiada esposa mía, más risueña y paciente —dijo de pronto. Parecía una acusación y me desconcertó. No supe qué responderle, hubiera sido audaz mencionar esas noches de pasión. ¿Cómo podía cambiar tanto en cuestión de horas? Ya no era el mismo de esa tarde. ¿Acaso Marie tuviera razón y padeciera una enfermedad mental?

—No toleraré una esposa infiel, si llego a enterarme que os visteis involucrada en una situación comprometida lo lamentaréis —dijo de pronto y se retiró como si no soportara mi presencia.

Sin embargo, cuando llegué a mi habitación él me estaba esperando, sin camisa. Observé el torso desnudo y sin saber por qué noté algo distinto. Había imaginado un pecho fuerte y amplio, pero ¿acaso habría adelgazado o era mi imaginación? ¿Por qué no me arrojé a sus brazos para hacer las paces y olvidar mis temores? Porque no era la misma persona, no tenía esa mirada dulce y traviesa, llena de deseo. Y cuando avanzó hacia mí sin decir palabra simplemente le empujé y corrí. Él perdió el equilibrio y cayó, pero se incorporó y me siguió. Corrí por las escaleras desesperada y asustada.

Lo que ocurrió esa noche fue muy confuso, yo le vi ir a las habitaciones cerradas como si pensara que yo estaba en ellas. Le oí llamarme desde lejos y entonces intenté regresar a mi habitación, pero temí que él regresara allí.

Algo estaba ocurriendo arriba, las habitaciones prohibidas estaban abiertas de par en par. ¿Qué encerrarían allí, qué monstruoso secreto esconderían sus puertas? Sabía que era peligroso ir, que Antoine sufría esos cambios de humor y que iba a hacerme daño. Pero fue más fuerte la curiosidad, mis ansias de develar el misterio. Era su refugio, Marie le había visto allí y ahora se dirigía a ese lugar buscando algo.

No era a mí a quien buscaba llamaba a alguien, a Jean Philippe, le oí claramente. ¿Acaso el misterioso barón que era su amante? Me reí de mi ocurrencia, Antoine me había demostrado que yo le gustaba, pero... ¿Por qué cambiaba tanto al punto de que me costaba reconocer a ese amante soñado y tierno?

Entonces intuí una presencia, algo sobrenatural. ¿Jean Philippe? Y me detuve atemorizada incapaz de dar un solo paso más. Esas habitaciones no tenían nada de especial, solo que todos los muebles y camas estaban cubiertas con sábanas. Sin embargo, intuí algo tétrico en ellas. Alguien las había alumbrado a propósito. ¿Tal vez Antoine? Oí sus pasos adentrándose en la habitación del final del pasillo.

Me acerqué sin pensar en el peligro, aunque recé una plegaria casi mecánicamente, y al llegar

al final del corredor oí la voz de mi esposo decir: —Sal de ahí maldito demonio, no puedes engañarme, sé que estás ahí. Cobarde.

Alguien le respondió, pero no parecía una voz humana, era un susurro ronco y horrible, una presencia espectral. Y luego vi una sombra que crecía, que avanzaba hacia el final. Me volví horrorizada y solo vi una imagen toda negra tras de mí, tan cerca que... No era humano, era un espectro y solo distinguía la oscuridad que lo rodeaba.

Ignoro si llegué a gritar porque debí desmayarme y eso me salvo de enloquecer de miedo.

Al despertar había mucha luz en mi habitación.

No estaba segura de la aventura nocturna, pero alguien me había salvado de esa figura maligna del corredor. ¿Ese era el secreto que guardaban celosamente en las habitaciones cerradas? ¿Una presencia demoníaca, un ente maligno reencarnado? Me asustaba pensarlo. Debía preguntarle a mi esposo, tal vez por eso estaba tan alterado.

Durante el día mi temor menguaba, las aventuras nocturnas me parecían tan irreales y fantásticas. Pero yo no lo había imaginado, allí había algo extraño y sobrenatural.

Observé desde lejos las habitaciones del piso superior pensando cómo se verían en pleno día, pero no tuve valor para ir a investigar.

Cuando bajé a desayunar percibí un clima de nerviosismo, poco después me enteré de que uno de los criados más viejos había desaparecido durante la noche.

Antoine había salido y Marie estaba más asustada que nunca.

—Anoche oí unos ruidos extraños y salí a investigar. Provenían de los cuartos cerrados. Alguien gritaba, temo que se trate del anciano criado Luc, que haya visto algo comprometedor en las habitaciones del ático y le haya matado —dijo.

Supe que no mentía, aunque no recuerdo los gritos, solo aquella imagen macabra, de la cual no hablé a Marie para no asustarla aún más.

—Marie, ese criado pudo perderse, era un hombre muy viejo, Antoine le conservaba porque había trabajado con sus padres desde niño en el castillo y no tenía a donde ir. Pero ya conoces a la gente de edad avanzada, pudo perderse o embriagarse en una taberna del pueblo y luego olvidar el camino a casa —dije nada convencida de mi historia.

—Ese viejo defendía mucho al marqués, pero una vez dijo que no había hecho un buen casamiento. Que había actuado por impulso. Pero yo oí gritar a alguien anoche y estoy decidida a averiguar la verdad. A menos que la señora cambie de parecer y nos marchemos, que sigo pensando que es lo más sensato. Reconsidéralo Chloé, este lugar es siniestro, se siente en el aire y lo presiento. El marqués además de enfermo, está completamente loco.

Pensé en sus palabras y de pronto dije: —Tal vez oíste gritos de mujer, ¿estás segura de que era un hombre quién gritaba?

—Claro que estoy segura, los gritos de una mujer son más agudos y chillones, ¡por Dios! He trabajado toda mi vida en casas de familia para saber lo que son los gritos de las señoras.

—Creo que exageras Marie, pero me encantaría descubrir que guardan esas habitaciones. Si me acompañaras a investigar tendría valor para hacerlo —dije de pronto.

Marie se asustó ante tal propuesta, pero luego dijo que con gusto me acompañaría y que por favor no fuera sola, que allí había algo muy malo encerrado que me haría daño. Una extraña alimaña negra como la noche, con la figura de un hombre, ¿o sería una mujer? Era demasiado alto para ser una mujer, algo me decía que fuera o que fuera habría de ser hombre.

CAPÍTULO 5

Buscaron al criado Luc por cielo y tierra, pero éste no apareció. Antoine se veía visiblemente afectado por su desaparición e insistió en su búsqueda. La servidumbre estaba inquieta y noté que ellos también estaban asustados. Ahora miraban a su señor con desconfianza y a mí con lástima. ¿Por qué ahora sentía que me miraban de forma distinta? Tal vez lo imaginara, pero... No estaba dispuesta a dejarme amedrentar. ¿Qué podía significar la desaparición de un criado anciano? Los viejos hacían cosas raras y ese hombre tenía tal chochera que a veces confundía los nombres. Recordé que solía llamarme Christine y como parecía incapaz de recordar mi nombre, optó por llamarme madame o marquesa. Pero tampoco me había fijado en que no estaba muy cuerdo, pensé que todos los viejos cuando llegan a cierta edad son un poco torpes y olvidadizos. Sin embargo, recuerdo que tenía locura con Antoine y le llamaba “mi muchacho” como si fuera hijo suyo, y éste, solo al viejo le permitía tales libertades.

Ahora ese viejo había desaparecido y todos los criados estaban apenados como si se hubiera muerto o como si estuviésemos frente a un misterio insondable y terrible.

Antoine me obsequió unas joyas de la familia y exigió que cambiara esos vestidos, que ya estaban algo anticuados, aunque fuera los mismos que había confeccionado para agradarle. A veces veía de nuevo esa mirada del amante tierno que jamás faltaba a la cita nocturna, pero otras, apenas si se percataba de mi presencia. Sin embargo, hubo un cambio, ya no se recluía ni se iba lejos durante el día y el Doctor que fue a verle dijo que lo encontraba mucho mejor luego de seguir el tratamiento. ¿Qué extraña enfermedad padecía mi esposo y por qué jamás me hablaba de ella?

El anciano no apareció y Antoine decidió organizar una pequeña recepción para sus amistades, en mi honor y una gran fiesta de la vendimia que solía realizarse todos los años. Pero él tenía otra razón, seguramente estaba harto de vivir aislado. Todos los días tenía que salir y a veces me llevaba consigo. No había notado que era un experto jinete, aunque ya no montaba el padrillo azabache sino uno bayo.

Ese día parecía más comunicativo que otras veces y habló del castillo y la aldea de labriegos, las vides y el vino. De la estirpe de marqueses Lasalle.

Sabía que era huérfano, pero ¿dónde estaban sus parientes? Habría de tener primos, tíos y sin embargo ninguno había asistido a nuestra boda ni nos había visitado después. ¿Acaso no se habrían enterado de la boda o simplemente la habrían ignorado?

Y luego recordé el retrato que viera Marie en la galería, y le pregunté si antes había estado casado. Su mirada cambió y demoré en responderme.

—¿Quién os dijo eso? —quiso saber.

—Nadie, pero al llegar me presentaste como la nueva marquesa y siempre me he preguntado si acaso no habías estado casado antes.

Mi respuesta pareció aliviarle, y propuso que descansáramos en el bosque un momento para que los caballos bebieran agua.

—Tuve una esposa hace tiempo, pero murió —dijo mirándome a los ojos.

—¿La amabas? —quise saber. ¿Lo imaginé o le resultaba doloroso hablar de ella?

—En realidad no. Fue un matrimonio concertado por nuestras familias, no hubo sorpresas ni emoción alguna. Era mi deber y lo cumplí.

Parecía otra persona cuando hablaba del pasado, no fingía ni estaba malhumorado o incómodo. Tampoco lo vi enfermo o débil.

—El doctor te encontró mejor Antoine. ¿Por qué no me dijiste que estabas enfermo?

—Querida, no deseaba preocuparte. Además, solo fue una recaída, hace tiempo padecí una gripe casi mortal y ahora tuve fiebre y el Doctor se preocupó demasiado. Olvídalo, estoy perfectamente —dijo y acarició mi mejilla y mi cabello. Y sin más me atrajo hacia sí y me besó. Era la primera vez que me besaba a la luz del día con ese ardor. Temo que entonces me dejé llevar sin pensar que alguien podría vernos. El bosque parecía vacío y sin embargo oí unas pisadas y él también pues de pronto se incorporó cerrando su camisa yendo a investigar. Entonces descubrí la extraña cicatriz que atravesaba su pecho y me pregunté como nunca la había notado. Era singularmente profunda ¿qué clase de herida la habría provocado?

Luego le descubrí un anillo en el dedo meñique con las iniciales A. L, nunca se lo había visto, aunque algunos caballeros lo tenían, pero, no sé por qué me fijé en ello.

Al regresar dijo que no había nadie, pero yo estaba segura de haber escuchado unos pasos.

Si el marqués había estado casado ¿dónde estaba el retrato de su difunta esposa? Quise averiguarlo, pero no podía preguntar a los criados ni a Antoine así que le pedí a Marie que lo buscara con discreción.

—Ya te dije que lo vi en la galería, pero alguien lo quitó de allí —me respondió.

Nunca apareció el retrato y Marie dijo que seguramente estaba en las habitaciones cerradas donde tampoco criados osaban entrar, excepto los encargados del aseo.

Lo más extraño fue cuando recibimos nuevas visitas de las amistades de Antoine en la fiesta que dijo haber hecho en mi honor. Mi sorpresa fue auténtica pero la de ellos fue mucho mayor. Palidecieron como si vieran un fantasma y no pudieron disimular. Volvía a repetirse esa conducta inexplicable.

—Les presento a la marquesa Chloé Lasalle, mi esposa —dijo Antoine, pero luego de serles presentada el estupor continuó. ¿O debía llamarlo una sorpresa desagradable?

Era como si vieran un fantasma y la reacción fue idéntica en los invitados que llegaron después, mientras que mi esposo parecía disfrutar secretamente la situación.

—¿Por qué todos me miran así? —quise saber.

Él me miró extrañado: —Te miran de esa forma porque eres bella y me envidian. —fue su respuesta y luego me llevó al comedor pues pronto iba a servirse un buffet frío.

Me parecía extraordinario que el castillo recibiera a tanta gente noble, pues en su mayoría lo eran y que además fueran perfectamente arrogantes y orgullosos como correspondía a su linaje. Y a pesar de que aún me miraban con recelo pensé que todo estaba volviendo a la normalidad, mi esposo ya no me evitaba como la peste, sino que disfrutaba mi compañía y aunque seguía teniendo sus actividades (parecía obsesionado por el viñedo) era un hombre mucho menos taciturno, con más vida que antes. Hasta su mirada era distinta, había engordado un poco y estaba lleno de salud.

La fiesta hubiera sido un éxito y en cierto aspecto lo fue, de no haber ocurrido un incidente en el jardín. Ignoro si fui buena anfitriona, mi esposo se encargó de casi todo y todo estuvo perfectamente, pero en un momento le perdí de vista y al preguntarle al mayordomo, éste me dijo

que estaba en el jardín. Estaba algo fresco, aunque fuera primavera, y no sé por qué fui a buscarlo. Creo que a pesar de que todo parecía ideal, y que él había cambiado, aún desconfiaba. Marie era quien me obligaba a estar alerta, para ella en ese castillo ocurrían cosas extrañas, aunque el marqués hubiera cambiado.

Así que me dirigí hacia los jardines, los inmensos jardines del castillo y casi sin darme tropecé con el cementerio. Había oído unas voces y hacia ellas me dirigí. Grande fue mi sorpresa al descubrir una pareja de amantes ocultos en el cementerio, conversando primero y luego besándose apasionadamente entre las lápidas y las inmensas esculturas mortuorias. Era la primera vez que veía el cementerio tan cerca y no me asustó, sino que me interesó pues comprendí que era una obra magnífica. Las estatuas de ángeles, ninfas y seres de piedra y bronce parecían tan reales y etéreos a la vez que abrí el portal (que ya estaba abierto) y entré.

La pareja de amantes estaba oculta mucho más al fondo y dejé de pensar en ellos. Era algo absurda su presencia allí, era un descaro en realidad que utilizara ese hermoso lugar para un encuentro romántico, pero no me interesaba delatarles, mi presencia allí era igualmente insólita.

¿Qué esperaba encontrar allí? Lo ignoro, pero Antoine jamás me había enseñado el cementerio y en realidad nunca le interesó que conociera el castillo a fondo ni sus alrededores. Pero allí estaban sus parientes, muertos hacía siglos y me sorprendió encontrar una Chloé entre ellos que había muerto por el 1600 y otra en el 1778, tal vez durante la revolución francesa. Seguí recorriendo las tumbas y comprendí que estaban alineadas por orden cronológico, o tal vez siguiendo la distribución de las ramas genealógicas.

Llegué al mausoleo donde estaban enterrados una joven llamada Christine, y Jean Philippe. Habían muerto con diferencias de días, pero hacía ya un año. ¿Serían parientes de Antoine? Todos llevaban el apellido Lasalle, pero no podía adivinar si eran primos, tíos, aunque por la fecha de nacimiento habrían de ser jóvenes. ¿Sería hermanos de mi esposo? ¿Por qué jamás los mencionó? Tal vez fue una tragedia que quiso olvidar.

Entonces oí de nuevo ese nombre, mientras abandonaba el cementerio pues soplabla una brisa fría y no llevaba suficiente abrigo, sin contar con que ese lugar había comenzado a provocarme escalofríos. Caminé con prisa rumbo al castillo y oí que alguien decía: “¿Christine?” Era una voz de hombre y me detuve un instante, asustada, entonces vi a un joven a pocos metros de mí observándome con fijeza, como si yo fuera una aparición.

—Yo no soy Christine, mi nombre es Chloé Lasalle —le respondí.

El joven sonrió aliviado. Al acercarse vi que era alto y delgado, de cabello oscuro y chispeantes ojos cafés, con un minúsculo bigote sobre el labio superior.

—Discúlpeme, claro que no es Ud. Christine, ella está muerta. Pero se parece tanto a ella... ¿Acaso es su hermana o prima? —preguntó.

No sé por qué volví a sentir unos escalofríos cuando dijo que Christine estaba muerta.

—No. Es solo coincidencia, y además nunca he visto un retrato de Christine para saber si nuestro parecido es tan acentuado —le respondí.

—¿Acaso no ha visto un retrato de la primer esposa del marqués? Qué extraño, hasta hace poco estaba en la galería principal, pero al parecer ya no está allí.

Recordé las advertencias de Marie, ella había visto el retrato mencionado y había asegurado que la joven era idéntica a mí. ¿Por qué ese parecido me parecía tan macabro? ¿Acaso no era natural que un hombre enamorado de su esposa y luego de perder ésta buscara una que se le pareciera? No era natural, no era justo, que me hiciera su esposa por esa razón.

—Por favor perdóneme, veo que la he perturbado. Yo también estoy un poco extraño esta

noche, además la vi salir del cementerio y creí que era un fantasma, el fantasma de Christine que no descansa en paz. —dijo el joven de repente.

Hubiera deseado interrumpir esa absurda conversación, pero algo me impulsó a continuarla: deseaba saber más de esa Christine y de mi esposo.

—Disculpé, ¿pero ¿quién es Ud.? —le pregunté entonces.

—¿Acaso lo ha olvidado? Soy el barón Gerard de Guillaume.

—¿Es amigo de mi esposo? —insistí.

La pregunta pareció desconcertarle, sin embargo, dijo: —Puede decirse que somos buenos vecinos. He sido un observador de la tragedia de los hermanos Lasalle.

—Perdón, ¿de qué está hablando? —le pregunté.

—¿Acaso no lo sabe, nadie le habló de ello? Discúlpeme, no deseo entrometerme.

—Por favor dígame, no sé de qué me está hablando.

Él miró a su alrededor como si temiera ser escuchado.

—Ud. se parece tanto a Christine... Que temo que no sea simple coincidencia. Verá... Su esposo tenía una bella esposa llamada Christine muy parecida a usted y un hermano. Desconozco los detalles, mucho se ha hablado, pero no se puede injuriar a los muertos. Yo personalmente nunca he creído la historia que muchos contaron. Solo sé que fue una tragedia pues ambos murieron en un accidente, durante una partida de caza. Alguien disparó contra un jabalí y ellos cabalgaban juntos... Dicen que un caballo se desbocó y una bala alcanzó a Jean Philippe.

—¿Se refiere a Christine y a un tal Jean Philippe que murieron hace un año, el mismo día? Pensé que serían hermanos o primos de mi esposo.

Mis palabras parecieron sorprenderle, pero luego dijo: —Se dijo que eran amantes y por eso encontraron la muerte, pero me niego a creer que la anterior marquesa fuera infiel. Christine era muy hermosa, como Ud. pero distinta, más frágil y reservada. Ud. parece más fuerte y disculpe mi atrevimiento, pero intuyo que sabe defenderse.

—Así es, pero lo que me ha dicho es muy extraño. ¿Por qué Antoine querría buscar una esposa que se pareciera a la anterior, si ésta le había traicionado?

—Lo ignoro, pero tal vez no hubo tal traición, él quedó muy apenado con su muerte que realmente pudo ser un accidente. Pero Antoine se ve muy orgulloso de Ud. y es como si disfrutara de la confusión que provocó entre sus amistades cuando presentó una esposa casi idéntica a la anterior.

Me quedé pensando en sus palabras. Era como si todo empezara a tener sentido. Mi esposo sentía por mí una especie de fascinación y rechazo, por eso al principio me ignoraba y luego cambió... ¿Qué lo impulsó a buscar una joven que se pareciera a su difunta esposa? La amaba a pesar de su engaño, ¿o acaso no habría existido tal engaño? Si todos fueron rumores malignos. De todas formas, yo sí había sido engañada, no era justo que me escogiera por esa razón y que tampoco me hablara del parecido. Ahora lo había confirmado, por eso el viejo Luc solía llamarme Christine. No era que olvidara mi nombre, sino que debía pensar que yo era la anterior esposa del marqués.

La fiesta perdió interés para mí y el castillo volvió a envolverme con su misterio y oscuridad y volví a experimentar esa sensación de peligro que tanto me inquietaba.

CAPÍTULO 6

Pasaron varias semanas en las cuales no ocurrió ningún incidente extraño, pero no olvidé a Christine ni que debía encontrar su retrato y descubrir la verdad.

No era sencillo preguntarle a Antoine si acaso se había casado conmigo por el parecido que tenía con su antigua mujer, además estaba tan amable y encantador que no deseaba que volviera a ser como en los primeros tiempos: esquivo, indiferente y hostil.

Marie intentó por su parte, escuchar alguna cosa en las cocinas para averiguar más de Christine, pero al parecer jamás se la mencionaba.

Sin embargo, una tarde Marie quiso que diéramos un paseo por los jardines, una excusa para conversar en privado y contarnos las últimas novedades.

—Señorita Chloé, tengo algo muy extraño que contarle, pero no me animo. Mire, alguien dejó esta nota en mi cuarto anoche —dijo.

Se veía asustada y era una mujer valiente, aunque tal vez estuviese un poco sugestionada pues desde el principio había notado algo extraño en ese lugar.

Tomé el papel y lo leí, era un papel común pero la letra tenía cierta complejidad, aunque estuviera escrito en imprenta. “Quienes meten las narices donde no deben terminan como Luc. Por favor, cuídese, no es una amenaza sino una advertencia. Ud. hace muchas preguntas y hay quienes tienen mucho que ocultar. No es prudente entrometerse. Siga mi consejo y no mencione a Christine ni al difunto hermano del marqués.”

Sentí un escalofrío, pero al leerla de nuevo comprendí su significado.

—Marie, quien te escribió esto sabe dónde está Luc y teme que te ocurra lo mismo. No se trata de una amenaza sino de prevenirte. Y es verdad, has estado entrometiéndote demasiado y si hay quienes tienen mucho que esconder como bien dice la nota, podrían hacerte daño —le dije.

—Te equivocas, esto lo escribió alguien para asustarme y para que deje de husmear. Pero no me rendiré. Aquí han estado pasando cosas muy extrañas y, además, a esa pobre mujer la mataron de un tiro y no fue accidente, fue su esposo por celos. ¿Por qué entonces volvería a casarse con una joven que se pareciera a la desdichada? Eso es algo mórbido y enfermizo. Chloé, debemos marcharnos. El viejo Luc era un criado que siempre estuvo en el castillo pero que últimamente se decía que había perdido el juicio, equivocaba nombres y murmuraba cosas. Pero tal vez se diera demasiada cuenta de lo que ocurría, él sentía particular devoción por el marqués, pues era como un hijo para él y éste le toleraba sus desvaríos y se reía de las cosas que decía.

Temo que nunca le presté atención al pobre viejo pues creí que no estaba muy cuerdo, pero he estado pensando. Recuerdo que al viejo le gustaba madrugar e ir al viñedo como siempre había hecho. Debió ver algo o sabía demasiado por eso le hicieron desaparecer.

—No podemos afirmar eso Marie, hay quien desea que así lo creamos, que alguien mató al viejo, pero nosotros desconocemos toda la historia. Quizás Luc decidió marcharse porque ya no se sentía a gusto aquí. Lo único que en verdad me inquieta es esa Christine, no me agrada parecerme a una mujer que fue asesinada por infiel. Aunque dudo que Antoine fuera capaz de matar a nadie. Pero mi esposo ha cambiado, ¿lo has notado?

Marie asintió con un gesto. —Es lo que todos los criados comentan, pero cada vez que me acerco se callan.

—Deja las cosas así Marie, tal vez sí exista algún peligro y odiaría que algo te pasara por mi culpa. Cometí un error al casarme con un desconocido, pero ¿qué puedo hacer?

—Jamás debí convencerte de que lo aceptaras Chloé, perdóname. Se veía tan enamorado y yo fui una ingenua al pensar que esos nobles hacían algo desinteresadamente. He sido más ingenua que tú que eres una jovencita.

—No te culpes por eso Marie, ¿qué sentido tiene? Yo tampoco tenía otra alternativa. Pero Antoine ha cambiado y tal vez ya no vea en mí a la esposa que perdió, pues en realidad el parecido físico no es más que una coincidencia.

—Pero Señorita Chloé, se dice que él mató a su esposa. Todo esto es muy anómalo, siniestro y sigo pensando que deberíamos huir de aquí antes de que pretenda cambiar de esposa. Hay seres que en apariencia son perfectamente normales, pero no se les puede dar la espalda porque te clavan un puñal, porque son locos, ¿comprendes? Locos de remate. Yo he observado al marqués varias veces y he llegado a pensar que no es la misma persona que conocimos, hasta su mirada es distinta. ¿Significará locura? Me da miedo pensarlo. Además, esta carta que recibí y ¿si se trata de una advertencia? Pocos criados saben escribir, casi ninguno diría yo. ¿Y si fue el marqués?

—Mi esposo jamás mataría a un criado viejo, Marie, es absurdo. Además, ¿qué tendría que esconder? Deja ya de preocuparte y de husmear, no interrogues a los criados, aunque te mueras de ganas, ellos te delatarán —le aconsejé.

¿Pero habría matado Antoine a su esposa? Me costaba creerlo, podría ser un malvado rumor, debió ser un accidente por eso buscó una joven que se le pareciera. De todas formas, la idea seguía siendo macabra.

Desde mi ventana observaba el paisaje y el cementerio, era un lugar magnífico, pero no sentía que perteneciera a él. Y tampoco sentía que perteneciera a ningún lugar. Paris también era un capítulo cerrado de mi existencia y todavía me entristecía pensar en tía Henriette y en lo poco que había vivido. ¿Pertenece alguna vez a ese prado con sus viñedos, a esos bosques de abetos y pinos? Lo ignoraba pues tanto el presente como el futuro eran inciertos.

El amante tierno y apasionado ya no me visitaba todas las noches sino de vez en cuando y en esos momentos yo sentía que era un desconocido, un amante furtivo, no mi esposo. Era una fantasía, pero si lo pensaba, todo cuanto me rodeaba tenía una dosis de irrealidad y de misterio.

El sonido de la puerta me apartó de esos pensamientos. Allí estaba Antoine mirándome con una sonrisa cálida. Y sin perder un minuto me envolvió entre sus brazos como el amante maravilloso que era. Temo que ejercía sobre mí cierto poder hipnótico, era tan difícil dudar o siquiera pensar cuando me besaba de esa forma. Tal vez entonces creía amarle, pero no le amaba en realidad, solo amaba un espejismo, una ilusión. Lo supe el día que descubrí la verdad, una verdad cruda y aterradora que me volvió a la realidad y me hizo comprender muchas cosas entre ellas, que nunca le había amado.

Días después llegaron visitas al castillo, nobles amigos de mi esposo que estarían presentes en la fiesta de la vendimia. Ignoraba que hubieran sido invitados y me sorprendió aún más que el barón Guillaume estuviera entre ellos. Recordaba bien a ese hombre, le había encontrado cuando salía del cementerio en la fiesta que diera Antoine para reunir a sus amistades. Me había llamado Christine y había intentado advertirme, aunque sin arriesgarse a contarme toda la verdad de la

tragedia de los hermanos Lasalle. Su mirada era atenta, pero sin la sorpresa del comienzo. Hubiera deseado preguntarle sobre la tragedia de Jean Philippe y Christine, pero temí no tener oportunidad de conversar a solas. Su esposa le acompañaba (una jovencita morena de celosos ojos negros) y le vigilaba con no poco disimulo como si no tuviera la más mínima confianza ni en su esposo ni en las damas presentes.

Y a propósito, había una tal Madeleine que era una coqueta muy llamativa y risueña, esposa de uno de los nobles presentes, y que no perdió oportunidad de conversar con Gerard ni con el resto de los hombres, sin exceptuar a mi esposo. Antoine la miraba de una forma que me incomodó. Claro que era hermosa con su cabello de muñeca bien rubio y rizado, los ojos celestes con mirar inocentón y la decidida roja y lasciva boca que nada tenía que ver con aquel rostro pero que le daban la marca de coqueta incurable y algo más. O tal vez fuera una de esas damas que vivían pendientes del espejo y la admiración constante. Su actitud hacia mí era algo extraña, sin embargo, de mal disimulada frialdad y hasta desprecio. Entonces recordé que yo no era noble de nacimiento y nadie debía tener muy claro cuáles eran mis orígenes o quizás sí y por eso damas vanidosas y soberbias como la baronesa Madeleine se sentían ofendidas por mi presencia. Pero de todas formas era una impertinencia que no debía tolerar, yo era la marquesa Lasalle y aquél mi castillo, y se me debía respeto. No iba a tolerar que damas como aquellas se atrevieran a insultarme.

Era extraño que por primera vez pensara que yo era dueña de todo aquello, que era una marquesa, una Lasalle cuando desde el comienzo me había sentido ajena y extraña a todo, pero imagino que fue la provocación de Madame Madeleine quien me obligó a estar a la defensiva.

En dos ocasiones me dejó hablando sola la muy atrevida, pero yo me vengué días después cuando propuse un paseo a caballo por los alrededores sin avisarle ni a ella ni a su esposo (un anciano caballero acaudalado que podía ser su abuelo) que por otra parte dormían casi hasta el mediodía y a nuestros invitados les aburría tener que esperarles siempre. Nos fuimos sin ellos bien temprano y cuando la rubia dama se enteró debió enfurecerse.

Cuando más tarde, ese mismo día volqué champaña en su vestido sentí que me había desquitado y que no volvería a tener problemas con esa señora. Estaba tan desconsolada que se retiró a su habitación, era tan vanidosa que no soportaba verse mal, ni que sus hermosos vestidos se estropearan. No aceptó mis disculpas, pues claro que fue un descuido imperdonable de mi parte, pero observé dos reacciones contradictorias de quienes me observaban. Mi esposo parecía disgustado conmigo, pero no dijo nada mientras que, desde el otro extremo de la sala, sentado en un cómodo sofá el barón Guillaume me dirigía una sonrisa de complicidad, le faltaba hacerme un guiño. Él debía saber que esa joven me había provocado y me felicitaba, era uno de los pocos que no les prestaba atención mientras que mi esposo muy por el contrario parecía pendiente de ella, lo cual me disgustaba más.

Era natural que la mirara pues era hermosa, pero me molestaba, temo que era demasiado ingenua pues en ningún momento creí que Antoine pudiera ser infiel.

En nuestra habitación mi esposo dijo: —No debiste tratar así a la baronesa Villons, todos lo notaron.

Se veía molesto, pero para nada furioso.

—Fue un tonto descuido, perdóname. Sinceramente me he cansado de disculparme esta noche —le respondí.

—Pues debes ser más cuidadosa. ¿Acaso no te agrada esa joven?

—En realidad no la conozco demasiado para saber si me agrada o no, tal vez debieras preguntarle a ella qué piensa de mí pues desde que ha llegado no ha dejado de hacer ciertos

comentarios mordaces en mi presencia. —estallé.

Antoine sonrió —mujeres, cómo os gusta pelear, si tuvierais armas o las supierais manejar, ¡hay de nosotros, los pobres hombres! —dijo y me besó.

No volvió a mencionar el tema y tampoco pareció seguir interesado en esa joven.

Pero algo me inquietaba y era mi necesidad de hablar a solas con Gerard antes de que se marchara. En pocos días sería la gran fiesta de la vendimia y luego todos partirían a sus respectivas propiedades. Y no era sencillo encontrar la ocasión propicia pues el castillo estaba atestado de gente y sin embargo como si un ángel escuchara mis deseos, una tarde calurosa, le encontré en el jardín y de inmediato lo invité a dar un paseo a caballo. Ignoro si fue una invitación audaz o cómo lo interpretaría él, pero necesitaba saber la verdad de lo que había ocurrido con los hermanos Lasalle. Yo sabía, intuía que ocurría algo extraño, es muy difícil engañar a una mujer en ese aspecto pues siempre presienten las cosas. Todo podía ser ideal, mi esposo había cambiado tanto, pero algo malo ocurría, un peligro latente, inexplicable, encerrado en esos muros de piedra.

Luego de atravesar el bosque y cuando el denso follaje nos rodeaba fue él quien preguntó: — luc desapareció y nadie ha vuelto a saber de él. ¿Sabe Ud. lo que ocurrió?

—En absoluto solo que los criados estaban muy inquietos cuando desapareció. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque Luc era un criado de confianza y sabía demasiadas cosas por eso el pobre había quedado medio trastornado, decían que hablaba solo.

—Pero usted también sabe lo que ocurrió, por favor hábleme de ello, de “la tragedia de los hermanos Lasalle”. El asunto incomoda a mi esposo, tal vez le cause dolor. ¿Por qué murió su hermano y su esposa el mismo día? Eran amantes, ¿no es así?

Su mirada se endureció —lo ignoro, madame. En todo caso el responsable de la muerte de ambos no es Antoine. Jean Philippe era un malvado sabe y no diré que mereció esa suerte, pero... Empiezo a dudar que todo haya ocurrido como dicen que ocurrió, más ahora que Antoine está tan cambiado.

Conozco a los Lasalle desde niño y, además, tal vez lo ignore, pero Christine era prima mía y mi hermano estaba enamorado de ella. Pero estaba destinada al primogénito Lasalle, mi hermano Arthur no tenía posibilidades y luego de que la boda se llevó a cabo, se suicidó.

En cuanto a la otra tragedia, hay quienes dicen que Christine y Jean Philippe no descansan en paz y que han visto su fantasma en este bosque porque alguien los mató.

—Pero si Antoine mató a su esposa por infiel ¿por qué buscar a una joven que se le pareciera? Disculpe mi insistencia, pero no tengo a quien preguntarle y en ese castillo todo es tan raro y misterioso. Fantasmas, habitaciones tapiadas, criados asustados...

—Las habitaciones que están cerradas pertenecieron a Jean Philippe, el hermano de Antoine. Alguien ordenó clausurarlas al morir este, seguramente su hermano y desde entonces se cree que su espíritu no descansa en paz. Antoine es un ser muy complejo y extraño, siempre lo fue, pero era el mayor y Jean Philippe debió conformarse. Aquí siempre existirá el mayorazgo, y Jean Philippe quedó al margen, con menos propiedades mientras que Antoine lo heredó todo al morir sus padres. Eran muy ricos y Jean Philippe recibió una villa del otro lado del valle y unas tierras, pero no poseía el título de marqués y... Vaya uno a saber los resentimientos que arrastran estas criaturas de Dios. Lo que sí recuerdo es que siempre existió una rivalidad entre ambos. Antoine era el más opacado, tímido, no sobresalía en una fiesta ni atraía a las damas por su personalidad taciturna y por misántropo. Odiaba las muchedumbres, las fiestas y las partidas de caza, prefería la soledad de su biblioteca. Jean Philippe en cambio era él más alegre, mujeriego y divertido, era al que

miraban las damas apenas entraban en el castillo, pero en inteligencia... Bueno sería difícil decidir cuál de los dos era más brillante. Y ahora, es como si el espíritu de Jean Philippe se hubiera adueñado de Antoine. No reconozco al taciturno huraño y amargado Antoine, es como si deseara por primera vez parecerse a su hermano muerto. Sé que le parecerá increíble y fantástico, pero conociendo a ambos le diría que es Jean Philippe quien está vivo y Antoine el que murió, aunque sea exactamente al revés.

Ignoro los detalles, pero se decía que Christine amaba a Jean Philippe y se casó con su hermano porque la obligaron. Ella era muy distinta a Ud. aunque el parecido entre ambas sea asombroso... Era una joven mimada y consentida con poco carácter, vulnerable, ella jamás supo defenderse de los dardos de la terrible Madeleine como Ud. lo hizo días atrás. Era frágil pero apasionada y ambos la amaban, más Antoine que Jean Philippe, pues Jean Philippe era egoísta y despiadado, y además tenía otras amantes. Madeleine era una de ellas.

Aquella revelación me provocó un sobresalto.

—¿Y usted cree que Antoine mató a su esposa? —le pregunté.

Él demoró en responderme, como si no se atreviera a hacer esa conjetura.

—Tal vez sí amaba a Christine, por eso buscó una joven que se le pareciera. Y me niego a creer que haya podido matarla a ella y a su hermano, es demasiado monstruoso, ¿no cree? Pero si lo hizo, usted corre serio peligro, Madame Chloé. Tal vez Antoine haya perdido juicio, por eso ese cambio inexplicable en su personalidad de querer parecerse a su hermano. Porque Christine amaba a Jean Philippe y tal vez crea que Ud. es ella. Hay algo macabro en este castillo y en Antoine, no he dejado de notarlo.

—¿Qué debo hacer entonces? Ud. me asusta —le dije.

Nuestros caballos se habían detenido y estaban enfrentados. Él me miraba con lástima.

—Es usted más hermosa que Christine, su nombre es más bonito, además, tiene más vida... Y de no estar casado le pediría que huyéramos juntos. Disculpe mi atrevimiento, fue solo una broma. Pero yo tenía que advertirle y si algún día necesita mi ayuda, acuda a mí. Cargo con la muerte de mi hermano, de no haber previsto lo que haría y con la de esa pobre joven, hechizada por Jean Philippe. Él no la amaba y esté donde esté ha de lamentar estar muerta por su causa.

Sus revelaciones me quitaron la poca paz que había logrado, estaba en peligro, era la segunda persona que me lo decía. Y saber que mi esposo podía estar loco solo aumentaba mi temor, jamás lo había pensado. Pero tenía razón Guillaume, Antoine había dejado de ser esa criatura huraña y taciturna, jamás leía un libro y en cambio prefería los deportes al aire libre y jamás podía estarse quieto.

¿Dónde estaba el cuadro de su hermano Jean Philippe? ¿Por qué no formaba parte de la galería de la familia Lasalle? ¿Habría desterrado su retrato y el de su esposa? Solo estaba Antoine, con la mirada seria y extraña, llena de secretos, delgado, luciendo como un perfecto caballero francés, con su espada y un galgo a sus pies. Era la imagen que recordaba de los primeros tiempos no la que tenía frente a mis ojos en esos momentos.

—Chloé, ¿qué haces aquí? —dijo Antoine sorprendido.

—Solo miraba los retratos —le respondí y a medida que se me acercaba noté el cambio entre la pintura y mi esposo.

No me atreví a pensar que se tratara del alma de Jean Philippe que se había apoderado de Antoine obligándole a convertirse en alguien que no era, sino que él mismo deseaba emularlo porque no soportaba tener un espíritu tan gris y resentido.

—¿Dónde está el retrato de Jean Philippe? —quise saber.

¿Acaso lo imaginé o mi pregunta lo disgustó?

—Lo ignoro. ¿Pero por qué deseas verlo ahora? —preguntó a su vez mirándome con desconfianza y sorpresa.

—Porque era tu hermano, Antoine. Perdona mi curiosidad, no quise molestarte.

—No me molesta, solo me sorprende. Mi hermano fue un traidor y no quise que su retrato formara parte de la galería. Bueno, ya es hora de ir a cenar querida.

Pero las revelaciones de Gerard me habían inquietado, sentía que estaba cerca de descubrir la verdad. ¿Pero cuál verdad? Me aterraba creer que mi esposo hubiera matado a su esposa y a su hermano a sangre fría y viviera tan tranquilo sin remordimientos.

Aunque Antoine, lejos de esa apariencia alegre y cordial, despreocupada podría decirse, vivía alerta, protegiéndose contra algo o contra alguien. Algo en su actitud me hizo desconfiar de su carácter afable y alegre y cuando lo vi conversar con Gerard a solas, mientras daban un paseo a caballo tuve un mal presentimiento. Gerard había querido prevenirme sin saber exactamente lo que estaba ocurriendo en el castillo, solo que Antoine no era el mismo y eso podría ser peligroso para mí.

¡Qué poco conocía a mi esposo! Antes y ahora, seguía siendo casi un extraño, aunque compartiéramos momentos, aunque conversáramos en ocasiones, yo sentía que no podía conocerle a fondo. Al principio cuando me evitaba como si no soportara mi presencia y luego, buscándome en las noches como un amante apasionado y exigente. Pero en ningún momento se había acortado la distancia que nos separaba y que parecía condenarnos a ser dos extraños por la eternidad.

El día de la fiesta de la vendimia el castillo estaba convulsionado y la aldea también. Mucha gente iba y venía: criados, aldeanos. Se trataba de una fiesta tradicional y aunque no olvidé mis preocupaciones, ese día al menos decidí no pensar en ellas, tomar un descanso, y disfrutar la primera vendimia desde mi llegada a Lasalle.

El espectáculo de los campesinos pisando las uvas, las muchachas con los pies descalzos y las piernas desnudas hasta casi las rodillas atrajo las miradas de los hombres presentes, ya fueran granjeros, aldeanos o distinguidos barones. Lo hacían mientras cantaban y bailaban esas canciones populares de las aldeas.

Luego hubo un baile en los alrededores y otro en el castillo, mucho más formal, aunque sin la espontánea alegría de los anteriores. Se sirvió abundante vino de la cosecha anterior y hubo brindis con champagne y unos bocados deliciosos. Imagino que presté más atención a los confites que a la gente porque estaba aburrida. Hubiera deseado quedarme con los aldeanos, temo que me identificaba más con ellos, con su forma de sentir y su sencillez, ellos no tenían esas máscaras de fineza y cortesía, que eran solo una fachada para esconder un abanico de sentimientos contradictorios y complejos.

Ni siquiera bailar con Antoine me animó, aunque él hizo comentarios muy agradables de anteriores vendimias, de su niñez y juventud. Casi no le escuchaba, pero Gerard que estaba cerca sí parecía oírle y de inmediato noté un cambio en su semblante. Y cuando luego bailé con él le noté francamente molesto o preocupado, inquieto y al preguntarle si le ocurría algo me respondió:

—Tengo una sospecha madame, pero es demasiado terrible para que me atreva a decírsela a alguien —dijo muy serio.

Comprendí que no se trataba de una broma ni de una exageración.

—¿Pero de qué se trata? Dígamelo por favor, Guillaume. —Estaba asustada por sus palabras, pero sabía que soportaría lo que fuera, aunque estuviera relacionado con mi esposo.

—No puedo hablarle aquí, vayamos al jardín. —propuso.

Le seguí sin vacilar, aunque pensara que no era correcto abandonar un salón atestado como aquél, que quizás habría rumores y que mi esposo aún a la distancia, mientras conversaba con Madeleine nos observaba con atención.

Al llegar al jardín no estábamos solos, sino que había algunos invitados conversando y bebiendo champagne, pero Gerard buscó un lugar solitario para decirme:

—Ud. está en peligro Marquesa y tal vez yo también lo esté, por eso le he pedido a mi esposa que nos marchemos cuanto antes y a Ud. le aconsejaré lo mismo.

Tal vez no vaya a creerme y dude de mis suposiciones, no tengo pruebas de lo que voy a decir, pero...Su esposo no es quien dice ser, es un impostor y lo comprobé el otro día cuando fuimos juntos a dar un paseo a caballo. Tiene una cicatriz en el pecho, una herida de bala que Antoine no tenía y eso lo recuerdo muy bien. Muchas amistades notan el cambio y el parecido es asombroso, pero ignoro quien pueda ser el impostor solo que quien sospeche de él y le descubra corre peligro.

—Pero lo que dice es muy grave, monsieur. ¿Insinúa que no me casé con el marqués Lasalle sino con un impostor? ¿Alguien que se le parece? Es absurdo —dije. Estaba aturdida por sus palabras pues no me esperaba semejante revelación. De tratarse de alguna infidelidad lo habría tomado con más naturalidad, pero aquello era inquietante y descabellado.

—Todo encaja madame, ¿no lo comprende? Antoine se fue a Paris porque necesitaba una esposa, pero le aseguro que él jamás se casaría con una joven que no fuera noble y por favor no se ofenda por ello. Pero tal vez el impostor conocía muy bien la historia de los hermanos Lasalle o todo fue una coincidencia, no estoy seguro.

Antoine solo nos invitó a su castillo para que conociéramos a su esposa hace poco tiempo, pero todos notaron el cambio, él debió necesitar tiempo para afirmarse en su papel, ¿comprende? Por eso tampoco invitó a sus amigos más cercanos ni a sus primos ni parientes, pero ellos vendrán algún día al castillo y entonces se sabrá la verdad.

El criado que desapareció debió descubrir la farsa y por eso le hicieron desaparecer. Y digo hicieron porque creo que este ardid no lo hizo solo el impostor sino ayudado por otras personas. No confíe en nadie de aquí y por favor, debe usted marcharse antes de que ese hombre la mate si acaso llega a sospechar que sabe algo. No vacilará en hacerlo si descubre que su farsa puede ser descubierta.

—No puede ser, es demasiado horrible. Yo no tengo a donde ir. Los familiares de mi tía en Paris casi me expulsaron de su casa para quedarse con la herencia —dije, aunque pensaba en voz alta. Nunca había hablado a nadie de ese castillo de tía Henriette mucho menos a esos orgullosos nobles. Y sin darme cuenta le conté toda la historia de mi vida, que mi esposo solo conocía en parte. Gaillac era mi esperanza y Gerard dijo que me llevaría hasta allí. Pero yo no podía aceptar su ayuda, ni huir sin antes saber la verdad.

Esa noche cuando subí a mi habitación tuve miedo, si las sospechas de Gerard eran ciertas ese hombre era un asesino, pues debió matar a Antoine para ocupar su lugar.

—Chloé, ¿estáis despierta? —dijo él desde la oscuridad. Su voz era distinta o al menos eso imaginé. Encendí la lámpara y le miré. Fue como si le viera por primera vez, era distinto al hombre con el cual me había casado, en ese instante me atreví a aceptar lo que solo había sido una vaga sospecha. No era ese el hombre que me había seducido, que había actuado como fogoso amante, quien golpeaba la puerta como un amante furtivo cuando mi verdadero esposo me ignoraba día y noche. Ahora lo comprendía, Antoine jamás había sido tierno ni cariñoso. Antoine había sido en Paris una sombra gris, un hombre torturado por la muerte de su esposa que buscaba

reemplazarla para mitigar su dolor, pero todo había fracasado. Yo no era Christine sino una extraña, una joven en dificultades que le aceptó porque no tenía otra opción.

¿Y entonces quién era ese hombre? Me pregunté mientras comenzaba a besarme y por primera vez le aparté confundida. Él me miró, confundido por mi rechazo.

—Discúlpame, estoy muy cansada —le dije.

Él sonrió y volvió a abrazarme con ternura y sin darme cuenta me dormí entre sus brazos ¿Cómo un hombre tan dulce y amoroso podía ser un asesino cruel y despiadado? Debía haber un error, Gerard se había equivocado. Y después dicen que son las mujeres las que imaginan cosas.

No acepté la ayuda de Gerard de huir del castillo y del supuesto impostor.

CAPÍTULO 7

Al día siguiente sus conjeturas me parecían ridículas y absurdas, nada reales. Mi esposo era mi esposo, yo había firmado un acta, tenía un documento que acreditaba nuestro casamiento, no podía huir porque un amigo suyo dijera que era un impostor. Aunque yo también sospechara de ese cambio tan profundo. ¿Pero acaso las personas no tenían derecho a cambiar? Ahora tenía un esposo atento y cariñoso, que comenzó a querer saber de mi infancia y de mi vida en París. Sin embargo, no mencioné Gaillac, tal vez porque pensé que tal vez necesitara un lugar desconocido para escapar por si acaso las sospechas de Gerard se confirmaban.

Cuando los invitados se marcharon todo volvió a la normalidad. Antoine iba todos los días a visitar las bodegas de vino y a los aldeanos, pero siempre regresaba para el almuerzo y la cena.

Fue entonces cuando tomé la decisión de investigar las habitaciones cerradas. Tropecé con la dificultad de que, en efecto, permanecían bajo llave por orden del marqués, sin embargo, ese día las mucamas encargadas de asear las habitaciones cometieron el descuido de dejar abierta una de ellas. Esperé que todo estuviera desierto, poco antes del almuerzo y me aventuré por la puerta entreabierta y la cerré cuidadosamente para que nadie notara que no había sido cerrada como el resto. ¿Qué esperaba encontrar allí? Lo ignoraba, pero sabía que si lograba entrar encontraría la llave del misterio.

Nunca creí que la habitación abierta perteneciera a Jean Philippe, pero un cuadro mural de su persona me sacó de dudas, aunque confieso que me quedó observándolo estupefacta varios minutos sin poder creerlo hasta que leí la inscripción del marco que decía Jean Philippe Lasalle y la fecha en que fue retratado me sacaron de dudas. El retrato parecía ocupar toda la habitación, la cual estaba lujosamente amueblada con muebles estilo regencia como si aquel fuera el cuarto de un rey y con cortinados carmesí. Había algo tétrico en ella o quizás solo era el retrato que me provocaba escalofríos. Reconocí esa mirada risueña y dulce, su pecho amplio, su cuerpo ágil, mientras que el retrato de Antoine solo era la sombra de éste, un pálido reflejo de lo que pudo ser y jamás sería. Acababa de resolver el misterio, de entender por qué el cambio, pero sin saber cómo había ocurrido ese cambio ni por qué razón. Gerard no se había equivocado totalmente, solo al decir que aquel no era Antoine sino un impostor.

Sin resignarme a la cruda verdad y temblando por el efecto que me provocaba esta, registré la habitación buscando más pruebas de que aquello era verdad. Encontré solo objetos personales con las iniciales JPL: cortaplumas, ropa, y algunos libros, nada similar a un diario y en realidad jamás encontraría una confesión escrita de Jean Philippe. Tampoco la necesitaba. ¿Pero por qué lo hizo? ¿Y cómo logró engañar a todos? ¿O acaso todos en el castillo sabían la verdad?

No soporté permanecer en esa habitación ni mirar ese retrato. Así que intenté abrir otra puerta, pero estaban todas firmemente cerradas, excepto una que también alguien olvidó cerrar. No creí que pudiera encontrar algo interesante, parecía una habitación gris y sombría, con muebles antiquísimos. Además, estaba atestada de todos los muebles viejos que al parecer nadie consideraba de utilidad, pero tampoco se decidían a tirarlos. Así que esa la habitación donde estaban los muebles y cacharros inservibles.

Sin embargo, descubrí una puerta casi secreta que debía comunicar con otra habitación. Esta cedió casi al instante y entonces llegué a la tercer habitación, la habitación rosa. Una especie de santuario como el de mi tía Civila, con la diferencia que allí no había un montón de imágenes santas, sino un gran retrato y todo lo que debió pertenecer a la joven retratada allí. Solo podía ser Christine y el retrato mural era tan grande como el de Jean Philippe. Y aunque nuestro parecido era notable no lo era si uno miraba el retrato con atención. Gerard tampoco se había equivocado al decir que éramos muy distintas pues la joven con un perrito faldero, luciendo un hermoso vestido color malva, con sus ojos tan azules y el cabello muy negro y brillante, la piel de porcelana tenía un aire de fragilidad que yo debí perder hace tiempo al entender que estaba sola en el mundo y debía cuidar de mí misma. Tal vez sus ojos cristalinos le daban ese aire frágil, mis ojos eran del color de la miel, mucho más pícaros y arteros, aunque el parecido entre ambas era notable. Nos parecíamos como no podían parecerse dos hermanas y era una coincidencia extraña y bastante macabra dadas las circunstancias...

Era realmente hermosa como un ángel y me pregunté como esa joven tan cándida pudo ser infiel a su esposo y encontrar la muerte por esa razón. ¿Acaso en ese retrato intentaba mostrar su inocencia? Había un dejo de tristeza y decepción en esa mirada casi transparente. ¿Se habría enamorado sin poder evitarlo del otro hermano más alegre y jovial que su esposo?

Busqué en su mesita de noche esperando encontrar algo que respondiera a mis suposiciones. Registré toda la habitación con desesperación, sintiéndome presa de una maraña de intrigas, de misterio y muerte, como si pudiera encontrar alguna prueba de que todo no había ocurrido como realmente temía. Pero tenía la casi certeza de que pronto descubriría toda la verdad, la que había empezado a sospechar, aunque siguiera preguntándome: ¿cómo lo hizo? ¿Por qué lo hizo?

Entonces apareció un diario, escondido entre la pared y un armario donde Christine guardaba sombreros y cintas. Sin embargo, no era un diario común, las tapas eran de nácar, pequeño y manuable, con unos ángeles dibujados. Al principio creí que sería algún libro de salmos, pero al abrirlo supe que era un Diario íntimo. Estaba fechado casi dos años antes y empezaba con estas líneas:

“No estoy segura de querer escribir este diario, pero no me atrevo a contarle lo ocurrido a nadie, y tampoco estoy segura de querer hacerlo en estas hojas. Si este diario llegara a manos inoportunas, mi deshonra sería completa. Pero necesito escribirlo porque nadie me creería, y no tengo a quien contarle.

Me casé hace un año con el marqués Lasalle, Antoine, porque era lo más acertado, era el mayor, y pertenecía a una familia de antiguo linaje. Además, era muy rico mientras que mi familia vivía de las apariencias y de ese ilustre nombre Lafayelle.

No me detendré a contar como fue mi infancia, solo diré que mis padres y hermanos esperaban con ansias ese matrimonio y yo también, pues sabía lo que significaba para mi familia.

Jamás imaginé lo que me esperaba en este castillo, de lo contrario me habría fugado con Arthur. Sé que no debo decir esto, pues Antoine es un esposo bueno, pero yo me casé con él amando a Arthur Guillaume. Aún guardo sus cartas de amor y no he dejado de culparme de su muerte, si hubiera tenido valor para huir con él en vez de quedarme aquí y morir cada día...

Siempre he vivido engañada por eso me ocurrió esto, ¿pero también debo culparme de la perversidad de Jean Philippe? Lo que quería decir era que jamás acepté la realidad, siempre viví protegida, ignorando mi amor por Arthur, ignorando que mi matrimonio era un arreglo de conveniencia, ignorando que mi esposo era un títere en el drama siniestro que me convertiría en su protagonista.

Eran dos hermanos muy unidos como podían serlo dos mellizos, he oído historias de mellizos, pero después de todo lo que ha pasado diré que su parecido era meramente físico, pues no había dos seres más dispares, más distintos en este mundo como Jean Philippe y Antoine Lasalle.

Es irónico que los orgullosos Lasalle pretendieran casar a su heredero huérfano con una joven adecuada, de buena familia sin antecedentes de locura, cuando ellos mismos tenían esa semilla de demencia. Pero entonces yo lo ignoraba todo, ignoraba la verdadera relación de esos hermanos, que lejos de ser de amor fraternal o de simples celos era de antagonismo y discordia, de profundo odio. Y no era Antoine quien envidiara a su hermano menor (por unas horas de nacimiento) por ser este más alegre y simpático, por tener más amantes sino muy por el contrario ahora sé que era exactamente al revés. Aunque Jean Philippe fuera el consentido de nodrizas, tías y amistades, aunque todos le consideraran más guapo y agradable que Antoine, se había criado a la sombra del primogénito, sabiendo que nada de todo cuanto tenía sería suyo, solo una pequeña y miserable heredad lindera. Allí, en Chateaumaison (un nombre inapropiado porque era un castillo ruinoso) Jean Philippe llevaba a sus amantes y se alejaba de ese hermano al que tanto odiaba.

Antoine no sería tan simpático y conquistador, parecía frío y reservado como si ese hermano malvado le hubiera robado todo lo bueno que exige la sociabilidad, pero me consta que era un buen esposo y jamás miró a otra mujer. Él me escogió, no porque sus familiares mencionaran mi nombre, sino porque yo le agradaba y una vez me confesó que se hubiera casado conmigo, aunque no fuera una Lafayette.

Pudimos ser felices, de no haber amado a Arthur y haber sentido su dolorosa muerte y la culpa que jamás me abandonó. Intenté ser una buena esposa y jamás alcé la voz como esas damas caprichosas, ni le puse en ridículo, ni hice nada para ofenderle. Jamás le fui infiel. Y, sin embargo, aunque me esforzaba en ser una esposa ejemplar, no podía engendrar un hijo. Sabía cuánto deseaba Antoine tener hijos y yo temía ser estéril, pero tenía la esperanza de que ocurriera, éramos jóvenes y sanos, ¿por qué Dios nos negaba esa gracia? Cuando mis amistades y primas ya tenían dos hijos cada una, uno por cada año de casada. Cumplí mi primer año de matrimonio sin siquiera la sospecha de estar encinta.

Y entonces Jean Philippe regresó de la Maison Chateau, dispuesto a quedarse una temporada. Nunca me había agradado Jean, aunque todos lo encontraran encantador, ahora comprendo la razón, ya entonces intuía sus planes siniestros, o porque le creía capaz de cualquier maldad. Tal vez no vivía tan engañada como pensaba o era simple intuición, lo cierto es que cada vez que se acercaba ese hombre yo experimentaba una sensación de extraña inquietud, como si un peligro me acechara.

Ni siquiera Antoine era el mismo, la llegada de su hermano le había cambiado como había trastornado todo el castillo. Solo al viejo criado Luc le molestaba Jean Philippe, su preferido era Antoine, el resto parecía embrujado por el encanto de ese hombre.

Mi esposo cambió mucho y no sé cómo decir algo tan delicado, pero por las noches... Parecía insaciable. Él dijo que era porque quería un hijo y yo lo entendí, pero estaba confundida. Una mujer casada conoce a su esposo, aunque no entienda demasiado de esos asuntos, no es fácil engañarla.

Y entonces ocurrió el milagro, descubrí que estaba encinta. Pero mi felicidad fue efímera.

Resulta demasiado horrible intentar contarle, pero debo juntar fuerzas para hacerlo.

Una mente perversa elabora los planes más insólitos y terribles, los más osados. Cosas que la gente normal ni siquiera puede imaginar. A veces nos cuesta creer que existan seres de tan baja calaña. ¿O debo llamarlo simplemente, locura? Todavía no puedo entender cómo pudo hacer algo

tan sórdido y obsceno, aunque quizás sea más simple de lo que imagino.

Hacía tiempo que Jean Philippe añoraba ocupar el lugar de Antoine, solo para tenerlo todo y ser el heredero del marquesado de los Lasalle, pero muchas veces nuestros deseos se frustran y permanecen latentes, completamente inertes. Como mi amor por Arthur. Pero Jean Philippe tenía un carácter diferente, él jamás se daría por vencido.

Había notado su mirada, y le veía con mayor frecuencia que antes. Ya entonces hacía grandes esfuerzos por tolerar su presencia y no mostrarme grosera, sabía que Antoine no hubiera aprobado que fuera de otra forma.

Luego siguió una indiferencia, de lo que temí hubiera sido un intento de cortejo, pues no soy tan ingenua de pensar que el interés de Jean Philippe en mí era de simple cortesía. Conocía bien la mala fama de este, de sus incursiones en Maison Chateau y en el mismo castillo Lasalle, no había criada ni doncella que fuera bonita que no fuera seducida por el muy bribón, aunque Antoine le prohibiera abusar de las sirvientas.

Creí que dejaría de molestarme cuando se enterase que estaba encinta y por un tiempo fue así, hasta que llegó ese funesto día.

—Christine, debo hablarte —dijo con urgencia y excesiva familiaridad. —Ven al bosque esta tarde, se trata de una verdad que debes saber. Frente al ciprés torcido, te espero.

Esas fueron sus palabras. No pensé en acudir a lo que era con certeza una cita clandestina, temía que intentara alguna cosa. Pero intuí que tal vez quisiera decirme algo importante. ¿Y si acaso es una treta para comprometerme? ¿Qué conseguiría con eso? Nada en absoluto. Es tan arrogante y vanidoso, que tal vez no entendiera que pudiera existir una mujer que lo rechazara, que le ignorara.

Al llegar al bosque esa tarde me sentí intranquila, temía ser vista y en realidad fue una tontería reunirme con él en secreto.

Me detuve frente al ciprés torcido, todo estaba en silencio, solo se oía el canto de los pájaros y por momentos el suave susurro de la brisa primaveral moviendo los pinos y abetos.

Él me esperaba frente al ciprés y por un instante no le reconocí, temí que fuera Antoine. Cuando estaban juntos era sencillo diferenciales, pero por separado... Bastaba una mirada taciturna y sería para que pensara que era Antoine y por un instante me engañó, hasta que sonrió con esa sonrisa un poco cruel y cínica.

—Temí que no te atrevieras, eres una esposa tan seria y cuidadosa de las apariencias, Christine —dijo él burlón.

—Bueno, y ¿qué tiene de malo venir al bosque a dar un paseo a pie? ¿De qué querías hablarme Jean Philippe? —le dije impaciente.

—Hay algo que ignoras querida cuñada, además de mi amor por ti... Al que estás resuelta a despreciar, aunque por las noches te entregues a mí con singular pasión... Son extrañas las damas de nuestra sociedad.

—¿Acaso me estáis insultando? ¿Cómo os atrevéis? Nunca os he prestado atención ni en el día ni mucho menos en la noche —le dije furiosa, pero sin darme cuenta me había sonrojado.

Él se me acercó y antes de que pudiera reaccionar, me abrazó. —Claro que lo has hecho mi señora, tal vez me confundiste con Antoine, tu esposo, ¿pero realmente no notaste la diferencia estas últimas semanas? —dijo y me besó.

Creí que era una broma macabra, una pesadilla, no podía ser verdad. Se estaba burlando de mí, odiaba tanto a su hermano que no podía tolerar que él lo tuviera todo y ahora también el ansiado heredero.

Le aparté furiosa y confundida, mientras él repetía que era verdad y que ninguna mujer se le resistía y algo peor. No fue por seducir a una mujer que le rechazaba, hubiera sido más sencillo de creer, aunque no menos censurable, lo peor fue conocer sus motivos secretos.

—Mi hermano es estéril. Sufrió una enfermedad siendo niño y el doctor dijo que le sería muy difícil engendrar, y que podría quedar estéril, cosa en definitiva debió ocurrir. Porque, aunque tuvo algunas amantes a ninguna embarazó y tampoco a su esposa. Por eso una noche quise probar mi suerte. No notaste la diferencia, siempre tenías la luz apagada y te entregabas a mí como corderito para el sacrificio. Pobre Antoine, ¿cómo soporta una esposa tan fría e indiferente? Que se entrega a su esposo solo por deber sin sentir ninguna emoción ni cariño.

Una bofetada le hizo callar un momento, pero luego rió y escupió esas palabras odiosas: — Ese hijo no es de Antoine sino mío, yo ocupé su lugar y tal vez él ya lo sepa. Alguien en el castillo dice que somos amantes, lo que por otra parte a nadie sorprende. Mi hijo heredará Lasalle y yo seré el futuro marqués.

—No os creo una palabra, solo deseáis torturarme porque sois perverso. —dije, pero tenía muchas dudas, de pronto recordé esas noches en las cuales Antoine se mostró atrevido e insaciable, un completo “marido infierno”. Pero no podía ser Jean Philippe, era demasiado monstruoso y terrible. ¿Podría un hombre engañar a su propio hermano, meterse en la cama de su esposa varias semanas seguidas sin despertar siquiera una sospecha? Pero alguien debió verle. ¿Y dónde había estado Antoine todo ese tiempo?

Abandoné el bosque sintiéndome tan horrorizada y asqueada que deseé morir, si todo aquello era verdad... No me atreví a contárselo a mi esposo, ¿cómo hubiera podido hacerlo? Aunque le noté extraño esos días, me observaba con cierta desconfianza o quizás lo imaginé. Me sentía acorralada, si realmente era verdad que mi esposo era estéril y Jean Philippe... No podía ni mirarle, a él le creía capaz de cualquier hazaña, odiaba y envidiaba a su hermano por Lasalle, ese horrible castillo decadente y esas tierras de vid, por todo eso había cometido la peor traición. Y sin sentir ninguna culpa, era parte de su plan, su venganza por ser el menor. ¿Cómo podía ser tan falso, tan ruin?

Han pasado algunos meses y no he tomado una decisión. Antoine tiene cierta sospecha, ya no es el mismo, a veces me mira como si realmente me creyera una traidora y como si ese hijo no fuera suyo. No me atrevo a hablarle de la terrible confesión de Jean Philippe, de solo pensar en que ese demonio me tocó, siento deseos de matarle. He sentido la tentación de hacerlo, pero es un pecado muy grande y además no tendría coraje para hacerlo.

¿Seguiré viviendo engañada, viviendo esta mentira en la que se ha convertido mi vida? Odio este castillo y a estos hermanos malvados que convirtieron mi vida en un infierno, en un laberinto sin salida. No hay salida para mí. Temo que Jean Philippe está planeando algo mucho peor, no le alcanza con sembrar su bastardo, quiere deshacerse de Antoine. Tal vez yo correría la misma suerte de no ser porque llevo su hijo en mi vientre, me necesita. Mientras mi esposo soporta la peor deshonra en silencio sin decir una palabra. Pero esa ira crece en su corazón porque está empeñado en no dejarla salir. ¿Acaso sabe la verdad o me cree una mujer tan malvada, una descarada sinvergüenza que le traicionó?”

Así terminaba el diario. No había páginas arrancadas, simplemente la torturada y desesperada Christine había dejado de escribir. El niño no llegó a nacer y ambos habían muerto junto a Jean Philippe durante una cacería. Su esposo la creyó tan culpable como a su hermano. Pero uno de ellos había sobrevivido.

Estaba convencida de que fue Antoine y no el impostor quien me desposó en la capilla de

Paris en una ceremonia íntima. Ese era el mismo hombre que recordaba, que se casó conmigo porque le recordaba a la esposa que amaba pero que luego el recuerdo rompió el encantamiento y entonces exteriorizó su rechazo hacia mí de diferentes maneras. No se atrevía a tocarme, mi sola presencia le irritaba. Ese matrimonio había sido un error.

Y la historia volvió a repetirse. El espíritu de Jean Philippe salió de su tumba y se presentó en mi habitación convirtiéndose en un amante apasionado y tierno. Pero no encontró una esposa fría sino una joven que vibraba y se estremecía con sus caricias, una perfecta libertina que hubiera horrorizado a la casta Christine o a cualquier otra dama mojigata. Tanto había esperado un amante fogoso, un esposo enamorado, alguien que me amara... Y ahora descubría el engaño, el nuevo ardíd de Jean Philippe, su última venganza. Porque sabía bien que ningún espectro hubiera llegado tan lejos.

Durante el día era un esposo fantasma, huraño y atormentado, y en la noche se transformaba en el esposo soñado, el amante clandestino. Hasta que no hubo diferencia, era la misma persona alegre y jovial, infinitamente seductor y encantador. Era Jean Philippe. Antoine ya no sería su sombra, nunca más. Era el nuevo marqués Lasalle, aunque debiera cargar un nombre que no era el suyo, eso no parecía importarle en absoluto.

El anciano Luc que conocía bien a ambos hermanos debió descubrir el engaño, por eso el anciano desapareció y Antoine también. Mi esposo ya no existía y yo me encontraba envuelta en esa red de mentiras como la pobre Christine. Y al igual que ella me preguntaba: ¿qué debo hacer? Si ese hombre era Jean Philippe, era en verdad un monstruo y para él no sería nada deshacerse de mí, si acaso sospechaba que conocía su verdadera identidad.

¿Pero sería capaz de mantener la farsa hasta el fin, de fingir que no sabía nada? Si mi verdadero esposo había muerto entonces todo había terminado. Iría a Gaillac y buscaría a mis hermanos y parientes.

CAPÍTULO 8

Abandoné la habitación de la desdichada Christine con estos pensamientos. Estaba tan impresionada y aturdida por lo que acababa de descubrir que no oí unos pasos que me siguieron hasta el jardín. Necesitaba dar un paseo y pensar. No era sencillo, pero debía tomar una decisión, mi vida corría peligro, todo en ese castillo estaba torcido y vivía una farsa. Podría quedarme y fingir que lo ignoraba todo, pero yo no tenía sangre de pato para quedarme junto a un asesino y compartir su lecho, darle hijos.

Así que al final debería huir. Pero no le diría nada a Marie todavía, no quería asustarla.

—Chloé —la voz se oía lejana. Pero era él, la reconocí al instante, Jean Philippe, tan parecido al retrato que acababa de ver que me asustó. No debía olvidar que estaba frente a un asesino despiadado.

—Estuviste en las habitaciones prohibidas, mi bella Chloé. —Era una afirmación no una pregunta. Me había visto salir, tal vez me había seguido.

No supe qué decirle, pude mentirle, pero deduje que hubiera sido en vano.

—No comprendo por qué debes dejar cerradas las habitaciones de tu esposa y de tu hermano Jean Philippe. Pero no cuestionaré tus secretos, solo que sentí curiosidad —dije.

Él se acercó y de pronto temí que fuera a estrangularme, sin embargo, acarició mi cuello, mis mejillas y luego me besó. Sus caricias me provocaban una sensación de vértigo y peligro, temía que fuera a matarme y sabía que no podría tolerar que volviera a tocarme ese ser pérfido y maligno.

—Mi bella Chloé, nunca habría encontrado una esposa tan comprensiva y tan hecha a mi medida. No hay secretos Chloé, no hay secretos para una dama tan inteligente y curiosa como tú. Solo te diré que nunca te haría daño y todos los nunca de los enamorados: nunca te seré infiel, nunca te dejaré de amar y nunca dejaré de bendecir mi buena suerte de que seas mi esposa.

—Tú no eres mi esposo, eres Jean Philippe —mi voz se oía ahogada, no soportaba que hablara de amor, en sus labios aquella palabra era una gran blasfemia.

—Jean Philippe murió, Chloé, soy vuestro esposo Antoine. ¿Acaso has perdido el juicio? Odiaría tener que encerrar a una esposa por loca, ni a mi esposa le gustaría permanecer en ese horrible lugar un solo minuto.

No le respondí, comprendí que estaba perdida, si acaso intentaba dejarle él me mataría, me necesitaba para seguir la farsa.

Él pensó que yo aceptaría mi suerte, y que era mejor esposo que Antoine y esa noche me buscó con la esperanza de seducirme.

—Debemos buscar el heredero de Lasalle querida, te has mostrado reticente en ese aspecto, aunque por fortuna no en el lecho... Todo saldrá bien. Nunca haría daño a una mujer tan bella, ven aquí...

No podía negarme, no quería que supiera cuanto le odiaba y temía, pero esa noche no fui Chloé sino Christine, un cordero sometido al sacrificio del lecho conyugal.

Pero no iba a permitir que se saliera con la suya, debía desbaratar sus perversos planes y

recuperar mi libertad.

Ahora comprendo que fue un milagro haber sobrevivido esos meses, porque el hombre que había ocupado el lugar de mi esposo era un asesino y estaba completamente loco.

Una tarde mientras dábamos un paseo, antes de que llegaran nuestros invitados me confesó toda la verdad. Jamás esperé que lo hiciera y no sabía si deseaba escuchar esa historia, pero debí oírla.

—Mi hermano era estéril, todos lo sabían, pero tenían la esperanza... Esa tonta Christine, todo pudo ser mejor, realmente no deseaba que muriera —dijo de pronto.

—¿Y qué planeabas entonces? Porque tú querías ser el marqués Lasalle y Antoine era un estorbo.

Su expresión se endureció. —No fue como crees... Mi hermano siempre fue torpe, enfermizo, muy amante de los libros y de la vida apartada. No tenía amigos ni le simpatizaba a nadie, las mujeres me preferían a mí, aunque como sabrás éramos mellizos. Nuestras personalidades no podían ser más diferentes.

Él estaba enfermo desde hacía tiempo, sufría de los pulmones, lo que no me extraña pues vivía en la oscuridad y no toleraba el sol, rehuía el gentío. Era muy extraño. Cuando supe que padecía de los pulmones decidí actuar rápidamente plantando mi semilla en la insulsa esposa de mi hermano.

—Un acto ruin —le señalé, pero él no me escuchaba, pensaba en el pasado.

—Crecí sufriendo la injusticia, yo debí ser el heredero y no mi hermano que ni siquiera era capaz de engendrar un bastardo. Y aunque todos sabían que yo era el mejor, debí soportar vivir a la sombra.

—¿Y por qué no esperaste que muriera de forma natural, por qué adelantaste su final? ¿Y por qué mataste a la pobre Christine?

Jean Philippe estaba muy serio. —Yo no maté a Christine, fue un accidente...

Mi hermano sospechaba de nosotros a raíz de ciertos rumores que decían que ella había sucumbido a mi seducción como todas las mujeres lo hacían. Pero Christine era astuta y sensata, su esposo lo sabía por eso al principio no dio crédito a las habladurías. Antoine la amaba y pronto los celos comenzaron a enloquecerle. Su esposa estaba encinta y él sabía que tal vez no fuera el padre de ese niño.

Me odiaba por todo lo que yo era, y él a pesar de ser mi sombra lo tenía todo: la codiciada herencia Lasalle. Y una sospecha cobró forma en su mente, su esposa ya no era la misma, guardaba un terrible y vergonzoso secreto. Había sido seducida por su hermano y temía que el hijo no fuera de su esposo.

Un día no soportó más y se lo contó todo. Antoine me citó en el bosque al día siguiente, poco antes de que comenzara la cacería del jabalí. Estaba muy tranquilo, pero de inmediato supe que sabía la verdad.

Me acusó de haber violado a su esposa y sacó un arma de su chaqueta. Iba a matarme y entonces llegó Christine y el tiro falló... Estaba escondida y no la vimos hasta que cayó cuando Antoine erró el disparo. Luego volvió a disparar y nos mató a ambos.

Fue la tragedia de los hermanos Lasalle, que a nadie sorprendió pues se esperaba un desenlace semejante.

Pero sobreviví para contarlo. Adan me ayudó.

—¿Adan el mayordomo?

—Ese mismo. Presenció la escena y arrastró mi cuerpo lejos del castillo. Mi hermano sufrió

un ataque luego de la tragedia y durante días permaneció inconsciente según supe después. Yo fui llevado a la Maison Chateau, una vieja construcción que fue el legado de los Lasalle. Adan dejó que todos creyeran que había muerto y enterraron a la pobre Christine junto a un ataúd lleno de piedras. Pero yo viví, aunque Adan confesó que no esperaba que lo hiciera, pues la herida de bala había atravesado mi pecho. Me atendió un médico extranjero al que le dijeron que era un mozo de los establos que había sido herido en una refriega.

Durante meses permanecí oculto, nadie sabía el secreto, excepto Adan. Pero no podía vivir como prófugo mientras mi hermano planeaba volver a casarse. Tuve la certeza de que a pesar de su enfermedad llegaría a viejo y yo sería un fantasma, viviría en la oscuridad como si realmente estuviese muerto.

Antoine viajó a Paris y regresó al poco tiempo con una joven muy parecida a Christine. El jamás se recuperó de la pérdida de su esposa, y tampoco le dijeron que él la había matado accidentalmente. Para él Christine se había caído de un caballo.

Al parecer la idea de traer su fantasma no fue tan brillante porque él jamás tocó a su esposa. Yo estaba oculto en el castillo, en las habitaciones cerradas, desde allí veía muchas cosas y Adan siempre me tenía al tanto.

Antoine padeció un nuevo ataque de pleuresía y pensé que iba a morir, pero no murió, sino que encontró una nota del apasionado amante de su esposa, sobre la mesa de luz de ésta, junto con una rosa. Sabía que él no había escrito esa nota y debió sospechar que yo no había muerto. Una noche decidió ir a buscarme a las habitaciones cerradas y me llamó...

—Jean Philippe —dije recordando esa noche en la que Antoine me siguió fuera de sí y terminó encerrándose en las habitaciones del piso de arriba.

—No le alegró saber que había sobrevivido, porque acababa de hacerle la misma jugarreta de seducir a su esposa a sus espaldas. ¿Pero era mi culpa que no cumpliera con sus deberes maritales? Cuando consiguió una esposa joven y hermosa, mucho más interesante y apasionada que esa tonta Christine.

Discutimos, pero esta vez yo le esperaba, estaba preparado para defenderme y él si murió y le enterré con la ayuda de Adan, en el mausoleo junto a Christine. Pero Luc nos vio. Era un feroz guardián de su amo, como Adan lo era mío. No tuvimos alternativa, Luc debía acompañar a su preferido. Aunque era un pobre viejo y nos dio lástima, si contaba lo que había visto... Estaríamos perdidos.

Pero nadie debe saber la verdad Chloé, confío en tu silencio, en tu lealtad. Seré Antoine hasta el resto de mis días. Solo debes darme un heredero para Lasalle. Este siempre será tu hogar, al que nunca habría podido aspirar una joven sin dote y sin linaje... En verdad que has sido afortunada. Y espero que sepas valorar tu buena suerte y no la desperdicies por tontos escrupulos. Tú no amabas a mi hermano, ninguna joven se casa porque ame a su esposo sino por conveniencia, por imposición de sus padres y porque es su deber.

No le respondí, me sentía demasiado perturbada por la historia que me había contado.

Claro que tenía escrupulos, principios y aquello distaba mucho de ser lo que había soñado, por más comodidades que disfrutara, aquél no era mi esposo, era un asesino malvado y despiadado. Pero tenía miedo, yo también podía ser su víctima como el viejo Luc, como su propio hermano.

Adan dejó de ser un simple mayordomo a partir de ese día, descubrí que era espía de Jean Philippe y su principal sirviente, y mi también mi enemigo, pues jamás formaría parte de esa intriga, aunque me viera obligada a ello.

CAPÍTULO 9

Debía escapar, buscar la forma de huir. Mi esposo había muerto asesinado y aquél era un impostor. Día tras día me repetía lo mismo. Esos meses fue un verdadero calvario vivir en el castillo, temía estar encinta lo que me habría condenado para siempre, pero también temía ser asesinada y la perspectiva de escapar, de encontrar una salida, se hacía cada vez más remota e imposible.

Jean Philippe y sus sirvientes me vigilaban, no podía dar un simple paseo por los jardines o la vid sin que me siguieran. Pero él siempre se mostraba amable y seductor, cada vez que viajaba a Paris (lo hacía solo) o a cualquier otro lugar me traía una joya costosa o un vestido nuevo haciéndome sentir como una esclava comprada con riquezas. Nada de eso me compensaba del suplicio de ser la amante de un asesino.

Un día le conté todo a Marie, no podía seguir ocultando la verdad, alguien más debía conocerla por si acaso ese malvado me hacía desaparecer.

—Señorita Chloé, es monstruoso, debemos acudir a la policía —dijo enseguida.

—Jamás nos dejará salir de aquí, Marie. Somos prisioneras, ¿comprendes?

—¡Qué horror! Entonces era verdad, aquí ocurrió algo terrible. ¡Cuánto lamento haberle aconsejado que aceptara al marqués Lasalle, señorita Chloé!

Marie parecía a punto de llorar y debí tranquilizarla.

—Reza Marie, pide ayuda, algo ocurrirá que nos salve —le dije, aunque estuviese muy lejos de sentirme tan optimista.

—No lo digas a nadie, que no sospechen que conoces el secreto. Disculpa, no debí contarte, tal vez te haya puesto en peligro.

Nos alejamos y todo siguió igual. Tuve la sensación de que pasarían los años y nada cambiaría, viviría con el secreto terrible prisionera en Lasalle, junto a mis hijos, desdichada y amargada. El mal triunfaría porque los más perversos eran siempre afortunados.

Sin embargo, poco antes de navidad llegaron visitas al castillo, unas visitas inesperadas que tomaron por sorpresa a Jean Philippe, que tuvo que volver a adoptar el papel de Antoine de forma improvisada. Eran familiares cercanos: sus tíos y primos con sus respectivas esposas e hijos. La visión que tuve de ellos debió ser negativa pues eran altivos y soberbios, sin embargo, me sentía agradecida, pues tenía la esperanza de que descubrieran el engaño.

Luego, cuando pasaron los días y todo siguió igual me desanimé y recordé que los mellizos se parecían mucho en apariencia y que para sus familiares era difícil identificarles. Y además Jean Philippe estaba representando el papel a la perfección, nunca imaginé que fuera tan buen actor de varieté.

Llegó la navidad y hubo obsequios, recibí una nueva joya que no me provocó ninguna emoción. Las navidades solían hacerme sentir paz y aquella fue bastante fría y extraña, con aquellos invitados que me miraban con cierto recelo y desdén. Debían estar muy enterados de que no pertenecía a una familia noble y tampoco rica, como para disculpar o comprender la locura que había cometido Antoine. Lo extraño fue que no se asustaran o sorprendieran siquiera con mi

parecido a Christine. Tal vez alguien les hubiera advertido...

Las damas eran cuatro, de edades dispares: las esposas de los tíos de Antoine: Ernestine y Josephine, las dos hijas de Josephine que contaban apenas quince y dieciséis años Amandine y Marie. Las más jóvenes eran espontáneas y aunque mostraban cierto recelo, las mayores eran quienes hacían preguntas insidiosas.

Pero yo no les mentí, aunque su compañía no fue un consuelo para mí. Supieron que vivía en Saint Germain con una tía que me había tomado a su cargo y que poco antes de morir esta había conocido a Antoine y nos habíamos casado meses después.

—Un matrimonio romántico —dijo Josephine, la dama más opulenta de la sala y la menos agraciada pues tenía una nariz ganchuda y una actitud de gallina despierta y curiosa. Sus palabras podían ser afirmativas, interrogativas o simplemente irónicas.

—Mi sobrino jamás pudo olvidar a su esposa Christine. —intervino Ernestine.

¿Acaso esperaba despertar mis celos o molestarme con ese comentario? Entonces sí que ignoraba todo lo que ocurría en ese castillo.

Jean Philippe interrumpió la reunión femenina como si temiera que yo le delatara, estaba siempre alerta, se sentía vulnerable, si sus parientes sospechaban... ¿Pero acaso llegarían a adivinar una historia tan sórdida?

Suspiré cansada. A pesar de todo me gustaba recibir visitas, me sentía menos amenazada, y no tan aislada y desesperada. Solo lamentaba que tuvieran que marcharse y con gusto los hubiera acompañado.

Días después escuché cierta conversación anónima en los jardines, aunque sospecho que eran los tíos de Jean Philippe quienes la habían protagonizado.

—No tenemos pruebas, pero tengo la certeza de que ese no es Antoine.

—¿Qué podemos hacer? Aunque tengamos pruebas...

—Es Jean Philippe y si su hermano está muerto se convierte en el heredero de Lasalle. No podemos hacer nada, tienes razón. Ya está hecho.

—Pero ¿y si mató al pobre Antoine?... Pero Jean Philippe estaba muerto, ¿cómo es posible? ¿Y si se trata de un astuto impostor, alguien que se parece a los mellizos? Debemos desenmascararle.

—Pero no tenemos ninguna prueba. Jean Philippe es artero, si lo planeó todo desde el principio fingiendo estar muerto para ocupar el lugar de su hermano, es un asunto demasiado delicado.

Alguien repetía las palabras que yo tenía escrita en los labios, no podían hacer nada y yo tampoco. ¿Cómo probar que aquél no era Antoine? Una súbita depresión se apoderó de mí, habría preferido ignorarlo todo a vivir conociendo la cruda verdad y no poder hacer absolutamente nada.

Pero sus parientes lo sospechaban, habían notado el cambio, Jean Philippe no había logrado engañarles.

Poco antes de la partida de sus tíos, hubo una excursión por los bosques, aunque no podía llamarse de otra forma pues no era época de caza. No deseaba acompañarlos, me sentía cansada, ya ni siquiera podía conciliar el sueño o dormía mal, tenía pesadillas.

Hacía mucho frío, además. Observaba el paisaje de pinos con tristeza. Si intentaba escapar siempre viviría huyendo, escondiéndome, temiendo ser encontrada. Era una prisionera, me necesitaba para seguir sosteniendo la farsa de que era Antoine, aunque viviera de una mentira toda su vida.

Entonces vi el cementerio y pensé en la desdichada Christine y en Antoine, que pensó que

había matado a su hermano y vivió con ese crimen, taciturno y desdichado, atormentado por los fantasmas. Aunque hubiera sido un accidente, nunca sabré si realmente Antoine pensó en matar a su hermano ese día nefasto, eso no cambiaba nada.

CAPÍTULO 10

Cuando sus parientes se marcharon y todo quedó igual tuve la certeza de que el mal triunfaba una vez más.

Y entonces regresó Gerard, una soleada mañana de febrero, en el momento en que había perdido las esperanzas y me veía en el espejo como una torturada sombra sin vida.

Gerard, acompañado de su joven y celosa esposa, pero cuanto me alegró verlos a ambos, porque él había sospechado la verdad y había ofrecido ayudarme. Si me tenía lástima o era su natural espíritu altruista que le impulsaba a ayudarme poco importaba, estaba en el castillo y algo iba a ocurrir, lo presentía.

Si a Jean Philippe le inquietó o molestó esa visita imprevista, que llegó sin siquiera anunciarse, no lo demostró en absoluto, sino que se convirtió una vez más en el anfitrión atento y entusiasta. Una nueva máscara de las tantas que le había conocido. ¿Quién era mi esposo? O, mejor dicho, ¿quién era en realidad ese hombre? Jamás lo sabría a ciencia cierta.

Pero no fue sencillo sin embargo hablar a solas con Gerard, aunque me urgía hacerlo, debía ser paciente y esperar la oportunidad. Jean Philippe le acaparaba, cuando no era él, era su esposa celosa.

Sin embargo, una tarde nos reunimos en la sala de la biblioteca de forma casual. “Mi esposo” había salido temprano y una tormenta se había desatado a media mañana frustrando nuestros planes de hacer una excursión a la ciudad ese día.

Tuve la suerte de que la esposa del barón se encontraba indispuesta ese día, temo que se trataba de un embarazo, pero las damas bien educadas jamás mencionaban abiertamente su estado. Algunas se avergonzaban profundamente y era una falta de decoro y consideración que alguien lo hiciera notar.

—Marquesa, ¿podría ayudarme, por favor? Estoy buscando un ejemplar de literatura moderna para matar el tedio de esa tarde invernal. Un buen libro es el mejor antídoto, ¿no cree? —preguntó Gerard.

—Tal vez, aunque temo que no conozco el contenido de la biblioteca —respondí. —Pero veré si puedo ayudarle. ¿Qué libro está buscando? —le pregunté. Era una excusa excelente para quedarme y conversar.

Busqué alguna novela moderna y mientras conversábamos de cualquier asunto para vencer ese silencio que recorría el castillo y que al parecer deseaba quedarse entre nosotros.

—Encontré un diario de Christine —dije bajando la voz. —Pero no puedo hablarle aquí, alguien podría escucharnos.

Gerard calló de pronto, su mirada era alerta y melancólica. ¿Tendría el valor de revelarle toda la verdad? Si Adan o algún otro sirviente de Jean Philippe me escuchaba o nos veía conversar a solas... Pero debía correr el riesgo, había vivido demasiado tiempo con el miedo y tal vez Gerard fuese mi última esperanza.

—Espere. No podemos hablar aquí. Buscaré la oportunidad. Pero no hable en este castillo, los criados son silenciosos como espectros y la vigilan —dijo y su mirada se tornó protectora y

cómplice.

Luego siguió hablando en voz alta de los libros y más tarde tomamos un té con bollos y mermelada. Hablábamos de libros y él demostró ser un experto en ellos. Estábamos solos, su esposa seguía indisputada y Jean Philippe seguía ausente, pero a ninguno de los dos nos importaban ambas ausencias. Pero irónicamente, aun estando a solas no podíamos hablar abiertamente, los criados nos vigilaban, oían parte de la conversación que manteníamos o quizás lo oían todo.

—Una antepasada mía escribía unos versos estupendos y una tía mía decidió publicarlos. ¿Le gustaría escribir? Es un talento que uno ignora hasta que lo explora. Debería usted intentarlo. — dijo de pronto.

No comprendí sus palabras hasta que insistió en el tema:

—Ahora está de moda escribir diarios, aunque temo que muchas damas no tengan la debida profundidad de sentimientos para que sus memorias sean algo más que una cronología de familia con los datos más irrelevantes que uno pueda imaginarse. El día de hoy se casó nuestra Sophie con el hijo del Sr. Avondelle, tenía un vestido de satén blanco bordado en perlas de la modista de moda y tenía un tocado de encaje y mucho tul cubriendo su espléndida cabellera castaña... El ramo de flores, la luna de miel.

El bautismo de su primer hijo nacido nueve meses después. Reuniones familiares... ¿Qué más podría contar una dama de sociedad?

Reí ante su ocurrencia, pero luego me quedé pensando seriamente en sus palabras. Creí que se refería al diario de Christine. ¡Si supiera cuan diferente era a un diario intrascendente y monótono!

No podía regresar a las habitaciones cerradas para recuperar el diario, era peligroso, pero debía decirle que ella había amado a su hermano y había lamentado su suicidio.

Jean Philippe regresó a tiempo para la cena, empapado. Adan le aconsejó un baño caliente como si fuera su chiquillo consentido, pero este dijo que exageraba.

Durante la cena hubo cierta tensión, espacios de silencio. Éramos un triángulo, sin la esposa de Gerard que ese día había renunciado a cualquier intento de sociabilidad. Jean Philippe estaba callado como si fingiera ser Antoine o porque realmente algo le estaba preocupando y Gerard también, nos miraba a ambos como si fuéramos personajes de una tragedia de la que era espectador sin haberlo deseado. Y sin embargo una mirada me dijo que él también formaba parte de ella, cosa absurda.

Nuevas pesadillas me obligaron a despertarme a mitad de la noche. El cementerio y sus muertos que tampoco podían descansar parecían llamarme. Christine, Antoine y Gerard era parte del sueño.

A mi lado la luna alumbraba a Jean Philippe dormido como un bendito. Nada torturaba su descanso, ni un solo sentimiento de arrepentimiento ni cargo de conciencia. Esa noche había amenazado con llevarme al doctor si no mostraba algún síntoma de estar encinta, como si fuera mi culpa. Le advertí que no sería examinada por ningún médico, que no toleraría esa humillación. Pero ¿qué le importaban a él mis sentimientos? Ese hombre no me amaba ni tendría escrúpulos en hacerme desaparecer si no servía a sus planes.

—No comprendo cómo todavía no has engendrado un hijo, con lo tanto que me he esforzado. ¿Será que me tocó una esposa estéril? —se quejó sin sonreír sino mirándome de forma especuladora.

En esos momentos me sentía como Christine, nada interesada en sus denodados esfuerzos y

atenciones amorosas y si se dormía antes o se olvidaba de mí era inmensamente feliz. Tal vez era por mi rechazo y decepción que no podía quedar encinta, pero lejos de ser un castigo, para mí era una bendición. Algo que conservaba esa parte mínima de libertad que aún tenía. Todo cambiaría si tenía un hijo y lo sabía.

No podía conciliar el sueño. Afuera la tormenta había cesado, pero de pronto oí ruidos. Creí que serían los criados, que en la noche habría sonidos, pero volví a oírlos. Alguien hurgaba o movía muebles en el piso de arriba buscando algo. ¿Acaso Gerard se habría aventurado aprovechando que todos dormían? Era demasiado cauto para hacer eso, pero...

No pude resistir la tentación de ir a investigar, tomé una lámpara y subí dos pisos. Los sonidos, ahora más ahogados provenían del piso de arriba, de las habitaciones cerradas.

Me acerqué sin hacer ruido y entonces vi la sombra de un hombre buscando afanosamente algo, sin mucho éxito al parecer. Se encontraba en la habitación de Christine y deduje que solo podía querer el diario. No tuvo la astucia de buscar en el fondo de la mesita de luz, solo dejó todo desordenado y se fue a la habitación de Jean Philippe.

No podía ver quien era a la distancia, pero supe que no era Gerard. Entonces hice algo osado, me acerqué al cuarto de Christine y sin mucha dificultad encontré el diario y lo tomé. Ignoraba cómo lograría ocultarlo, pero no podía permitir que alguien quisiera destruirlo, era la prueba de que aquello había ocurrido, esa historia sórdida y terrible de los hermanos Lasalle.

Luego me oculté y al salir de la habitación vi esa sombra en la otra habitación, frente al cuadro de Jean Philippe. Parecía observar el cuadro y no decidir qué debía hacer a continuación. Así que lo tomó y lo arrastró unos metros. Pero el cuadro pesaba demasiado y aun siendo un viejo corpulento necesitaba ayuda. Tal vez no pudiera pedir ayuda para lo que pensaba hacer y entonces desesperado tomó un trapo y lo prendió fuego y con este pretendió incendiar el cuadro.

Lancé un grito de desesperación temiendo que ese loco incendiara no solo el cuadro sino todo el castillo. A la luz del fuego le reconocí, era el viejo mayordomo Adan, aunque su mirada era distinta. Temí que realmente estuviese loco, aunque sus intenciones eran claras: quería quemar el retrato que podía delatar a su amo algún día.

Pero el cuadro se le cayó encima y Adan se incendió como si él fuera de madera como el cuadro. Tal vez tuviese combustible en las manos.

Cuando más tarde llegaron los criados no pudieron hacer mucho por él, Adan murió esa noche y Jean Philippe no pudo hacer nada para evitarlo. Gerard apareció en el corredor y lo primero que vio fue el retrato de Jean Philippe y se quedó mirándolo un momento. Tal vez entonces comprendió la verdad pues ese retrato era la fiel imagen del impostor.

Al día siguiente después del entierro del fiel mayordomo tomé una decisión. Escribiría una carta. No podría hablar a solas con Gerard, mi esposo estaba alerta, demasiado alerta después de la tragedia de su cómplice y amigo. Así que escribí y escribí y descubrí ese don secreto de poder expresarme mejor que con palabras. La horrible historia salió a la luz con todo detalle, incluyendo el testimonio de Jean Philippe. Y luego le expresé mi parecer, mis sentimientos y le pedí ayuda, si acaso podía dármele.

Ese mismo día le recomendé un libro grueso de la biblioteca, yo misma fui a buscárselo y él me siguió. Escondí en él mi carta de varias hojas, en esas hojas de correspondencia que utilizaban las damas casadas para escribir misivas a sus parientes. Al fin había podido darles una utilidad. Y también le entregué el diario de Christine.

—Ud. debe leer este libro y conservarlo consigo —le dije.

Él tomó mi mano y la besó. —Procuraré complacerla marquesa, es un gran honor el que me

hace —dijo.

—Cuidelo, por favor. Nadie debe verlo —le susurré y me alejé algo incómoda por esa fugaz escena que no lograba entender.

CAPÍTULO 11

Gerard era mi esperanza, ¿pero ¿qué podía hacer él por mí? ¿Llevarme consigo y buscarme una colocación en su Chateau? Su esposa no lo permitiría, en los pocos momentos que estaba presente nos miraba con recelo y desconfianza. Y además yo soñaba con Gaillac, con encontrar a mis hermanos, primos y tíos, mi familia, de la que fui exiliada a edad tan temprana. Lasalle nunca sería mi hogar como tampoco lo fue Paris, nada de aquello me pertenecía.

¿Qué pensaría el barón de Guillaume de todo aquello? ¿No era una historia increíble y tétrica? Pero en sus manos, el diario y mi carta estarían a salvo.

Esperaba verle y conversar a solas, saber qué pensaba de todo aquello y si acaso había pensado en una solución. Eso era lo que le rogaba al final.

Al anochecer durante la cena le noté sombrío, como si aún no se hubiera recobrado de la impresión que debió causarle la revelación, aunque se esforzó en fingir cuando nuestras miradas se encontraron, vi en la suya temor y desconcierto y algo más que no lograba descifrar.

A Jean Philippe nada lo perturbaba, era como el mismo diablo, exultante, observando a los condenados a su alrededor, creyéndose invencible y el más astuto de todo. Pero nuestro matrimonio era una farsa y sospeché que sus salidas al atardecer eran para reunirse con alguna amante. El jamás había sentido afecto por mí, en todo caso fingía, pero ahora que yo sabía su verdadera identidad ya no le interesaba mantener la farsa todo el tiempo.

No me importaba que tuviera amantes, solo me molestaba que regresara al castillo, hubiera deseado que se cayera del caballo o que un marido celoso le diera un buen tiro y le matara. ¿Pero qué ganaba con desearle la muerte más que sentirme culpable y frustrada? Y comprobar una vez más que ese impostor tendría una larga vida y que seguramente nos enterraría a todos.

Aunque lo peor fue enterarme de labios de la baronesa de Guillaume que partirían en tres días, pues su indisposición continuaba y no se sentía muy cómoda siendo tan mala huésped.

Claro que le aseguré que no era así, pero su sonrisa condescendiente me hizo pensar que todo era por los celos y que tal vez sospechara que, entre su esposo y yo, ocurría algo. Una tontería que me enfureció. ¿Pero qué haría sin Gerard?

Le necesitaba, pero jamás hubo algo que hiciera pensar que teníamos un romance. Solo una tonta esposa celosa podía pensar eso, pues seguramente lo sospechaba de todas sus amistades, las suyas y las de su esposo. Imaginé que esa joven no podía tener amigas pues jamás confiaría en ellas.

Pero la baronesa no me interesaba, nunca me había agradado con esos ojos negros que ocultaban emociones oscuras y violentas. Gerard sí... Gerard era mi bote de salvación de un naufragio, no podía perderle, él fue quien primero me alertó que ocurrían cosas extrañas en el castillo.

Y ni siquiera había podido hablarle a solas.

Jean Philippe, además de ir tras sus amantes había colocado su propio retrato reemplazando al de su hermano Antoine, para que nadie tuviera dudas de quien era. Se confiaba demasiado, se creía omnipotente e indestructible. ¿Por qué seguir fingiendo que era Antoine? Todos debían saber

quién era en realidad. Su propio retrato no debía ser destruido, ni guardado en las sombras. El mayordomo debió obrar por su cuenta y tampoco quedó muy afectado por su muerte, por el pobre viejo que le había salvado la vida y le había ayudado a apoderarse de Lasalle. Pero así debían ser los canallas como él.

También le vi colocar el retrato de Christine en el sitio más lejano y oscuro de la galería.

—Marquesa Lasalle, debe haber un retrato suyo, pero no debe estar cerca de la otra desdichada o nadie verá la diferencia. Creerán que usted es una impostora —dijo el malvado con una sonrisa burlona. Él se atrevía a llamarme impostora, él que era un farsante y un fratricida. ¿Acaso nunca llegaría su castigo?

Pero cumplió su deseo de verme retratada y días después llegó un pintor, un hombre joven y atractivo que a pesar de su juventud se había hecho un nombre como retratista y pintor.

Aunque yo apenas le presté atención y pensé que era tedioso ser tratada como una muñeca que iba de aquí para allá buscando un fondo apropiado porque el propio pintor no se decidía por el bosque, por el castillo o por un simple hogar.

Jean Philippe fue quien puso fin a la indecisión del joven, diciendo: —Píntela en su dormitorio, allí tendrá como marco los aposentos de la marquesa.

Su proposición era osada, no podía meter a un extraño en mi dormitorio. Me negué de plano y Jean Philippe dijo que yo escogiera donde deseaba ser retratada, que él no intervendría. Entonces propuse el bosque, pues odiaba estar posando encerrada y además me daba la oportunidad de estar fuera del castillo un buen rato y olvidar que pronto Gerard se iría y no habíamos logrado cruzar una palabra con él desde el día que le entregara el diario de Christine y mi carta.

El joven pintor se llamaba Lionel Arsans y era talentoso, agradable y muy guapo con el cabello castaño con reflejos dorados y los ojos verdes que al reírse me recordaban a los de un zorro astuto. Alto y delgado, me sorprendí observándole con interés como rara vez miraba a un hombre, tal vez porque estábamos mucho tiempo juntos y él no notaba mi mirada. Debía permanecer muchas horas quieta y me aburría, quería evitar pensar en Gerard entonces me entretenía mirando a un joven guapo y conversando con él mucho más de lo que hablaría con cualquier extraño.

Aunque al principio la idea del retrato me había parecido una broma de Jean Philippe, pronto me agradó y desee que el pintor demorara en completar su obra. Jean no sabía nada de arte, pero Lionel sí y en las pocas veces que nos acompañó en el comedor, en alguna cena, solo Gerard era capaz de mantener una conversación inteligente con el pintor.

¿Qué clase de hombres eran los pintores? Escapaban al molde tradicional, eran viajeros, despreocupados y jamás se casaban, tenían una vida disipada, como los artistas de las veladas de Saint Germain. Tía Henriette me lo había advertido. Sin embargo, Lionel no tenía ese aire mundano y lascivo del artista, era ingenuo, tierno, aunque tenía su genio, lo comprobé en una ocasión en que me negué a estar quieta y el pobre perdió la paciencia. Tal vez quería probarlo, ese joven me gustaba, despertaba mi curiosidad, pero él no era mi juguete y rápidamente lo comprendí, aunque no lo acepté.

Cada vez que me miraba a los ojos sentía algo extraño y a veces me ruborizaba si sentía esa mirada franca y apasionada sobre mi persona. Era una tonta en sonrojarme de esa forma, pero no podía evitarlo.

—¿Qué piensa su familia de que sea pintor? —le pregunté en esa ocasión.

Sin dejar de pintar me respondió: —Nací en una familia de pintores. Todos pintan así que no corro peligro de ser repudiado o desheredado, aunque mi familia no tiene fortuna, siempre hemos

sido pobres.

Su rostro me recordó al de un felino travieso pero alerta. Algo lo desconcentró de pronto y fueron unas pisadas que luego enmudecieron. Alguien había escuchado nuestra conversación y él se alejó rápidamente buscando al espía.

—No es la primera vez que escucho pasos, no creí que su esposo fuese tan desconfiado —dijo luego.

—¿Ud. cree que mi esposo nos vigile? Lo dudo. Tal vez algún criado pasaba por aquí y se detuvo a escuchar, algún mozo de las caballerizas —le respondí. En ningún momento creí que Jean Philippe nos vigilara, ¿qué podía importarle? Excepto que temiera que hablara con Lionel de su secreto. No le conocía lo suficiente para ello, pero... A veces me sentía tentada a hablar, sentía que podía confiar en él, era un joven sencillo y amistoso, conversador. Pero no era fácil para mí contar esa historia. Preferí que él siguiera creyendo que pertenecía a una familia noble, y que vivía en una cajita de cristal. Que toda mi vida sólo había conocido costosas sedas y encajes, joyas auténticas, rubíes, diamantes, zafiros. Era una imagen seductora de mi persona, la perfecta damita consentida y caprichosa que no sabía nada de la vida.

Sin embargo, no era tan fácil engañar a Lionel, supongo que algo de mi personalidad no encajaba con una dama de alcurnia que siempre había vivido en castillos, pues seguramente no era tan insoportable y quisquillosa como las jovencitas que había retratado. Pero su educación le obligaba a tratarme con frialdad y distancia, jamás me tuteaba, aunque empezaba a hartarme de ser marquesa, su alteza, madame, etc.

Esa tarde Gerard me ofreció un libro. Todo estaba pronto para que se marchara el fin de semana y solo faltaban dos días. No solía leer mucho, pero él insistió en que debía hacerlo, esa novela en particular.

Cuando en la noche, desvelada por la ausencia de mi esposo y las preocupaciones, comencé a leerla descubrí un papel doblado que se desprendió de una hoja. Una carta, una carta de Gerard. La abrí de inmediato y devoré las líneas.

“Chloé:

No he dejado de pensar en lo que descubriste, en el secreto que me veo forzado a callar. He esperado la ocasión para poder hablarte, pero tu esposo sospecha y ahora comprendo que no se detendrá ante nada para que su secreto esté a salvo, aunque su castigo sea vivir en una mentira y temer que alguien lo descubra toda su vida.

Si sus parientes sospecharon que no era Antoine y aun así no sabían qué hacer, ¿qué podemos hacer nosotros? Es lo suficientemente hábil para fingir ser Antoine y no tenemos pruebas concretas de que realmente hizo lo que hizo. A los ojos de todos, Jean Philippe murió trágicamente hace dos años, fingieron su entierro y seguramente anotaran su fallecimiento en la alcaldía del pueblo.

El jamás permitirá que le delatemos, pero el peligro que os acecha es en verdad mucho peor de lo que imaginé en un principio.

He estado pensando, no puedo dejaros aquí de nuevo, debéis huir, adquirir un nuevo nombre y marcharos muy lejos. Tal vez lo creáis disparatado y absurdo, pero no podéis quedaros con ese hombre, está loco, nadie en su sano juicio hace lo que él hizo.

Y no creáis que estáis segura porque legalmente sois su esposa, ha habido demasiadas muertes para que no pueda ocurrir un nuevo “accidente”. Ha estado viendo a Madeleine. No deseaba deciros esto, pero ellos fueron amantes en el pasado y se dice que el esposo de ella está muy enfermo y pronto morirá. Temo que todo lo hayan planeado juntos desde el principio mucho antes de la llegada de Christine. Cuando su esposo muera Madeleine será muy rica y a Jean Philippe

siempre le interesó el dinero.

Pensadlo, vendréis con nosotros, antes de nuestra partida diréis que haréis un viaje hasta la ciudad y allí os esperará un carruaje que os llevará hasta una de mis propiedades en Guillaume. Os buscaré una colocación con recomendaciones, tomaréis otro nombre.

Debo intentar hablaros a solas, por eso he decidido que nos reunamos antes de que Lionel os retrate en el bosque. Parece un joven de fiar, pero intuyo que tu esposo le trajo aquí con un fin secreto y perverso. Quiere acusaros por infiel y poder así mataros, no tengo dudas de ello y tal vez también planea deshacerse del pintor para que todo sea perfecto.

Mañana entonces.”

Gerard

Doblé la carta con una sensación opresiva. Me costaba creer que Jean Philippe quisiera matarme, pero debía pensar con frialdad, él era un asesino y estaba loco. Tal vez se deshiciera de mí, se casará con Madeleine y luego esta corriera la misma suerte. Yo sabía demasiado, era una amenaza y además no era la esposa apropiada para un noble. No necesitaba fingir, una esposa como yo solo le estorbaba.

¿Pero hasta donde llegaba su perversidad? Si ese joven sufría algún accidente por mi causa jamás me lo perdonaría, era tan ingenuo y confiado, tan alegre y bohemio. Jamás imaginaría tanta maldad, aunque había dicho que mi esposo nos vigilaba y esto le había sorprendido.

A la mañana siguiente salí hacia el bosque con prisa. Había tomado una decisión: huiría, pero no sin antes llevarme a Lionel conmigo. Aunque fuera comprometedor no me atrevía a dejarle con Jean Philippe, si él deseaba hacerme desaparecer inventaría una fuga con trágico final: la esposa adúltera huye con su amante y es encontrada ahogada con éste en el río.

Aguardé la llegada de Gerard pensando que el cuento de hadas se había convertido en una pesadilla. ¿Pero acaso había sido alguna vez un cuento de hadas?

Unos pasos me alejaron de esos pensamientos. Allí estaba Gerard.

—Chloé. No tenemos tiempo, deberá ser esta misma noche. Si algo sale más un criado me avisará y podré ir a buscaros. Me marcharé antes de lo previsto —dijo.

—Pero antes debo avisar a Lionel —le respondí.

Su mirada de sorpresa fue evidente. —Nada le pasará al pintor, Jean Philippe estará muy ocupado buscándote o quizás te deje ir y luego pedirá la anulación de la boda.

Sus palabras no me convencieron y entonces ocurrió algo que me dejó más que perpleja, furiosa. Gerard me besó. No fue un beso casual, fue un beso de amante, lleno de reprimido deseo. Y me sentí muy tonta de no haberme dado cuenta que su ayuda no era una cuestión de caballerosidad, o de que sintiera pena por mí.

—Gerard, no. —fue cuanto pude decirle. Mi sorpresa fue grande a pesar de todo.

Él no esperaba mi rechazo, seguramente malinterpretó nuestra amistad.

—Disculpé, no debí hacer eso. He sentido celos de ese guapo doncel con sus pinturas. ¿A usted le interesa ese joven? —dijo.

Gerard se veía avergonzado, pero también vi pasión en sus ojos. Era un hombre guapo, pero era casado, con una dama celosa que viviría muchos años, no había esperanzas, no para una mujer como yo. Quizás no estaba enamorada, aunque debía reconocer que me agradaba Lionel, no era más que una fantasía. Cualquier intento de hacerla realidad sería un fracaso.

—¿Si me interesa Lionel? ¿Qué le hace creer eso? —dije ofendida, molesta por toda esa situación, todo era nuevo y confuso para mí.

—Pasan mucho tiempo juntos y él la mira de una manera que... Ambos son jóvenes y usted se

encuentra en una situación vulnerable —dijo.

No necesitaba hacerme esa última aclaración, mi situación más que vulnerable era desesperante.

—Es un joven agradable y simpático, pero jamás hemos intimado. Es totalmente correcto y respetuoso y sus celos son infundados además de... ¿Acaso me ha ofrecido su ayuda por motivos amorosos, Monsieur? ¿Cree que me convertiré en su amante a escondidas de su esposa? —le acusé.

—No saque esas precipitadas conclusiones, jamás le propondría algo deshonesto, soy un caballero y usted me ofende, ¿sabe? —me respondió y se colocó el sombrero listo a marcharse, pero algo lo impulsaba a quedarse.

—Pero usted me besó, ¿qué significa ese beso? ¿Se da cuenta de que no puedo aceptar su ayuda?

—Debe hacerlo. ¿Me obligará a raptarla? Si ud. permanece aquí, morirá. No tiene alternativa. Yo no la convertiré en mi amante, solo la protegeré porque es mi deber. Esta noche, recuérdelo. Ese hombre no puede atarla, no es su esposo, su esposo está muerto y ud. es libre.

—No estoy segura de querer aceptar su propuesta Gerard, todo esto es muy confuso para mí —dije.

—Creí que ud. quería encontrar su libertad, en su carta me rogaba que la salvara de ese monstruo —me respondió y con esas palabras se marchó.

Momentos después llegó Lionel y ante su sonrisa cordial me sentí culpable. No podía permitir que le ocurriera nada a ese joven.

—Pronto terminaré el retrato —dijo él más tarde.

Al ver mi expresión de alarma exclamó: —¿Qué le ocurre, la he asustado marquesa? Creí que estaría ansiosa de librarse de mí. A todas las damas les molesta posar tantas horas.

—Pero yo no soy una dama como las demás. —dije al fin para romper ese silencio de miradas que tanto me incomodaba.

Él estaba muy serio, había perdido esa alegría espontánea y ya no deseaba conversar.

—¿Qué hará ud. después? —le pregunté.

Lionel se veía muy concentrado en su pintura. —Cumplir otro encargo y olvidar. Olvidar todas las mentiras que he escuchado y todas las mentiras que he dicho —dijo sin sonreír.

—¿De qué habla? ¿Cuáles mentiras? Sus palabras me desconciertan.

El pintor señaló el castillo sin mirarme —aquél habla demasiado, los criados murmuran, el marqués Lasalle y su amante ni siquiera se molestan en ocultarse y ud. se reúne con el barón para planear una fuga romántica. Disculpé que me entrometa, pero creí que ud. era distinta a todas las mujeres que había conocido, grandes damas y simples meretrices, para mí todas son mujeres. No me dejó impresionar por los diamantes y los aires de grandeza. No soy un pintorcillo ambicioso que espera casarse con la niñita rica que posa para él. Hablo demasiado, ahora ud. está furiosa y no me perdonará.

—Yo no planeo ninguna fuga romántica pero ya que sus orejas son tan grandes y lo escuchan todo ¿por qué no se preocupa en saber la verdad completa y no simples chismes? Ignoro lo que dicen los criados, pero yo no tengo ningún amante —dije acalorada.

¿Por qué tenía que darle explicaciones a ese hombre? ¿Por qué me hería tanto que pensara que no era mejor que una desgraciada mujerzuela parisina?

—No me debe ninguna explicación, si fuera mi esposa la mataría si me fuera infiel, pero yo no soy su esposo. Y pronto me iré y olvidaré lo que ya le dije. Esta fue una extraña experiencia para

mí.

—Ud. dijo haber visto a mi esposo con su amante. ¿Dónde los vio y qué decían?

—No parece ud. muy sorprendida. Imagino que es común en estos matrimonios de la alta sociedad la infidelidad mutua. Pero les vi solo un par de veces en los jardines, pero no tuve la audacia de intentar escuchar lo que decían, pues la situación en que les descubría casualmente era algo comprometida.

—¿Y ud. dijo que me ha mentado? Le aseguro que yo jamás lo hice, no tengo ningún amante y la razón por la que quiero abandonar este castillo es muy diferente a la que ud. imagina. Pero debo marcharme y ud. también, pida su paga y márchese enseguida antes de que quieran involucrarlo con mi desaparición. Mi esposo no es simplemente infiel, si solo fuera eso... Todo es mucho más complejo, ud. ni siquiera se lo imagina.

—Cuénteme, tal vez pueda ayudarla y le prometo no robarle un beso a cambio —dijo risueño.

—¿Se está burlando de mí? —protesté airada.

—Le juro que no me burlo. Vamos, cuénteme ese terrible secreto. Se sentirá mejor. Los secretos atormentan mucho a las mujeres. Y yo siempre supe que ud. tenía uno, lo leía en su rostro. “Descubre mi secreto” parecía decirme esa sonrisa suya desafiante y lejana.

—No le diré nada, no hace más que burlarse. Pero cuando alguien lo ahogue en el estanque o le retuerza el pescuezo como a un pato, entonces se acordará de mis palabras, allá en el otro mundo, y será tarde para lamentarse —le respondí furibunda.

Pero sabía que no iba a hablarle de Jean Philippe, no me atrevería.

Él abandonó el pincel. —Es inútil, ud. no me deja concentrarme. Ha dicho cosas que me han hecho pensar. Si mi vida corre peligro debo saber la verdad. —dijo y se acercó a mí con rapidez hasta quedar enfrentados. La forma de mirarme me incomodaba, tenía una expresión similar a la de Gerard, pero distinta.

—Alguien nos vigila, ¿sabe? Su esposo o su amigo Gerard. ¿Jura ud. que no es su amante? Está bien, le creo. Nadie habla de ud. y Gerard en el castillo, sino de nosotros. ¿Qué les hizo pensar que éramos amantes? ¿O fue su esposo quien hizo correr ese maligno rumor? Dígame algo, ¿qué razones tiene su esposo para querer que yo la seduzca? —dijo. Su voz era suave, tan suave como esa brisa en nuestros rostros, una caricia lenta y embriagadora.

—Quiere deshacerse de mí, acusarme de infiel y luego matarme y decir a todos que fue un accidente. Conozco sus métodos, ya lo ha hecho antes. Y yo no sirvo a sus planes, no he lograrle darle un hijo y además... Gerard ofreció ayudarme, fue él quien me alertó del peligro, por eso voy a huir.

—Pero él la besó, yo lo vi hace un rato. —era una acusación.

—Ignoraba sus sentimientos por mí, él jamás me hizo una insinuación. Sé que debí imaginarlo, pero yo no aceptaría convertirme en amante de un hombre casado. Aunque necesite su ayuda y esté desesperada. Tal vez porque no lo amo.

—¿Y cuál ha sido su proposición? ¿Adónde la llevará? —dijo él con reproche y desconfianza. Era insólito, pero él sí parecía mi esposo o mi amante pidiendo explicaciones y exigiendo prontas y convincentes respuestas.

—No debe ud. acompañarle. Si lo hace quedará a su merced. Tal vez todo sea obra de ese barón para alejarla de su esposo y poder seducirla —dijo Lionel muy serio.

—No es verdad lo que ud. supone. Mi esposo es peligroso y no deseo continuar esta conversación. —le respondí molesta.

—Prométame una cosa madame: que no huirá con ese truhán esta noche. Su esposo no puede

querer matarla, solo está celoso y la vigila. No debe ud. abandonarle.

—He hablado demasiado y no es de su incumbencia lo que yo haga o deje de hacer. Le aconsejo que se marche cuanto antes y me deje en paz. Sé exactamente qué debo hacer, no me crea tan ingenua. Pero ud. ignora una parte de la historia y es mejor así, no insista porque no se la diré —le dije yéndome. No deseaba quedarme a solas con él ni prolongar esa peligrosa conversación. Alguien podía oírnos, si Jean Philippe me vigilaba.

¡Estaba tan harta de todo aquello! Él no era mi esposo y ese muchachito me creía una descarada. Hablaba de una forma que me sacaba de quicio.

—Espere. Todavía no he terminado, si no se queda jamás terminaré el retrato —le oí decir a Lionel a la distancia.

No deseaba quedarme con él, pero descubrí que tampoco me atraía regresar al castillo, este parecía haberse transformado en una trampa mortal para mí.

Mientras posaba y procuraba mostrarme serena, él dijo: —Sabía que no me diría su secreto marquesa, que yo debería descubrirlo.

—Deje de inmiscuirse donde no lo llaman, muchachito —le respondí furibunda.

Él me miró ofendido, pero sin dejar de pintar continuó: —No soy un muchachito, he tenido mis aventuras por Paris y por el mundo, he viajado mucho por mi arte. Pocas cosas me sorprenden.

Sabe, me hubiera gustado vivir en el renacimiento y haber conocido a los grandes pintores italianos, los genios, y aunque no fuera como ellos haber sido apadrinado por algún mecenas. Pero no me quejo de este tiempo que me tocó vivir, al viajar se aprende mucho, y uno entra sin desearlo en la intimidad de los hogares, conoce sus secretos.

Cierta vez una jovencita quisquillosa inglesa, hija de un Lord se echó a llorar y me confesó su desdicha y otra no tan joven dijo amarme y desear abandonar todo para acompañarme en mis viajes por el mundo...

Dejé que hablara para que llenara el silencio y porque además su charla era intrascendente, mis pensamientos estaban lejos. Todavía no decidía si huiría o no esa noche. No había otra alternativa para mí.

CAPÍTULO 12

Cuando finalmente regresé al castillo un hecho precipitó mi decisión de escapar, pues allí estaba Madeleine, vistiendo luto, saludándome con cinismo y burla, altanera, y mi esposo estaba a su lado diciendo que se quedaría y que sería buena compañía luego de que se marchara el barón Guillaume y su esposa. Los truhanes habían adelantado sus planes, ahora que el esposo de esta había muerto, nada les detendría. ¿Cuánto duraría el nuevo capricho de mi esposo por ella? Pero él no era mi esposo, podía hacer lo que le placiera, aunque sí me concernía de todas formas. No demorarían en quitarme del medio y lo más irritante era la presencia de esa mujer adueñándose de todo de forma prematura, de todo lo que nunca había sido mío.

Sus ojos eran más fríos que los de Philippe, tal vez ella fuera la autora de aquel ardid y estuviese más loca que él. Pero algo era seguro: mi tiempo se terminaba.

Y yo quería vivir, aunque debiera huir una vez más después de que me hospedara en una propiedad de Guillaume. Marie me acompañaría, y juntas buscaríamos Gaillac. Y debía ser esa noche.

Avisé a Marie poco antes de la cena, luego junté algunos vestidos y objetos personales, y solo un par de joyas que me serían de gran utilidad. Escogí las más valiosas. Y entonces dejé una nota a Jean Philippe. “Eres libre para casarte con Madeleine, pero no intentes buscarme porque jamás regresaré a Lasalle. Os deseo buena suerte con esa arpía, temo que la necesitarás.”

La cena fue interminable, todo estaba listo para huir y Madeleine insistía en aburrirnos a todos con el relato de la muerte y los funerales de su esposo, con detalles tan morbosos y de tan mal gusto, además. Ignoro que veía Jean Philippe en ella, pero esa noche la miraba encantado, aunque luego comenzó a ahogar bostezos. Todos estábamos cansados y molestos, la bebida que se sirvió en abundancia sólo acentuó ese malestar. Yo no quise beber, pero distraída no me di cuenta de que mi copa siempre estaba llena como si un duende travieso se encargara de llenarla una y otra vez. Todos nos mirábamos expectantes, Gerard estaba serio, su esposa fue la primera en retirarse, Jean Philippe comenzó a mirarme como si esperara algo y Lionel estaba muy serio observándonos a todos como si fuéramos un cuadro curioso que esperaba poder retratar en el futuro.

No hubo como había otras veces, juegos de cartas o conversaciones triviales en el pequeño salón, luego de cenar.

—Oh, Jean Philippe desearía ver la luna llena en el cementerio —dijo de pronto Madeleine como una niña consentida que desea convencer a su padre de satisfacer su tonto e insólito capricho. En realidad, no pudo ser más “oportuno” para esa noche, su ocurrencia. Para ella sería un entretenimiento, pero para mí que sentía que alguien caminaba sobre mi tumba no me hacía ninguna gracia.

Jean Philippe se la llevó y el grupo se dispersó. Fui a mi habitación y seguí empacando.

Unos golpes en la puerta, poco después, me sobresaltaron. Era Marie, con un mensaje de Gerard: “Debemos aprovechar el insólito paseo de Madame Madeleine y adelantar nuestro viaje. Un carruaje os esperará en el bosque, aprovechad que aún no se han cerrado las puertas del castillo.”

Algo en el mensaje me hizo sospechar, pues habíamos acordado que sería en la noche cuando todos durmieran y el reloj del comedor diera las tres campanadas. No me importaba adelantar la huida, pero, de pronto tomé la carta anterior de Gerard y comparé las letras... Parecían iguales, pero había ciertas diferencias, lo que me hizo pensar en una trampa. Todo había sido planeado por esa pareja de bribones, lo del cementerio, el carruaje en el bosque... Lo que significaba que conocían nuestros planes, sabían que iba a huir con la ayuda de Gerard.

Debía hacer algo, acudir a Guillaume antes de que esos pillos fueran a buscarme.

—Marie, quédate aquí, espera, necesito hablar con Gerard —dije. Estaba tan nerviosa que no podía controlarme, por primera vez sentía la muerte pisándome los talones.

Corrí hacia la habitación de Gerard, agradecí que su esposa ocupara la contigua, aunque temí que escuchara. De nada me servirían los escrúpulos ni el temor a ser descubierta, debía hacerlo. Así que llamé a su puerta y esperé. Esperé minutos interminables sin obtener respuesta. ¿Habría salido?

En momentos de desesperación hacemos cosas que luego lamentamos, sé que jamás habría abierto la puerta de su habitación y entrado en ella de no haber padecido ese estado. Sabía que debía actuar con rapidez, que no disponía de tiempo, por eso encendí una vela para cerciorarme de que realmente no estaba. Pero me equivoqué, él estaba allí tendido, semidesnudo con el amplio pecho apenas cubierto con una sábana. No fingía, estaba tan dormido que no despertó cuando lo toqué y luego cuando lo sacudí. Era un sueño inusual, demasiado pesado. De manera que el vino había sido excesivo, o alguien había echado algo en él para que todos durmieran mientras la pareja de asesinos llevaba a cabo su crimen. Gerard no pudo enviarme esa nota, alguien lo hizo en su lugar.

—Gerard, despierta por favor, debes ayudarme, ellos me matarán —alcé la voz desesperada y entonces oí unos pasos. Él no se había movido, dormía como un tronco y entonces busqué una jofaina con agua y aunque no la encontré, tomé un jarrón con hermosas flores y lo vacié, las flores cayeron al piso poco antes que vaciara el contenido en la cara de Gerard.

Los pasos se escucharon más cercanos, no pertenecían a una sola persona sino a dos... Atisé por la rendija de la puerta y vi con horror a Jean Philippe abrazado a Madeleine. Iban como dos enamorados riendo y charlando, ajenos a todo, en apariencia, pero yo estaba segura de que estaban buscándome. Ella se separó de él y fue hasta mi habitación.

—Chloé. ¿Qué haces aquí? —la voz adormilada de Gerard me sobresaltó. Había despertado al fin. —¿Quién me mojó? ¿Fuiste tú? —agregó mientras se cubría con la sábana temblando.

—Perdona, pero no despertabas y temí, creo que echaron algo en el vino, dormías demasiado —le respondí y le enseñé el mensaje que había recibido y mis terribles sospechas.

Gerard saltó de la cama y se vistió rápidamente. Luego despertó a su criado que estaba en la habitación de la derecha y le dio instrucciones.

En ningún momento pensamos en su esposa, ni nos cercioramos que estuviese en su habitación. Cometimos el gran error de ignorarla, pero entonces no creímos que importara, él creyó que dormía profundamente y yo ni siquiera sospeché que pudiese estar espionándonos...

—Debes esconderte, no podéis huir ahora, ellos deben estar buscándote Chloé. ¿Conoces bien este castillo? ¿Existe algún pasadizo o túnel secreto? —dijo mientras terminaba de vestirse.

Al responderle negativamente se quedó pensando unos momentos, luego dijo: —Hace tiempo hubo una excursión por el castillo, estábamos aburridos y para matar el tiempo Antoine quiso enseñarnos las catacumbas.

—No puedo esconderme allí. Lo único que quiero es salir de este lugar cuanto antes —le

respondí.

—Está bien, pero no te irás sola, es peligroso —dijo muy serio. No comprendí cuán involucrado estaba en ese asunto, y cuanto estaba arriesgando por mi causa. Pero yo no sabía lo que era el amor para entenderlo. Había simplificado sus intenciones, había pensado erróneamente “hace esto porque me desea y tiene la esperanza de convertirme en su amante”. Pero me equivocaba, él podía tener las amantes que deseara, como noble y primero, como hombre de su tiempo tenía oportunidades para ello y nadie podía prohibírselo, ni siquiera su celosa esposa con su mirada vigilante.

Cuando pienso todo lo que perdió Gerard esa noche me siento más que culpable, cómplice de ese crimen y tan perversa como Madeleine y Jean Philippe. Pero él obraba por un impulso, porque me amaba. Tal vez era ingenua, aunque fuera desconfiada, o incrédula, no esperaba que un hombre pudiese amarme.

Abandonamos el castillo los tres, Marie nos seguía, parecíamos nosotros los pillos andando sin hacer ruido, esquivando sombras y voces. Jean Philippe y los criados nos buscaban, le oí decir en voz alta: —Mi esposa ha desaparecido, buscadla.

Y luego cuando llegamos al jardín debimos andar mucho para encontrar el carruaje de Guillaume, Gerard me acompañó hasta el final. ¡Y pensar que Lionel dijo que lo había inventado todo para seducirme!

El carruaje de Guillaume, con seis caballos y el escudo de su nombre se confundían con el follaje y se veía como un cuadro con la luna llena detrás. Habría sido bello si no estuviese tan nerviosa y asustada. Al apearme tomando la mano de Gerard pensé en Lionel, en ningún momento pensé en el hombre que me salvaba, solo ese instante para darle las gracias. Pero jamás pensé que corriera peligro, ni en mi gran egoísmo de escapar y dejar al resto librado a su azar. Solo porque tenía por mi vida.

Luego de haber atravesado el bosque, desperté, algo terrible estaba ocurriendo en ese castillo, era como si lo viera y yo ya no estaba allí. Fue una corazonada tan fuerte que abrí la ventanilla y le grité al cochero que se detuviera.

—Chloé, ¿qué ocurre? ¿Acaso alguien nos sigue? —dijo Marie sin entender lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué se detenía el carruaje que debía llevarnos hasta la libertad?

Era una locura, pero tenía que regresar, Gerard podía estar enfrentándose solo a ese dúo de dementes peligrosos, y Lionel, a Lionel le esperaba la muerte en el estanque por mi culpa. No podía dejar a esos hombres librados a su suerte, aunque parecieran autosuficientes, no estaría tranquila si ellos no huían también.

—Estás loca Chloé, ¿es que no ves que estamos yendo a nuestro entierro si regresamos a ese castillo? Los hombres pueden cuidarse solos, tienen armas y saben defenderse muy bien, ¡vaya si sabrán! —decía Marie enojada a esa altura, pero tan asustada o más que yo de ver de nuevo esa construcción medieval desafiando el cielo y la eternidad.

—¿Es por ese barón Guillaume, ¿verdad? Me lo figuraba, todas las jovencitas enloquecen por esos nobles, así han sido desdichadas las mujeres a lo largo de los siglos y por ello, esos barones han hecho lo que han querido con ellas y con todo en este mundo injusto. Y ni siquiera la revolución ni todas las cabezas nobles que rodaron por la Bastilla fueron suficiente para exterminarles, no Señor, mientras exista Francia, tierra de libertad y de mujeres estúpidas, habrá nobles con sus castillos y sus crímenes horribles. Ahí tienes a ese Lasalle, digno hijo del mismo demonio.

Despierta Chloé, ese hombre tiene esposa y ella misma te matará si osas enamorarte de su

esposo.

Ni todas las palabras de Marie en forma de discurso, ni mi temor hicieron que cambiara de idea. Regresé el castillo y tomé un palo antes de entrar obligando a Marie que tomara otro. Tal vez lo necesitáramos.

Lo más extraño fue que al entrar en el comedor encontré a todos reunidos en torno al cuerpo de alguien. Se acusaban mutuamente y Gerard estaba fuera de sí. Lionel observaba todo sin decir palabra a la distancia y Madeleine tenía una mirada casi sanguinaria. Había sido una tonta al regresar. ¿Pero quién estaba en el suelo? Cuando comprobé que era la esposa de Gerard lancé un grito pues tenía una herida en la cabeza que sangraba y aunque los criados a continuación la llevaron a una habitación mientras otro corría por un médico, algo me dijo que era inútil, que estaba muerta. Alguien la había matado, seguramente por error o tal vez cayó... Pero allí ninguna muerte era casual y la celosa esposa de Gerard debió espiarnos e intentó seguirnos, no tan cerca como deseaba y entonces...

—Chloé, esposa mía, has regresado. ¡Cuánto nos has preocupado, querida! —dijo Jean Philippe con una sonrisa cínica. —Ha ocurrido un lamentable accidente en tu ausencia, la pobre Alicia cayó de las escaleras y temo que no hay nada que hacer.

Gerard le miró furibundo y luego me miró mortalmente pálido sin saber qué decir, estaba sorprendido de que hubiera regresado pero la tragedia que acababa de sufrir le había dejado aturdido. Solo Lionel parecía contento con mi regreso como si él fuera la causa de que rechazara la ayuda de Gerard.

Madeleine me miraba como una víbora ansiosa y frustrada en sus intentos de atacarme.

—Creo que debemos irnos todos a descansar. Chloé, acompáñame por favor —dijo Jean Philippe, pero yo no le obedecí, pues ir con él era lo mismo que tirarme a un precipicio. Madeleine o él mismo me matarían y luego fingirían que había habido otro desdichado accidente.

Fingí seguirle, pero luego me alejé y fui a la habitación de Gerard.

Por primera vez vi llorar a un hombre, tan sumido en su dolor que ni siquiera me vio espiándole. Habían matado a su esposa y a su hijo, por una estupidez de su parte, por mi culpa al haber aceptado su ayuda. ¿Por qué dejé que interviniera en ese asunto? Él mismo pudo haber muerto y ¿acaso alguno de nosotros saldría vivo de ese castillo?

No podía molestarle, así que me deslicé escaleras abajo y entonces, antes de que pudiera tomar el palo que llevaba escondido alguien me atrapó y me empujó habitación adentro cubriendo mi boca para que no gritara.

—Es lo primero que aprenden los pillos: tapar la boca a las mujeres para que no griten. Lo lamento mi bella marquesa, pero me debe ud. una explicación —dijo Lionel luego de atar mis manos a su cama y sin dejar de cubrir mi boca con un trapo sucio de pintura.

—Maldito, ¿qué está haciendo? ¿Cree que porque mi esposo está loco y su amante es una asesina ud. puede conducirse como un bribón conmigo? Desátame enseguida —le dije escupiendo el sucio trapo.

—Aquí han ocurrido cosas muy extrañas, acaban de asesinar a la pobre esposa de ese barón y ud. desapareció misteriosamente por unas horas. ¿Dónde estaba? —dijo mirándome acusador.

—Iba a huir en el carruaje de Guillaume porque querían matarme.

Le hablé de la nota que había recibido, de mis dificultades para despertar a Gerard y luego mi absurda idea de regresar.

—Gerard se veía sinceramente acongojado y furioso, tal vez no fue él, ¿pero por qué Madeleine o su esposo matarían a la baronesa? No tenían motivos, ud. sí. Para poder casarse con

Guillaume. La conozco mi bella marquesa, ud. no se resigna a ocupar lugares secundarios, necesita ser la principal, la esposa engañada, la nueva esposa del barón Guillaume, es muy rico, ¿no es así? Pero antes debe matar a ese dúo de alimañas que son su esposo y esa Madeleine, si logra eso, entonces ud. es en verdad extraordinaria.

—Y ud. está totalmente loco, tiene una imaginación en verdad, completamente delirante. Yo no maté a esa mujer, que seguramente murió por accidente, alguien debió confundirla conmigo, teníamos el mismo color de cabello y casi la misma altura.

—¿Pero ¿quién quiere matarla? Ud. delira. Es hermosa, ¿por qué su esposo querría matarla? Será Madeleine por celos, pero ud. no la acusa a ella sino a Antoine Lasalle.

Las palabras salieron antes de que pudiera frenarlas. —Porque él no es Antoine Lasalle, sino su asesino Jean Philippe Lasalle. Un impostor que tampoco es mi esposo, a mi esposo lo mataron y ese hombre ocupó su lugar.

Lionel supo la verdad y aunque temí que no me creyera pues jamás creía nada de lo que le decía dijo: —El retrato. No era el mismo. Algo no encajaba en ellos, no eran la misma persona y jamás se me ocurrió leer la inscripción del marco para convencerme de que eran dos personas distintas. El retrato principal es de Jean Philippe y el otro, el del final de la galería es su hermano mellizo. Pero ud. debe acusar a ese hombre, es un criminal y debe ir a prisión.

—¿Y cree que es tan simple como acusarle? Se equivoca. Ud. no entiende nada. Ahora olvídense de esa historia y desátame.

El joven pintor estaba sorprendido, la historia no era tan fácil de asimilar, era mucho más compleja y ahora encima había habido un nuevo crimen.

—Está bien, la desataré, pero no se vaya todavía. Si lo que me contó es cierto han demorado demasiado en matarla y sé que no dormirán esta noche hasta que ud. vaya a hacerle compañía a la pobre baronesa. Y seguramente seguirá Gerard y si no tenemos cuidado todos nos encontraremos en el otro mundo diciendo: “yo te lo dije Chloé, ¿por qué no me escuchaste?”

—Por favor, deje de burlarse, nada de esto es divertido.

Él desató las sogas que no eran otra cosa que unos trozos de sábanas y me miró. —Ud. no puede escapar, jamás estará a salvo, Jean Philippe no dejará que le delata y mientras viva será una amenaza para él. Debe denunciarle y enviarle a prisión, no se deje impresionar, hay muchos caballeros respetables en prisión.

—¿Y qué pruebas tengo de que mató a Antoine si todos creían que él mismo había muerto en un accidente de cacería? Creerán que estoy loca, ese hombre es muy hábil y contratará al mejor abogado. No es tan sencillo como cree, no lo es en absoluto.

—No tiene ud. ninguna fe en sí misma, ni en nuestra justicia. Siempre hay crímenes, algunos más complejos que otros. Hable con un buen abogado, ud. es una dama, serán muy condescendientes y serviciales.

—No lo soy, no como ud. cree. Mi nombre es Chloé Dumont, mi familia tenía propiedades en Gaillac, pero perecieron en un incendio y yo fui adoptada por una tía. En una de esas veladas de sociedad conocí al verdadero marqués Lasalle y poco tiempo después me pidió que me casara con él. No le importó que fuera huérfana y no perteneciera a la nobleza, quería casarse conmigo. Mi tía murió y meses después le acepté. Pero no fue un matrimonio por amor, ni siquiera de su parte... Él había estado casado antes con la joven del Diario: Christine, y yo me parecía a ella, esa fue la razón. Pero luego... Ese recuerdo le perseguía, me parecía tanto a Christine que no podía soportarlo. Fui un fantasma en ese tiempo sin siquiera saberlo, hasta que Jean Philippe ocupó su lugar. Jean Philippe fue en los hechos mi único esposo, pero luego descubrí que él no era Antoine.

Tal vez si le hubiese dado un hijo no habría pensado en librarse de mí, pero no era ese mi deseo. Estoy prisionera aquí y todavía no me explico por qué cometí la estupidez de regresar. Gerard jamás me perdonará por lo ocurrido a su esposa ni yo me lo perdonaré. Estamos rodeados de asesinos, sospecho que ambos lo planearon todo mucho antes de que yo llegara a este castillo.

Él se me acercó y tomó mi mano. —Yo también puedo ayudarla y lo haré, y por ello no le exigiré que sea mi amante escondida en la mansión del bosque, se lo aseguro —dijo muy solemne.

—Gerard jamás me propuso eso, ud. se equivoca. Además, yo no necesito ayuda.

—Se equivoca, sí la necesita, todos la necesitamos, no volveremos a dormir tranquilos en este castillo nunca más.

—Debo marcharme de aquí —dije incorporándome. Él se interpuso, se negaba a dejarme pasar. —No me obligue a hacer algo que no quiero. No puede Ud. ir a su habitación, ese hombre está loco y además no es su esposo, no tiene ningún derecho sobre usted, marquesa —dijo.

—¿De qué habla? No puedo quedarme en su habitación, créame que es el último lugar en donde deseo permanecer. Ud. quería saber la verdad y ya lo sabe, ahora déjeme ir o deberé golpearle —le advertí.

—Entonces inténtelo —me desafió.

—Muchachito insolente, ud. no puede protegerme ni necesito que lo haga. Déjeme pasar o lo lamentará.

Lionel me miraba sin responderme y entonces, antes de que pudiera cumplir mis amenazas, él cumplió la suya. Me besó. Pero no fue un beso que cedía a la tentación del momento, era un beso premeditado, apasionado y desesperado, aunque al principio solo fuese un arrebato brusco y violento.

—¿Por qué hizo eso? ¿Es que se ha vuelto loco? —protesté más furiosa de que el rubor cubriera mis mejillas y él solo se limitara a mirarme, sin decir una palabra.

Inmóvil y mudo, no esperaba que tuviese esa reacción, se había propuesto no dejarme sola esa noche, aunque para ello tuviera que atarme como hizo momentos después.

—Ud. me obliga. Intente dormir, es por su bien, yo haré guardia por si acaso aparecen ese par de sanguijuelas sedientas de sangre. Temo que esta noche deberán contentarse con la baronesa —dijo.

Ignoro como logré dormirme, pero lo hice, con los brazos estirados y maniatados, el cansancio venció a todo lo demás.

CAPÍTULO 13

A la mañana siguiente al despertar me encontré libre, sin las ataduras y sin rastro de Lionel. Temí que todo fuese un sueño, pero entonces descubrí sus pinceles y pinturas y el retrato que había hecho para Jean Philippe. Estaba cubierto con un lienzo, pero yo lo quité sin saber de qué se trataba, aunque debí imaginarlo. Allí estaba el retrato terminado, en mi rostro vi el temor y la confusión que ese joven pintor había sabido captar muy bien. No era un cuadro frívolo de una dama sonriente y feliz, él pudo mejorar esa expresión, pintar una sonrisa despreocupada y sin embargo no lo había hecho.

Cuando finalmente bajé a desayunar me sorprendió encontrar todo en calma, en silencio como si el castillo estuviese vacío. Busqué a Marie, pero antes de llegar a ella vi a Gerard entrar con varios hombres, policías y a juzgar por los uniformes debían tener un alto cargo. No era el mismo hombre que había conocido, parecía haber envejecido en el transcurso de la última noche y en sus ojos había una mirada de cansancio y dolor que me conmovió.

Quise hablarle, decirle cuánto lamentaba lo ocurrido a su esposa, pero los agentes reclamaron mi testimonio sobre los trágicos acontecimientos de Lasalle. No dudé en contarles toda la verdad desde el principio, aunque sospecho que ya sabían todo por Gerard. Señalando que el barón de Guillaume solo había querido ayudarme al saber el peligro que corría.

Todos los criados fueron interrogados y yo me sentí orgullosa de Gerard, que había tenido el valor que a los demás nos había faltado al denunciar a Jean Philippe y a Madeleine, a quien además se le acusaba (lo supe más tarde) de haber envenenado a su esposo.

Lionel también dio su testimonio y Jean Philippe fue apresado, aunque Madeleine huyó como buena villana que era. No iría muy lejos, pues un buen número de agentes fue a buscarla.

Pero no fue tan sencillo acusar a Jean Philippe de ser un impostor, pues el muy astuto engañó a las autoridades fingiendo ser Antoine y muy indignado por esa absurda historia de que no era él, sino su hermano muerto.

—Jean Philippe murió en un accidente, ¿acaso no lo saben? Puedo enseñarles su tumba si desean. —se ofreció mirando con fingida ansiedad e indignación a los presentes.

Todos fueron al cementerio y unos hombres debieron abrir el mausoleo y abrir las tumbas. La de Jean Philippe no estaba llena de piedras como rezaba la historia. Había un cadáver en él, pero demasiado fresco para ser de Jean Philippe. Descubrí como había muerto mi esposo pues tenía el cráneo destrozado como la pobre esposa de Gerard, aunque era casi irreconocible, excepto por sus ropas y por el anillo que luego descubrieron llevaba las insignias de su nombre, el que llevaba Jean Philippe era el suyo. ¡Vaya descuido!

Pero hubo que llamar a los familiares y ver los cuadros para desenmascarar al farsante. Ellos dijeron la verdad, que en su última visita al Chateau habían notado a Antoine muy cambiado. Pero era por momentos que dudaban y no estaban seguros.

Y entonces hablando de la diferencia entre ambos mellizos uno mencionó que había notado una herida de bala en el pecho de “Antoine” la última vez y que ésta pudo ser la que recibió Jean Philippe el día que todos creyeron que había muerto.

Luego aparecieron dos pequeñas piedras en el ataúd de Antoine y nadie tuvo dudas del engaño. Jean Philippe fue detenido y juzgado, enviado rápidamente a Paris.

Aunque lo más determinante fue el testimonio que dio el médico de mi esposo. Al parecer este sufría de los pulmones desde hacía tiempo y últimamente el mal se había agravado. No viviría mucho tiempo. Mientras que el impostor tenía los pulmones perfectamente. ¿Acaso se había producido una cura milagrosa? El doctor aseguró que no y reafirmó que el tórax de Jean Philippe estaba mucho más desarrollado. La farsa llegó a su fin, aunque fue un caso muy difícil para la policía y muy nombrado en los periódicos.

Era libre finalmente pero no deseaba quedarme en Lasalle, era un lugar lleno de malos recuerdos y además no me pertenecía en absoluto.

Un abogado debió estudiar el caso y deliberar. Los familiares escucharon satisfechos el veredicto: la herencia pasaría a un tío de Antoine pues yo no había dado herederos y por una estipulación especial en el testamento de mi esposo (al final había hecho uno, poco antes de morir, cuando seguramente empezó a sospechar que su hermano le tenía preparada una jugarreta) Lasalle debía permanecer en la familia paterna en caso de que no existiera herederos directos al momento de fallecer él. Claro que yo como su esposa recibiría una renta anual para que no pasara necesidades.

—Madame, cuando su esposo vino a verme quiso que le entregara esta carta si algo llegaba a pasarle. Jamás me comentó sus sospechas y pensé que se debía a su mala salud... —dijo el abogado. Un hombre inesperadamente joven y agradable, que se había sentido muy incómodo durante la reunión familiar minutos antes, como si todo aquel asunto resultara embarazoso para él.

Tomé la carta, nada sorprendida de que esos nobles quisieran proteger sus tierras cuando no hacía mucho habían intentado diezmar su estirpe con la guillotina. Era lo más sensato, ¿además cómo iba a yo a darle hijos si nunca me había tocado? Quizás estuviese muy enfermo por eso no podía cumplir ese deber para con su feudo, pero... ¿Qué diría esa carta? Me pregunté pensando que no nada podía ya sorprenderme, que entre nosotros estaba todo dicho, aunque nunca hubiéramos conversado en profundidad.

“Querida Chloé:

Tal vez llegues a enterarte por qué te escogí a ti como esposa, pues no se puede tener guardado un secreto mucho tiempo.

Pero tú me agradabas, eras joven y saludable, y tenías una fortaleza que me atraía. Y te parecías tanto a Christine...

No era una buena razón para desposarte. He vivido a la sombra de mi hermano mellizo, he soportado ser el menos inteligente, el menos atractivo y brillante, y ahora esa sombra me persigue y no he logrado quitarme la culpa de haberle matado. A él y a la única mujer que he amado, aunque fuera un accidente y aunque hayan intentado ocultármelo, no tengo paz.

Pero no puedo vivir rodeado de fantasmas del pasado, fue un error haberte llevado de Saint Germain, una joven bonita y agradable como tú pudo encontrar un esposo mejor.

Tal vez te has preguntado por qué jamás cumplí con lo que debía ser un deber, por qué he evitado acercarme a ti sistemáticamente. Es porque a pesar de todo, veo a mi pobre esposa muerta, tan hermosa devorada por gusanos. Indigna muerte, se lleva lo mejor de este mundo: juventud, inocencia, belleza...

Pero jamás he sentido aversión o rechazo hacia ti sino hacia mí mismo, por todo lo que he hecho y porque no puedo profanar el recuerdo de mi amada Christine, siendo infiel con otra mujer, aunque se trate de mí esposa.

El doctor me ha advertido que no me queda mucho tiempo, por eso he decidido escribirte. Deseo que empieces una nueva vida y que si acaso tropiezas con dificultades te aconsejo que acudas a mi buen amigo Gerard barón de Guillaume. Siempre podrás confiar en él.”

Antoine

Era extraño que mencionara a Gerard, creí que mi esposo no tenía amigos, pero en realidad lo ignoraba todo sobre él. Había sido un extraño, pero de todas maneras me inspiraba pena y tuve el impulso de llevarle flores a su tumba. Allí descansaba junto a su esposa amada, Christine. ¿Descansarían en paz ahora que estaban juntos?

Gerard, debía tanto a ese hombre y jamás me dijo que era el único amigo que tenía mi esposo. Y se había marchado días antes junto al féretro de su esposa y yo no me atreví a detenerle, a decirle cuánto le agradecía su ayuda.

—Srta. Chloé, ya están listas sus maletas y ese amigo suyo pintor insiste en acompañarnos. No me dijo ud. que le hubiese invitado —dijo Marie cuando entré en el castillo.

Los parientes de mi esposo se habían marchado, excepto los herederos, que por supuesto dijeron que podía quedarme cuanto deseara, y que si quería podía vivir con ellos... No lo decían más que por gentileza, y porque estaban seguros de que declinaría el ofrecimiento. En realidad, debían estar ansiosos por librarse de mí, el dinero que recibiría de mi esposo (que solo cesaría si volvía a casarme) sería más que suficiente para una joven como yo.

El cuento de cenicienta tenía otro final, pero yo debía considerarme afortunada.

—Claro que no le invité a acompañarnos. ¿Lionel te dijo eso? —le respondí a Marie.

—Lo dijo y yo creo que no es aconsejable, si regresamos a Paris deberemos buscar una casa y no es decente que viva un joven con nosotras que no es ni pariente ni nada nuestro. ¿O acaso lo es suyo señorita Chloé?

—Claro que no, Marie, ¿quién te dijo eso? Además, no regresaré a Paris, Marie. Iré a Gaillac. Pero tú eres libre de ir a donde quieras, sé que tienes parientes en Paris y no deseo que corras más aventuras por mi causa.

Marie me miró ofendida. —Claro que te acompañaré, ¿o imaginas que te dejaré ir sola a Gaillac? No sabes qué te espera allí, como no sabías lo que te esperaba en este lugar y ya ves lo que ocurrió. Una dama de sociedad no puede viajar sola y además ese pintorcito se ha hecho muchas ilusiones ahora que finalmente te han declarado viuda. Debo prevenirte de que rechaces sus insinuaciones y...

Dejé de escuchar los sabios consejos de Marie y me alejé. Necesitaba ordenar mis pertenencias. Debí devolver algunas joyas de familia, pero decidí quedarme con el resto que, aunque eran regalos de ese bribón, podían llegar a serme muy útiles en el futuro. Ignoraba que me deparaba Gaillac y ni siquiera quería pensar en ello, pero antes de partir debía hacer algunas cosas. Escribí primero una carta a Gerard de agradecimiento, lamentando mucho lo ocurrido a su esposa y de su gran valor al denunciar a la dupla de demonios poniendo su vida en peligro, no supe que más decirle.

Luego quise hablar en privado con Lionel en la biblioteca, pero ese lugar tan lleno de Gerard me resultó dolorosamente insoportable. Así que lo invité a la galería, lugar donde él se sentía más a gusto por la cantidad de retratos que allí había.

—Pero aquí no podemos sentarnos. —se quejó él.

—Bueno, entonces en el jardín —le respondí.

Imaginé que aquella sería la última tarde que pasaría en el Chateau, y extrañamente era hermosa, con unas nubes magníficas, y un sol radiante. Era un lugar soberbio, de haber sido

diferente, ahora que ya no había maldad y misterio podíamos verle con su verdadera belleza y esplendor.

Lionel observaba el paisaje con expresión soñadora y entonces quiso ir al bosque, al lugar donde me había retratado. Pensé que tenía alguna razón romántica para ello, pero simplemente dijo: —Pronto nos iremos y sé que jamás regresaremos a Lasalle. Un lugar bello, aunque jamás me he dejado deslumbrar por estas propiedades tan opulentas y soberbias.

—Se sentirá más cómodo en la ciudad, en Paris seguramente —dijo distraída.

—¿Ud. irá a Paris? —quiso saber con interés.

—No. Pero Marie dijo que Ud. deseaba acompañarnos, deberá tomarse otra diligencia, nosotros iremos más al sur.

—¿De veras? ¿Y a dónde irá? —quiso saber.

—Debo encontrar a mis parientes, pues descubrí que los tengo. Antes quiero pagarle por su trabajo. Ni mi esposo, ni el malvado Jean Philippe pueden hacerlo y yo deseo saldar esa deuda.

Esa idea le molestó, no quiso saber nada de ella como si recibir dinero de mí le indignara, y ofendiera su orgullo.

—No recibiré dinero porque pienso conservar el retrato, es mío, yo lo pinté y me pertenece — declaró luego.

—No sea necio, ¿de qué le servirá el cuadro? Es su trabajo y debe pagar sus cuentas, imagino. Dispongo de un dinero, no debería aceptarlo, pero por el momento lo haré. Todos tenemos nuestro orgullo, pero nadie come con él ¿verdad?

—No habla Ud. como una marquesa, madame. Ellos jamás hablan de asuntos tan vulgares como el dinero. Olvídese de ese asunto, no aceptaré el pago y puedo arreglármelas perfectamente sin él. Pero todavía no me ha dicho dónde irá.

—No le incumbe. Sabe ud. demasiadas cosas de mí, basta, no necesita saber más, no volveremos a vernos. Ud. irá a Paris y yo al sur. Se dedicará a sus pinturas y yo a buscar a mi familia.

—Irá a Guillaume, a buscar a su amado barón. Ha perdido esta heredad, pero tal vez pueda conseguir otra. Ud. no me presta atención porque yo no soy nadie, nadie más que un simple pintor, no tengo castillos ni fortuna para ofrecerle.

En un mal momento sus acusaciones me habrían indignado, le habría abofeteado por creerme tan calculadora, ¿pero qué sentido tenía pelearme con ese jovenzuelo?

—Si piensa eso de mí lo lamento, porque significa que no me conoce en absoluto. No iré tras Guillame. Por primera vez valoro mi libertad e iré a donde me plazca. Le deseo mucha suerte Lionel. En ningún momento quise ofenderle, pero al parecer es ud. muy susceptible.

—No estoy ofendido. Pero si descubro que me ha mentido y en realidad planea irse a Guillaume, lo lamentará —dijo y rato después de que nos quedáramos en silencio contemplando el bosque, sabiendo que no volveríamos a ver ni ese lugar ni un atardecer tan magnífico, agregó: — No crea que quiero inmiscuirme, pero yo conozco a mucha gente en Provenza, tal vez pueda ayudarla a encontrar lo que busca.

—No iré a Provenza y sinceramente no comprendo por qué tanta curiosidad. Solo iré a buscar a mis hermanos y tíos y si todo sale bien quizás me quede. No deseo otra cosa, un poco de paz y vida familiar.

—Pero ud. dijo que había sido adoptada por una tía, ¿por qué el resto de su familia se quedó en ese misterioso lugar del que no desea hablarme?

—Es lo que espero descubrir, Monsieur Lionel. Pero no será un secreto tan espeluznante como

el que descubrí en Lasalle. Así que no debe preocuparse.

—Ud. no ama a Gerard, ni siquiera se le pasó por la cabeza algo así, solo iba a aceptar su ayuda porque estaba acorralada. —fue una afirmación, algo que acababa de comprender. ¿Por qué insistía tanto con Gerard? Estaba celoso de él y me había acusado de querer ir a Guillaume cuando jamás consideré esa posibilidad.

—No, no amo a Gerard, después de la experiencia sufrida en mi matrimonio creo que seré más astuta la próxima vez que piense en casarme Lionel. Estoy muy agradecida al barón y eso ud. lo comprenderá y lamento mucho lo ocurrido a su esposa. No tuve valor para hablarle cuando se marchó, estaba destrozado y yo no hubiera sabido qué decirle —dije, pero hablaba más conmigo misma, era un pensamiento en voz alta. No amaba a Gerard ni tampoco amaba a Lionel, aunque había estado un poco confundida. Pronto nos separaríamos y eso no me afectaba, de haberle amado habría permitido que me acompañara hasta Gaillac.

Esa noche por ser la última cenamos en familia, todos juntos y conversamos animadamente como grandes amigos.

Alguien mencionó a Madeleine y sentí un escalofrío. Pero la noticia que dieron me provocó un inmenso alivio. Estaba en los periódicos, había sido atrapada la despiadada asesina de su propio esposo y de la baronesa Guillaume, justo en el momento en que esperaba arribar un tren que la llevaría a Paris, lugar donde esperaba esconderse y comenzar una nueva vida, o quizás continuar matando. Esa mujer estaba loca y no sé por qué, pero me impresionaba más ella que Jean Philippe, Jean Philippe tenía cierto encanto, aunque también estuviese trastornado, pero ella, era una verdadera arpía malvada. ¡Qué alivio que hubiera sido atrapada! No me hubiera gustado encontrármela en el futuro.

Los nuevos marqueses de Lasalle insistieron en prestarnos el carruaje que nos llevaría a la estación más cercana de tren. Ellos creían que iría a Paris junto a Lionel, pero tampoco a ellos hablé de cuál sería mi destino. No volvería a verlos, se cerraba una etapa de mi vida gracias a Dios y además no quería que Lionel lo supiera, pues temía que fuera a buscarme.

Gaillac era una incógnita, una esperanza, una promesa, debió ser mi destino desde el principio. Hacia allí nos dirigimos con Marie.

Durante el viaje en carruaje íbamos en silencio, Lionel se veía ofuscado, ofendido y no habló una palabra hasta que llegamos a la estación. Nuestro equipaje era abundante, el suyo era escaso, un par de maletas y aquel retrato que deseaba conservar, ignoraba el motivo. Vaya uno a saber lo que sienten esos pintores.

Saqué los boletos a Gaillac, pero descubrí que me dejaría en la ciudad de Toulouse, desde allí debía tomar una diligencia hasta el viñedo. El tren de Lionel saldría más tarde, así que fuimos a un café a esperar. Estaba tan contenta que hablé más de la cuenta, tal vez por la sidra que Lionel insistió en que bebiéramos. Ignoro si lo hizo a propósito, pero yo estaba tan locuaz que por poco se me escapa que debía esperar la diligencia en Toulouse para que me llevaran a Gaillac.

—¿Y tú que harás, Lionel? ¿Seguirás retratando damas impertinentes?

Él sonrió. —Cuando me convierta en un buen pintor dejaré de soportar a esas niñitas consentidas, pero por el momento debo conformarme con ser el pintor de moda. Me gusta mucho viajar y husmear en los asuntos de mis patrones. Aunque acabo de correr una aventura que jamás olvidaré y que me servirá de lección para no ser tan curioso en el futuro.

—¿Sus padres están en Paris? —insistí.

No me respondió, parecía sumido en sus pensamientos. Marie entró en el café en esos momentos, pues había querido quedarse afuera para cuidar nuestro equipaje y me hizo señas de

que ya había llegado nuestro tren, un poco antes de lo previsto al parecer.

Lionel me acompañó y luego, bueno, imagino que todas las despedidas son un poco tristes. Me había acostumbrado a la compañía alegre de ese joven, pero jamás esperé que antes de despedirnos por última vez me besara apasionadamente. Fue tan sorpresivo que no pude hacer nada.

—Si se aburre en Toulouse vaya a Paris, a Montmartre, allí estaré pintando en la bohema. Cuídese y no se case con ningún marqués ni con nadie que no conozca —dijo luego.

Sentí deseos de abofetearle, pero me contuve, estábamos en un lugar público y mucha gente nos miraba con curiosidad. Así que subí al tren y me tragué la rabia como pude.

Él se quedó en el andén saludando y por insistencia de Marie fui a despedirle.

Luego buscamos nuestros compartimentos. Sentí cierta pena al comienzo, cierta pena de no haberle dicho donde iría... Nunca volvería a verle y una parte de mí añoraba su compañía.

Quizás solo fuera confusión, había vivido una experiencia terrible y temía hacer una tontería que luego tuviera que lamentar.

CAPÍTULO 14

El paisaje alpino y los valles suavizaron esa sensación de incertidumbre que empezaba a apoderarse de mí. Qué me depararía Gaillac era ciertamente un enigma, pero Gaillac era el último puerto de la travesía. Quería reunirme con mi familia y regresar al lugar que había sido mi hogar en mi temprana infancia.

Sin embargo, durante el viaje no hacía más que pensar en los últimos sucesos de Lasalle, en Gerard y en Lionel. Una carta no era suficiente para agradecer al hombre que había salvado mi vida, que me había devuelto la libertad, aunque no lo hubiese hecho por mí sino para vengar la muerte de su esposa.

De la misma manera sentía que no había sido justa con Lionel. Pero él no era más que un muchachito enamorado y caprichoso, un bohemio de vida libre y yo no estaba segura de sus sentimientos hacia mí y por cierto que me negaba a la posibilidad de ser su compañera de aventuras. Sabía que no toleraría la pobreza y ese fantasma me perseguiría siempre, me había acostumbrado demasiado a no padecer necesidades para pensar que podía sobrellevar una existencia modesta. Luego vendrían los niños, no había forma de evitarlos, y yo sería una de esas mujeres pobres con una chorrera de hijos, las mismas que ayudábamos con tía Henriette.

¿Pero a quién le gusta ser pobre, quién acepta esa vida si no es porque realmente no tiene otra alternativa? Tal vez Lionel tuviera razón, prefería ser la baronesa de Guillaume que la amante de un pintor de moda de Montmartre.

Pero seguramente no vería de nuevo ni a Gerard ni a Lionel, así que, ¿por qué torturarme con esos pensamientos?

Debía olvidarles, olvidar Lasalle. Empezaría una nueva vida. La idea me seducía, era todo cuanto necesitaba, un cambio de aires, un cambio de escenario. ¿Cómo me recibirían esos parientes? ¿Y por qué jamás me habían buscado? O tal vez lo hicieron sin éxito.

Me hacía esas preguntas mientras notaba el cambio en el paisaje.

La ciudad de Toulouse era muy diferente a Paris y a todo lo que yo había conocido, era muy antigua y poblada. No tuvimos dificultad en encontrar una diligencia. A la pregunta de que si deseaba avisar a mis familiares en Gaillac respondí negativamente. Deseaba que fuera una sorpresa, buena o mala, pero quería pillarles desprevenidos. Temía ser rechazada o no encontrar a mis hermanos ni a mis tíos. Pudieron mudarse y ni siquiera tenía la dirección, solo sabía que debía llegar a Gaillac y preguntar por los Dumont. Imaginé que serían muy conocidos en la zona teniendo un viñedo.

Llevaba un cargamento importante, así que si no encontraba a los Dumont apenas llegar a Gaillac me las vería en figurillas. Empezaba a lamentar haber llevado todos esos vestidos si no pensaba llamarme ni marquesa ni utilizar el apellido Lasalle. Solo llamaría la atención de los asaltantes de los caminos, esa horrible plaga que solía asolar los valles y bosques en ocasiones. Espeluznantes relatos de lo que hacían a sus víctimas vinieron a mi mente y no tenía siquiera un cuchillo para defenderme.

Marie hablaba con otra dama. El grupo estaba integrado por dos matrimonios con sus

chicuelos, un hombre de unos cincuenta años, solo, de velludos brazos y aspecto tosco, y pocas palabras. Marie se presentó como mi dama de compañía y a mí como la marquesa Lasalle. Le dirigí una mirada de horror, pero ya era tarde. El hombre velludo se interesó en mí y temí que fuera uno de esos malhechores que tanto temía.

Desistí de preguntar a nuestros compañeros de viaje si conocían Gaillac y a la familia Savigny o Dumont. Eran gente humilde y además ninguno de ellos pareció interesado en Gaillac.

El primer traspie de mi aventura ocurrió al llegar al pueblo más próximo a Gaillac, donde hicimos un alto en la posada de aspecto más respetable, llamada “Los patos”. Allí me dijeron que no conocían a nadie con esos nombres.

Y luego de hacer averiguaciones entre los huéspedes más frecuentes uno de ellos dijo: —los Dumont abandonaron Gaillac hace tiempo, se fueron a Paris, eran dos hermanos que recibieron el dinero de la herencia y se fueron a probar suerte a la ciudad. Pero ellos no estaban emparentados con los Savigny. Son gente muy soberbia esos Savigny, hay un conde que lleva el título y que vive recluido en su castillo sin ver más que a unos pocos amigos.

Estaba acostumbrada a la personalidad excéntrica de los nobles, la había visto en París y ni que decir en Lasalle, pero saber aquello me desanimó. No hacía mucho que había conocido mi verdadero apellido y no sabía nada de ellos.

—Los Dumont tenían un viñedo allá por el norte, cerca de un bosque y un lago. Un sitio espléndido, pero uno de ellos lo perdió todo por deudas y ahora pertenece a los Ferrieres, otra de las familias nobles que intenta recuperar sus tierras y propiedades. Se dice que ellos querían Dulac desde siempre y que finalmente han conseguido ser una de las familias de más tierras de la zona.

Poco me interesaban esos Ferrieres, aunque los lugareños los mencionaban con frecuencia todo era confuso y decepcionante para mí. Un solitario y agrio conde era lo único que quedaba de los Savigny. ¿Dónde estaban mis hermanos y tíos?

—Regresemos a Paris, Señorita Chloé. Ya escuchó a esos hombres, los Dumont se han marchado y nadie conoce a esos parientes suyos —dijo Marie.

—No me marcharé sin encontrar a mis hermanos, Marie. No he hecho un largo viaje para nada. Esos Dumont que mencionaron, tal vez sean hermanos de mi padre. Haré una visita a ese Savigny y le preguntaré que sabe de mi familia —le respondí decidida.

Marie, que siempre pensaba en todo dijo: —¿Y os llevaréis todo el equipaje? Señorita Chloé, no sabe cómo la recibirán allí, mejor será quedarnos unos días para investigar un poco más a esa familia.

La posada era un sitio acogedor, aunque algo anticuado, pero, en realidad no deseaba quedarme mucho tiempo allí. Creo que temía haber hecho un largo viaje por nada, me había hecho demasiadas ilusiones y me costaba aceptar una posible derrota. Aunque el consejo de Marie era sensato, escribiría una carta primero. Era breve y directa, formal y a lo último decía: “Le ruego envíe su respuesta a la posada “Los Patos”.

Jamás recibí tal carta y luego de pasado los días decidí actuar. Ya me había cansado de conversar con la posadera y enterarme de vida y milagros de todo el pueblo, de recorrer tiendas y callecitas de tierra, de observar el valle a lo lejos.

Poco antes de que se cumpliera una semana solicité un carruaje que me llevara a Savigny.

El cochero, un hombre viejo y conversador, aseguró conocer la dirección como la palma de su mano. Que podía ir con los ojos vendados hasta las tierras de Savigny..

Entusiasmada me llevé todo mi equipaje y partí rumbo a la aventura. Era un día espléndido,

nada podía salir mal. Claro que si ese orgulloso conde se negaba a recibirme le daría un pequeño sermón de buenos modales que un noble no debía desconocer, por muy nobles que fueran, debían observar las reglas de la hospitalidad y la cortesía.

El paisaje que apareció ante mí me dejó sin habla. Era un sitio espléndido, era un bosque, un valle, un inmenso lago de agua cristalina, un estanque con cisnes y patos que iban y venían a su antojo y un viñedo, el más grande que había visto en mi vida. Y contemplando el paisaje sublime, erguido y soberbio, un castillo antiguo con sus torreones y murallas casi intactas. Como si el tiempo se hubiera apiadado de la construcción, el tiempo y la revolución. Aunque imagino que debió recibir algunas reparaciones.

Desde el principio supe que deseaba quedarme, que aquél era mi hogar pues sentía una extraña familiaridad, como si ya hubiese estado allí hacía mucho tiempo.

Pero no podía saber cómo me recibiría ese familiar huraño, que ni siquiera se había dignado responder mi carta. Aunque fuera su parienta...

El carruaje despertó la curiosidad de los sirvientes, pero el cochero les habló y estos me ayudaron con el equipaje.

Estaba tan animada que pensé que el viejo no sería tan agrio y malvado de echarme de allí, al menos me dejaría quedarme unos días.

El castillo se abrió como en un cuento de hadas, pero por dentro no era tenebroso ni oscuro, como lo fue Lasalle el día que llegué, sino luminoso y moderno, muebles costosos y a la moda que había visto en alguna casa elegante parisina, aunque también había de los antiguos. Al parecer el viejo tenía buen gusto para combinar estilos y para no rodearse de cosas tan anticuadas como él mismo.

Un mayordomo que en nada se parecía a Adan (¿algún día dejaré de comparar todo con Lasalle?) pues era mucho más joven y de cabello oscuro, bigotes y aspecto eficiente, recibió mi tarjeta y mi petición de hablar con mi tío a la brevedad, luego de que fuera informado de mi presencia.

—¿Perdón? Temo que se ha confundido Ud. madame Dumont. Su tío hace tiempo que no vive aquí —dijo el hombre visiblemente contrariado dirigiendo una mirada de lástima al abultado equipaje que me acompañaba.

—¿Ud. quiere decir que murió? Pero en la posada “los patos” nadie me dijo eso, al contrario, el cochero se ofreció a traerme —dije y en ese instante se me fue el alma a los pies.

—Pero hace años que murió, ¿Ud. no lo sabía? —El mayordomo estaba francamente sorprendido y no era ni la mitad de petulante que otros, al contrario, parecía amable y preocupado.

—Espere, tome asiento por favor. Iré a hablar con el conde —dijo y se marchó con paso ligero.

De haber caído en las manos del ama de llaves habría sido expulsada sin piedad, pues era una dama agria y no tenía piedad con nadie (lo que descubrí después), para ella todo debía ser blanco o negro y yo era un completo gris. Una joven tonta que se había extraviado o había inventado esa historia para intentar encontrar empleo allí, o para quedarse allí unos días como “turista” (¡qué horror!). Pero quiso Dios o fue el destino que fuera Pierre quien manejara el asunto con más tacto.

— En ese pueblo nadie sabía nada, ese cochero estaba ebrio, yo lo sospeché, pero no dije nada pues tú estabas empeñada en venir —dijo Marie.

Momentos después, que parecieron eternos apareció el mayordomo diciendo que su señor, el conde Raymond me recibiría en la biblioteca.

De inmediato pensé: “seguramente se trata de algún viejo gruñón y aburrido que desea matar el tiempo charlando con una forastera. O tal vez solo quiera cumplir con lo que exige la cortesía. Decirme formalmente lo que sabe de la muerte de mi tío.”

Marie fue enviada a las cocinas, muy contra su voluntad. No le agradaba que fuera sola a ver a un conde, aunque este fuera viejo y no hubiera ningún peligro al respecto. Temo que ella estaba más impresionada que yo por lo ocurrido en Lasalle.

—Seguramente su dama de compañía está hambrienta y desea descansar —dijo el mayordomo con una sonrisa encantadora.

En esos momentos hubiera deseado cambiar mi lugar con Marie pues también estaba hambrienta y cansada, pero no se podía hacer esperar al conde, así que ella fue a llenar su estómago en mi nombre y en el suyo, y yo subí las escaleras con las piernas flojas y me pregunté por qué para los hombres no existía un lugar que no fuera la biblioteca para tratar los asuntos serios.

Estaba desanimada, no hacía más que pensar que había hecho un viaje en vano y que pronto debería regresar a Los Patos y emprender el regreso a Paris. La aventura de encontrar a mis familiares había sido mucho más corta y frustrante que la primera, aunque la anterior no podía compararla con nada.

La biblioteca era inmensa y perfectamente ordenada y pulcra, así como el escritorio con las sillas donde solían sentarse abogados, futuros yernos o amigos. Sillas masculinas, incómodas y formales. No había nada fuera de lugar, todo estaba perfectamente en orden y seguramente sin pizca de polvo. Vaya trabajo que tendrían las pobres criadas limpiando y ordenando en esa habitación.

Nada me preparó para lo que significó el impacto, pues no existe palabra más apropiada para describirlo, que me provocó encontrar a un hombre joven, alto y guapo del otro lado del escritorio. Temí que todo fuera un cuento de hadas o fruto de una visión y no pude apartar mis ojos de él, aunque fuera una impertinencia o una osadía de parte de una dama. Nunca le había visto en mi vida y sin embargo sentí; cosa extraña, que le conocía de antes, desde siempre.

Era alto, elegantemente vestido, aunque con sencillez, rubio y de ojos color miel, la nariz recta y perfecta, los labios; que, aunque en esos momentos estaban tensos luego se curvaron burlones, eran también bellos. No debía tener más de treinta años, era demasiado joven para ser el conde que habitaba ese castillo. Raymond, el nombre era perfectamente noble y le iba muy bien.

Mientras pensaba todo aquello Pierre realizaba las presentaciones, es decir, me presentaba como la señorita Chloé Dumont Savigny. Mi nombre parecía decirle todo de mí pues de inmediato su mirada cambió como si pensara algo revelador sobre mi persona.

—Bienvenida Srta. Dumont. Por favor siéntese —dijo. Su voz era levemente grave y también ésta me era familiar.

Obedecí pues no estaba segura de poder permanecer mucho tiempo de pie, de pronto me sentía mareada.

—Me han dicho que vino Ud. con la esperanza de ver a su tío —dijo después de que nos miramos largo rato, hasta que aparté la mirada incómoda.

—Me hablaron de que era un viejo gruñón, no que además de eso ya no estaba en este mundo. ¿Cuánto hace que murió? Me extraña que en el pueblo no lo supieran.

Él dirigió su mirada hacia un extremo de la habitación como si hiciera un esfuerzo por recordar algo: —Cinco, seis años, quizás más. Pero ud. no es de aquí... ¿Ningún pariente le avisó?

—No he tenido contacto con mis familiares desde hace tiempo. Fui adoptada por una amiga de

mi madre cuando murieron mis padres y después de morir ella supe que mis hermanos y tíos estaban en Gaillac. No puedo creer que haya hecho el viaje en vano. Discúlpeme, tal vez ud. sepa algo. Mis hermanos vivían con mis tíos, quizás sepa a donde fueron.

Pareció confundido. —¿Ud. es la hija de Alphonse y Sophie? —dijo como si no pudiera creerlo.

—¿Acaso conoció a mis padres o escuchó hablar de ellos? —pregunté sorprendida.

Él asintió en silencio. —En realidad oí la historia, fue hace muchos años. La bella hija de Savigny se casó con el hijo de un importante bodeguero de esta zona, contrariando la voluntad de sus padres. Tuvieron hijos, pero el viejo Savigny jamás perdonó a su hija, aunque dicen que no pudo recobrase de la pérdida de esta. Después que murieron demoró demasiado en reclamar a los niños y... Tres murieron de fiebres, una desapareció y solo rescató al más pequeño. Y cómo era hija única, su nieto es su único heredero...

—¿Está seguro de que los tres murieron? —tenía un hilo de voz, no podía creer que mis hermanos murieran, aunque poco recordara de ellos.

—Eran sus hermanos, lo lamento. Muchos niños mueren en la infancia, si no son fuertes o si el médico no llega a tiempo... El hermano de su padre, Armand Dumont, se hizo cargo de estas tierras y de la vid pues sabía cómo su padre mucho de vinos. Esta tierra pertenecía originalmente a los Savigny, pero el abuelo de su madre lo legó a esta poco después de casarse pues no quería que sufriera privaciones. Todo fue a parar a su tío y luego a mi familia por las deudas de juego de su propietario. Lo lamento mucho. Pero aún le queda su abuelo y ese hermano, viven del otro lado del valle. No tenemos amistad, sino que estamos en litigio por estas tierras. Nunca hemos sido amigos, viejas rivalidades de territorios, cercos y tierras que fueron arrebatadas por ambas partes.

Sus palabras me desconcertaron y estremecieron, empezaba a entender que todo era muy distinto y confuso.

—Pero entonces ¿el tío que murió fue Dumont y no Savigny? Y Ud. es el dueño legítimo de este castillo y las tierras. Disculpe, temo que hubo un gran error, ese cochero realmente debía estar ebrio, yo quería ver a Savigny, nadie me habló de Dumont. Inclusive le escribí una carta desde la posada a ese hombre para que me respondiera si podía visitarle.

—Tal vez quisieron hacerle una broma trayéndole a tierra enemiga. Pero no es tierra enemiga, no soy enemigo suyo en absoluto Srta. Chloé. Puede quedarse cuanto guste, imagino que ha hecho un largo viaje y deseará ver la casa en la que seguramente nació y pasó su primera infancia. Luego podrá ir a ver a sus parientes.

—Le agradezco su hospitalidad, ha sido muy gentil en recibirme. Pero veo que ha habido un lamentable error y no puedo quedarme. Partiré inmediatamente.

Me levanté como si hubiera un resorte en la silla, estaba confundida e indignada. No podía sentir hostilidad hacia ese hombre, no podría nunca considerarle un enemigo, aunque fuera un Ferrieres, el hombre que tenía en su poder mi herencia. Pero también tenía mi orgullo, y acababa de enterarme que esa tierra soñada de cuento había sido mi hogar y ya no lo era, pertenecía a ese conde joven y presuntuoso. ¿Cómo podía quedarme en esas circunstancias?

—Espere. No fue mi deseo disgustarla, pero he querido ser sincero. Ud. ignora muchas cosas de este lugar porque no se crió aquí y he pensado que lo mejor era que supiera la verdad. Estas tierras no son legalmente mías todavía, su abuelo espera expulsarme y mis abogados están peleando porque la posesión sea definitiva. Es un lugar privilegiado que linda con otras propiedades de mi familia, es ideal, es hermosa.

—Lo comprendo perfectamente, a mí me encantaría tener este lugar, aunque solo vi una parte

de él, es realmente magnífico. Pero he viajado mucho para ver a mis hermanos y parientes y quiero estar con ellos, aunque no vivan en un sitio tan espléndido. No deseo causarle molestias.

—En absoluto —dijo poniéndose de pie ya que yo me negaba a sentarme. —Ud. puede serme de mucha ayuda.

Aquellas palabras me desconcertaron. ¿Yo ayudarle, en qué?

—Siéntese por favor, no puedo permitir que se marche todavía, no sería justo para ud. Debe conocer este lugar. Tal vez regrese a su familia y yo sea expulsado, quién sabe.

Me senté por cortesía, en realidad no tenía en mente quedarme un solo día. Si ese lugar ya no pertenecía a mi familia no tenía sentido que permaneciera en él. Pero estaba exhausta y mi corazón ansiaba quedarse por ese sitio magnífico y por ese hombre.

—Además, hay una habitación que seguramente perteneció a su madre, tiene muchos objetos que a ud. podrían interesarle. No he querido deshacerme de esas cosas, pero sinceramente no sé qué hacer con ellas.

Aquellas palabras me hipnotizaron, y por fortuna no derramé lágrimas ante el pensamiento de que mis padres y hermanos, yo misma había vivido allí y que ahora solo quedaba una habitación donde encontraría cosas que me recordarían a mi madre.

—Le pido, si no es mucha molestia para ud. que se lleve todo lo que desee de esa habitación y la ordene. Mis mucamas la ayudarán. Luego podrá marcharse a Gaillac. No le llevará mucho tiempo hacerlo, si es que está dispuesta a encargarse de esa tarea.

Mi silencio creaba suspenso, pero no era adrede, no sabía que decirle, eran demasiadas emociones mezcladas. Finalmente pude articular una frase aceptable y le dije que me quedaría, aunque no estaba muy segura de que realmente debiera hacerlo.

Ese día no vi la habitación, estaba tan exhausta que luego de acomodar mis pertenencias en uno de los cuartos de huéspedes y después de un opíparo almuerzo en ésta, me quedé profundamente dormida.

¿Dónde estaba la condesa Ferrieres? Fue lo que me pregunté a continuación.

Sí, al final había ido a parar a tierra enemiga, justamente con esa familia de la que solo había oído hablar muy al pasar en la posada los patos.

Y mi curiosidad iba en aumento pues el conde parecía vivir solo en aquella propiedad. Pero debía tener hermanos, primos o esposa. ¿Dónde estaban todos? En realidad, no era de mi incumbencia, pero no podía evitar sentir cierta curiosidad.

Lo primero que quise hacer, antes de ver la habitación de mi madre, fue recorrer las tierras de Dulac, descubrí que debía el nombre al espléndido lago de cisnes y patos que había visto al llegar. Y mi anfitrión se ofreció gentilmente a mostrármela al día siguiente, en un paseo a caballo.

Sabía montar gracias a Antoine, pero ya no pensaba en Lasalle, Lasalle era una mancha oscura que deseaba borrar de mi memoria, aunque por ello también debieran correr la misma suerte Gerard y Lionel. Si a Raymond le sorprendió que una Parisina montara tan bien a caballo no lo dijo, y yo tampoco hablé de ello.

Mientras cabalgábamos lo primero que vi fue el hermoso lago que atravesaba gran parte de las tierras y el estanque con sus patos y cisnes. Detuvimos los caballos para beber agua y entonces Raymond observó: —Monta ud. muy bien madeimoselle Chloé. Creí que debería llevarla en berlina a enseñarle el viñedo, pero no fue necesario.

Y como no deseaba mentirle simplemente dije: —No es tan difícil manejar a un caballo.

Luego le vi sonreír. —Su abuelo estaría furioso si la viera aquí conversando amigablemente con su peor enemigo. Los Savigny son gente muy soberbia que jamás olvida un agravio.

Parecía observarme con curiosidad y entonces vio el anillo, maldición, el anillo de bodas que lo llevaba porque me gustaba, pero que era demasiado vistoso para que la gente no lo viera. Imagino que se habrá preguntado como una huérfana podía llevar semejante joya, pero era demasiado educado para interrogarme. Solo iba juntando incógnitas y parecía muy interesado en mí, o tal vez yo deseaba que así fuera. Pero era normal, había una extraña en su casa; de la que nunca había oído hablar y quería saber más cosas de ese huésped inesperado.

Recorrimos el prado, el bosque y yo quise caminar pues no me sentía muy segura en ese terreno para galopar, o tal vez deseaba prolongar cada instante de ese paseo.

—Lamento no poder adornar el paseo con leyendas, historias y anécdotas familiares, pues las desconozco en absoluto. Ud. podría hablarme de Paris, la ciudad luz con la que sueñan los campesinos y artistas. Dígame Ud. Srta., ¿cumple Paris sus promesas? —dijo de pronto.

Demoré en responderle, su pregunta me sorprendió, finalmente dije: —No todas. Hay muchos mendigos y pobres, niños abandonados, mujeres llenas de hijos en los suburbios. Aunque yo guardo un cálido recuerdo de Paris, allí viví con tía Henriette los mejores años de mi infancia. No éramos ricas, pero teníamos una cómoda villa en Saint Germain y ella fue como una madre para mí.

Hablaba demasiado, si no cuidaba mi lengua pronto terminaría contándole de Lasalle, de cómo me casé con un marqués en Paris y luego me vi envuelta en una oscura y terrible intriga de envidia, locura y muerte.

—Y luego de morir su tía decidió buscar a sus tíos y hermanos. Temo que no tiene tíos, su madre era hija única y por parte de padre, sus dos hermanos murieron. Pero tiene un abuelo que vale por dos, su esposa murió poco después de la tragedia de su única hija Sophie.

Nos quedamos en silencio frente al bosque, contemplando el paisaje y luego al llegar a los viñedos habló del proceso del vino y de una variación diferente: el brandy. Había muchos campesinos trabajando y un supervisor. Deduje que por el tamaño de la bodega y de las plantaciones, tendría que haber una producción importante.

—Ahora estamos incursionando en el método champeñoise para hacer champán. ¿Le agrada el champagne? Está muy de moda.

—Prefiero el vino. —fue mi respuesta. En Lasalle había probado la bebida de moda y no me había agradado demasiado. ¿Por qué todos mis recuerdos evocaban Lasalle una y otra vez?

Mientras regresábamos oímos unos caballos a la distancia y a juzgar por el ruido rítmico, debía ser un carruaje con visitas al castillo. Raymond no pareció sorprendido.

—Deben ser mis parientes más jóvenes —dijo.

Eran sus hermanos y primos, tenía dos hermanos: una joven morena de mirada atenta, y un hermano menor también moreno, pero de ojos verdes. Iban acompañados por tres primos que al parecer estaban de paso. Todos se dirigían al pueblo en un regio carruaje y deseaban llevarse a Raymond. Pero mi presencia les desconcertó, quizás pensaron que yo era una amiga de su hermano, “una querida” (en Paris muchos hombres ilustres tenían una, la cual los acompañaba a veladas y reuniones íntimas, pero ninguno cometía el desatino de sorprenderse ni dudaban en decirle: —Sra. es un placer.) que tenía la impertinencia de hacerse visible en la propiedad y era presentada a su familia sin reparos.

Cuando supieron mi nombre quedaron más desconcertados que antes, pero no tuvieron tiempo de hacer preguntas, se fueron sin Raymond a toda prisa al pueblo.

Sin embargo “la condesa Ferrieres” seguía sin dar señales de vida, lo cual me alegró pues pensé que realmente no existía.

CAPÍTULO 15

Esa noche tuve ocasión de probar los vinos de la bodega, un clarete y uno tinto que eran una delicia. Y sin embargo la alegría inicial que me provocaron pronto se convirtió en desazón y angustia, por ese triste pasado y ese incierto porvenir. ¡Si las cosas hubiesen sido diferentes! Si ese lugar fuera mío, si ese hombre no fuera quien era, si nunca hubiese conocido a esos malvados hermanos Lasalle, podrían soñar con conocer el amor con Raymond, pero nada de aquello podía ser. Él era todo cuanto había soñado, no necesitaba hacerme preguntas para saber que estaba enamorada, aunque fuera precipitado y no me atreviera a soñar siquiera con él, no podía evitarlo.

—Madeimoselle Chloé, se la ve algo pensativa esta noche. Una sombra de tristeza oscurece su semblante alegre y jovial. —observó el conde.

Ignoraba como lo había notado a esa distancia, estábamos solos cenando a la luz de las velas en una larga mesa. Era un hombre extraño y solitario, pero en nada se parecía a Antoine, no imaginé ningún secreto censurable y terrible que atormentara su pobre alma, solo que en esos momentos no había visitas y él estaba al mando.

—Solo recuerdos que deseo olvidar —le respondí.

—Pero ud. es muy joven para tener esos recuerdos. Disculpe, no quise decir que no ha sufrido. Quizás no fue muy acertado pedirle que revise las pertenencias de su madre.

—Descuide, no es eso lo que me entristece. Creo que el vino, he bebido demasiado y a veces no me sienta bien. Temo que debo retirarme, estoy algo cansada.

Me alejé del comedor casi huyendo como una cenicienta asustada.

Cuando desperté a la mañana siguiente descubrí que había perdido la sortija ¿o acaso alguien me la había robado? Busqué en la cama y en la habitación sin éxito. Entonces recordé que anoche había bebido demasiado y además había jugado con el anillo que siempre me había quedado un poco flojo en el dedo anular. Tal vez deseaba quitármelo y finalmente lo hice.

Tenía grabada mis iniciales y decía Lasalle. Era suficiente para tener que dar una explicación antes de que pensarán que lo había robado.

Desayuné en mi habitación y luego fui a investigar a la que había pertenecido a mi madre pues era la razón principal de mi estada allí. Cuanto antes clasificara sus pertenencias y me las llevara, sería mejor para mí.

Era un cuarto bonito, con una cama amplia con dosel, un espléndido toilette, un gran ropero, una silla acolchada frente a una mesa con cajones destinada a contestar la correspondencia, preciosas cortinas de voile y una esencia de flores que me sorprendió. Alguien había ventilado aquella habitación y al mirar por la ventana descubrí una enredadera que trepaba hasta allí por el jardín trasero, ese era el aroma que había sentido.

Sin embargo, esa habitación me entristecía y luego de pensar que no podría llevarme todos aquellos vestidos que contenía el ropero y que no tenía ánimo para revisar el contenido de la mesita pequeña con sus cajones, me alejé. Me urgía hablar al conde de ese anillo antes de que un criado lo encontrara y pensara que obtendría una bonita suma con él, sin embargo, algo me impedía hacerlo. Así que llamé a Marie y le conté lo ocurrido, pidiéndole que averiguara si

alguien en el castillo había encontrado la sortija.

—Pero qué descuidada ha sido Señorita Chloé. —Me reprochó y prometió investigar, aunque no tenía demasiadas esperanzas de encontrarlo. —Si alguien lo encontró, seguramente lo haya llevado al pueblo para venderlo, ha de valer una pequeña fortuna. —agregó pensativa.

No vi al conde hasta la tarde y fue entonces cuando él mencionó el asunto del anillo. Le noté distinto o quizás lo imaginé.

—Anoche ud. perdió algo. Quizás no lo haya echado en falta, pero lo vi casualmente. Estaba sobre la alfombra, cerca de su silla —dijo él y me entregó el anillo.

Algo en su mirada hizo que pensara que había leído la inscripción y empezaba a dudar, a sospechar que era una ladrona y que tal vez ni siquiera fuera Chloé Dumont.

—Gracias. —fue cuanto pude decir mientras recibía con un alivio amargo la sortija maldita.

—Es un anillo de bodas, ¿no es así? Y no puede ser suya pues... — dijo él con expresión de reproche y desengaño.

—Porque una huérfana sin fortuna no puede tener un anillo semejante. Pero ud. no sabe nada de mí, ni de mi familia así que no puede hacer tales suposiciones. Sí me pertenece. Antoine Lasalle fue mi esposo y con ese anillo me desposó. Tengo documentos que lo prueban y se los mostraré si así lo desea, para que se quede tranquilo de que no tiene bajo su techo a una ladrona.

—Jamás insinué tal cosa Srta. Dumont y no me debe ud. ninguna explicación. Vino aquí como la Srta. Dumont no como la marquesa Lasalle. Pero si abandonó a su esposo e inventó una historia sobre que es la nieta de Savigny le advierto que tenga cuidado, a mí no me concierne en absoluto, pero su abuelo no le creerá.

—¿Por qué me dice esas cosas? Primero me cree ladrona y luego una farsante. No estoy escapando de mi esposo, soy Chloé Dumont y vine aquí por error. Gracias por encontrar el anillo antes de que algún afortunado criado lo vendiera en el pueblo, nunca se sabe en la vida cuando uno vaya a necesitar de una joya para subsistir.

—Mis criados se lo hubieran devuelto madame le marquesa —dijo ofendido y disgustado por mi insinuación.

En ese momento pensé que solo me quedaba marcharme, estaba furiosa por ese episodio del anillo y asustada de que ese hombre descubriera el horrendo secreto de Lasalle. Pero antes debía ordenar las pertenencias de mi madre. Era una pena no poder llevarme todo.

Me pase el resto del día encerrada en su habitación. No quería volver a ver a Raymond, me había herido de la peor manera, haciéndome sentir que era una bribona cuando no era otra cosa que una desdichada huérfana en busca de su familia.

Claro que mi historia resultaba difícil de creer. ¿Cómo había hecho para pescar a un marqués al punto de convertirme luego en marquesa? En Paris todo puede ocurrir, es la magia de la ciudad del amor...

En realidad, era natural que dudara de mis palabras. Aunque no sentí deseos de explicarle cómo había ocurrido todo ni cual había sido el desenlace. A fin de cuentas, era una Savigny, tenía mi orgullo y acababa de descubrir que odiaba ser llamada Marquesa Lasalle tanto como ser considerada una vulgar ladrona.

Mientras me duraba la furia de haber sido descubierta tan pronto; por una tontería de mi parte, empecé a guardar en una cajita que encontré de madera tallada un montón de chucherías: camafeos, anillos de fantasía (no necesitaba de un joyero experto para distinguir una joya de valor) cadenas de plata, y diversos adornitos: un elefante mediano de jade, un florerito chino, pañuelos bordados, un perfume y una miniatura de mi madre cuando joven. Era en verdad hermosa

y me emocionó verme reflejada en ella, el mismo cabello oscuro espeso y ondeado, los ojos grandes y castaños, las pestañas espesas. Aunque debo decir con justicia que mi madre era mucho más bella, con un mirar sereno y distante y una cierta tristeza como si acaso presintiera su trágico final.

Luego busqué un retrato de mi padre y encontré un cuadro en un armario de un rincón, que seguramente debió estar en algún pequeño comedor pues allí desentonaba por sus proporciones. Era un hombre joven y guapo, moreno de ojos cafés, alto y fornido. El hombre del cual se enamoraría una muchacha soñadora, como mi madre lo había hecho.

Allí estaban mis padres y sabía tan poco de ellos. Y temía que mi abuelo no fuera la persona más indicada para contarme lo que ansiaba saber.

Luego de clasificar objetos decidí investigar los papeles. Me emocionó encontrar una cajita con cartas de amor de mi padre para mi madre. Quise leerlas, pero no pude entender la letra. De pronto me sentí cansada y decepcionada. ¿Qué podía encontrar en aquella habitación? Nada de aquello me pertenecía y no pensaba seguir aumentando mi equipaje.

Pues era muy claro para mí que debía marcharme cuanto antes.

Le pedí a Marie que me ayudara a empacar mis cosas la mañana siguiente.

Ella estaba encantada en Dulac, había hecho amistad con todos los criados en poco tiempo y no dejaba de decir: —Este lugar me recuerda mucho a una casa en la cual trabajé hace años. Es perfecto. Nada de gritos en el medio de la noche, de pérfidos marqueses. Todo es muy normal y saludable. Y ni que hablar de lo bien que nos dan de comer en las cocinas, tú te reirás o creerás que exagero, pero para los sirvientes ser bien alimentados es fundamental. ¿Sabes que en las cocinas todos murmuran que tú le agradas al conde? Vamos Srta. Chloé, no ponga esa cara de desentendida, ya he notado como la mira él y como se sonroja Ud. cuando eso ocurre. Pero esta vez tiene mi bendición, es un joven de excelente familia y además... No está casado, aunque dicen que hubo muchas que lo intentaron ninguna lo consiguió. Eso prueba la ineficacia de las madres casamenteras con sus tontos métodos para atrapar al soltero codiciado de la temporada. ¿Es una buena noticia verdad?

—Eso no cuenta Marie. Acaba de enterarse de que fui la marquesa Lasalle. Y si te pido ayuda para guardar mis vestidos no es porque piense mudarme a su habitación sino porque voy a marcharme.

Marie no salía de su asombro. Ya había inventado una historia de amor y lo peor era que yo también lo había hecho. Me había ilusionado y mi partida de Dulac era como una derrota antes de tiempo. Claro que no había esperado casarme con el príncipe del cuento, eso hubiera sido demasiado, pero... No quería marcharme de esa forma, con él pensando que era una embustera y una mujer que había abandonado a su esposo. Sé que tenía derecho a sentirse defraudado, pero no deseaba explicarle las razones que me llevaron a presentarme allí como la Srta. Dumont y no como la Marquesa Lasalle.

Si pudiera explicarle...

—Madame, debe hablar con el conde, él ha sido muy amable con Ud. y conmigo. Es un hombre bondadoso, hay que ver lo que comen esos criados, le aseguro que en Lasalle no eran tan generosos a la hora de alimentar a la servidumbre. Además de su buena hospitalidad, y de permitirle que viera las pertenencias de su madre y se llevara cuanto deseara, Ud. no puede pasar por alto todo eso, Srta. Chloé.

Explíquele que fue una tragedia y que por eso lo ocultó. Yo me niego a creer que el conde haya pensado un solo instante que ud. hubiera robado la joya. No es uno de esos nobles necios y

malvados, debió quedar sorprendido y quizás si las habladurías son ciertas: un poquitín celoso, porque cree que tiene un marido que la espera.

—Tonterías Marie, me niego a considerar esa última hipótesis —le respondí decidida.

No vi a Raymond a la hora del almuerzo pues había salido a ver sus otras propiedades. Pensé en irme sin hablar con él y sin siquiera verle, pero luego cambié de parecer. Él había sido amable y hospitalario, no merecía que me fugara como una zorra, confirmando así sus peores sospechas de mí.

Tenía mis maletas prontas y la cajita con los adornos (decidí llevarme también las cartas) y fantasías de mi madre. Solo faltaba Ferrieres y para matar el tiempo, decidí ir a dar un paseo al estanque. Era un lugar especial, casi mágico, con sus cisnes blancos deslizándose por el agua cristalina y unos patos y gansos caminando por allí muy erguidos como si el lugar les perteneciera y cualquier persona fuera intrusa.

No lejos de allí estaba la granja con gallinas y cerdos. Nada faltaba en Dulac, aunque la actividad principal seguía siendo el vino.

Mientras observaba el estanque pensaba cuánto deseaba quedarme allí para siempre, pertenecía a ese lugar porque lo había amado desde el principio, como a Raymond. Pero quizás el no sintiera lo mismo o se sintiera defraudado, no podía culparlo.

—Madame Chloé, se ve Ud. espléndida fundida en el paisaje, me recuerda a un cuento de mi infancia: la bella doncella del lago —dijo una voz que reconocí al instante.

Me tomó por sorpresa encontrar a Raymond observándome mientras ataba su caballo en un árbol no muy lejos de allí. Sonreía amistoso, pero no estaba muy segura de cuáles eran sus sentimientos hacia mí después de nuestra conversación de la otra mañana.

—Debo marcharme. Quería esperar a despedirme de Ud. Ha sido muy amable conmigo y quiero agradecerle. —dije mirando como un cisne se deslizaba por el borde de la orilla.

—Pero Ud. no puede irse ahora, Madame Chloé. —protestó él.

Yo le miré sorprendida esperando oír de sus labios una razón convincente para que me quedara.

—¿Acaso ha ordenado las pertenencias del cuarto de su madre? —dijo entonces.

—Sí. Pero temo que no podré llevarme los vestidos y sombreros, deberá donarlo a alguna institución de beneficencia o acaso algún pariente pobre de la familia —le respondí.

Él se sentó a mi lado sin mirarme. De pronto arrojó una piedra al estanque y por poco casi le da al pato que había decidido darse un baño a último momento.

—¿Regresará Ud. junto a su esposo? —dijo como si ladrara esas palabras.

—Mi esposo murió. ¿Acaso no lee Ud. los diarios? Fue un caso muy comentado y escandaloso en su momento. Escuché, no hui de mi esposo, él murió en circunstancias trágicas y como no logré darle un heredero, bueno, un tío suyo heredó Lasalle. Pero, aunque hubiera heredado la propiedad jamás me hubiera quedado.

Y lo oculté porque no deseo hablar de ello, todo forma parte de un pasado que deseo olvidar. Me casé con ese marqués por consejo de mi tía, ella iba a morir y quería verme establecida, con una familia y un esposo que cuidara de mí.

Sin darme cuenta comencé a hablarle de Antoine y de Lasalle, pero no incluí a Jean Philippe, no era el momento. Todavía tenía la esperanza de que creyera que al enviudar había decidido buscar a mis familiares, que la historia era de cierta forma normal y predecible...

Ignoro lo que pensó, solo dijo: —No tengo derecho a exigirle explicaciones sobre su matrimonio, ni debe dárme las. Le ruego me disculpe, temo que me malinterpretó, jamás pensé que

fuera Ud. una vulgar ladrona, solo estaba sorprendido por el anillo porque Ud. no dijo que era casada. Eso fue todo. Pero no se marche todavía, quédese un poco más.

Su voz era casi suplicante y su mirada, no pude resistir su pedido. Me quedaría unos días, aunque cada vez fuera más difícil pensar que debería abandonar Dulac.

CAPÍTULO 16

Pero debía marcharme y aún no me hacía a la idea. Ignoraba cómo me recibiría mi abuelo después de saber que había pasado unos días en compañía de su enemigo.

Además, sus parientes me miraban con desconfianza. Un día desperté con el bullicio que provocaban muchas voces desde el jardín. El castillo recibía visitas y durante casi una semana debí soportar las preguntas de la celosa hermana del conde y verme separada de éste pues sus amistades y hermanos exigían una atención constante.

Todos estaban fascinados con la propiedad y sus alrededores.

Y fue durante una de esas reuniones nocturnas que conocí a la que seguramente sería la futura condesa Ferrieres. Eso fue lo que me dijo su hermana, sin ocultar cierta malicia en sus ojos.

Era la hija de un barón y tenía todo el porte de una dama noble: alta, soberbia, pero no demasiado bonita. Su cabello era pelirrojo y sus ojos muy oscuros y no pasé desapercibida para ella y temo que no le agradó encontrarme en Dulac.

Hubiera deseado evitar los incidentes que ocurrieron a continuación, pero Raymond insistió en que participara de las reuniones. ¿Pues por qué debía ocultarme?

De haber podido conversar a solas con él algunos minutos, le habría dicho que prefería permanecer recluida antes que soportar los desplantes y ser sometida al examen de todos, especialmente su hermana.

—Ella es la prometida de mi hermano, Euphemie D'Alecons. ¿No es bonita? —dijo en esa oportunidad observándome con interés.

Su hermana Therese sí que era perspicaz, y además no disimulaba su aversión hacia mí. En varias ocasiones intentó sin éxito; pues Raymond se lo impidió, dejarme fuera y deliberadamente me excluía de las diversiones.

Pero Raymond me acogió bajo su ala como si fuera un pichón indefenso rodeado de buitres e insistió en que participara de cacerías, fiestas, y búsquedas de tesoro. Esto desagradó mucho a Euphemie y a Therese ni que decir, echaba chispas por los ojos.

Me costaba creer que Raymond pensara casarse con esa joven pelirroja, pues apenas si le dirigía una palabra. Imagino que debían estarle buscando esposa con mucho afán pues poco después desistieron de la pobre Euphemie y apareció una joven realmente hermosa, hermana de un amigo suyo en escena, llamada Silvie.

Llegó un soleado día de primavera armando mucho alboroto con su gran carruaje y sus muchos sirvientes. Esta vez Raymond sí reparó en ella, aunque todos lo hicimos.

Era una de esas jóvenes encantadoras y hermosas que agradan a todo el mundo y que sobresalen vayan donde vayan. Los hombres podían perdonar cualquier tontería que dijera pues era tan bella y perfecta. Perfecta fue la palabra que la definió divinamente: perfecto rostro, perfecto cabello dorado, perfecto talle, altura intermedia, modales perfectos, risa perfecta y conversación no tan tonta como uno esperaría de una beldad.

Lo peor fue descubrir que además de todas sus cualidades era inteligente y bondadosa. No tenía esa frialdad demoníaca de Madeleine (Dios nos guarde) y en ningún momento me interrogó ni se mostró hostil conmigo al enterarse de que era la huésped más antigua de Raymond.

Y fue Therese quien arruinó todo diciendo: —Mi hermano siempre estuvo enamorado de Silvie y los he visto conversar.

Comprobé que lo que decía ella era cierto, Raymond conversaba, paseaba y estaba mucho a solas con esa joven y desde entonces no fue perfecta para mí: fue una enemiga peligrosa pues estaba convencida de que ella sí podía llegar a convertir a Raymond en un hombre casado como tanto querían sus hermanos.

Fueron días terribles para mí, el pensamiento de que el hombre que amaba se casaría con otra me carcomía las entrañas. Claro que me culpaba: ¿cómo me había atrevido a soñar con Raymond? Si él jamás había demostrado el más mínimo indicio de que estuviese interesado en mí. No al extremo de pensar en mí como su futura esposa.

Había sido una ilusión, aunque supiera que no iba a olvidarle nunca, debía marcharme antes de que declarara frente a todos que iba a prometerse a la hermosa Silvie.

Todas esas damas, hasta la más insignificante me llevaban ventaja pues eran nobles, yo solo tenía un parentesco con los Savigny y yo sabía bien que los nobles se casaban entre ellos. Antoine Lasalle había sido la excepción, pero tampoco contaba pues me había desposado porque no estaba en su sano juicio.

—Mi querida Chloé, se ve muy desanimada esta noche. Pero mire, hay un caballero que desea conocerla. Acompañeme por favor —dijo Therese.

Algo tramaba y casi podía adivinarlo: quería sacarme del camino, ofrecerme un premio consuelo ya que jamás tendría a su hermano.

Lo que jamás esperé fue encontrar a Gerard Guillaume entre los presentes de esa noche. No le había visto hasta ese momento o le habría reconocido.

Mientras Therese hacía las presentaciones él sonreía fingiendo no conocerme, luego me invitó a bailar. Fue todo muy perturbador para mí.

—¿Pero, ¿qué hace ud. aquí? —dije sorprendida mientras bailábamos.

—En realidad yo debería preguntarle lo mismo. Ignoraba que pensara venir a Dulac, la hacía en Paris, madame Chloé. Pero recibí una carta de mi amigo el conde Ferrieres preguntando sobre una joven que decía ser la marquesa Lasalle y adiviné que estaba aquí. Vine de inmediato.

—¿Raymond le escribió? Pero eso es absurdo, yo le conté la verdad. Además, vine aquí por error, quería buscar a mis hermanos en Gaillac y un cochero me trajo a esta heredad que por otra parte perteneció a mis padres en otros tiempos.

Le conté la verdad sintiéndome engañada por Raymond. Debí suponer que esos nobles que no eran tan numerosos como antes se conocían todos, pues el antiguo exilio les había unido. ¿Pero por qué desconfió de mí preguntándole a Gerard si me conocía?

—¿Cómo está Ud. Gerard? —le pregunté a continuación.

Se apresuró demasiado a decirme que estaba bien. Aunque parecía recuperado de su tragedia algo en su mirada me decía no era así. Entonces le dije mirándole a los ojos:

—He querido dejar Lasalle atrás pero el pasado insiste en perseguirme. No lo digo por Ud., quería verle para agradecerle todo lo que hizo por mí y para decirle que realmente lamento lo que ocurrió a su esposa.

Su mirada parecía torturada cuando tardó en responderme: —No debe culparse de ello, yo fui el único culpable, debí prever lo que pasaría. Jean Philippe y esa dama estaban locos, querían matarla y si hubiera sido necesario nos hubieran matado a todos. A Lionel era seguro y yo correría la misma suerte porque sabía demasiado. Para ellos matar no significa nada, una persona normal no podría siquiera dormir pensando que ha matado quizás por accidente mientras ellos matan y

siguen matando porque temen ser delatados. Pero no se atormente, Ud. debe empezar una nueva vida. Raymond ha encontrado una buena excusa para que se quede. No es un mal hombre, muy por el contrario, doy fe de su integridad —dijo de pronto observándome con fijeza a lo que me obligó a sonrojarme.

Creo que adivinó lo que ocurría entre nosotros y por ello, muy gentilmente se apartó cuando Raymond se acercó.

—¿Entonces ya se conocen? —dijo él por decir algo, mientras yo le dirigía una mirada fiera.

Era tan difícil para mí disimular cuando Raymond estaba cerca.

—Por supuesto, el barón Guillaume salvó mi vida —declaré desafiante.

Raymond nos miraba a ambos como si fuéramos conspiradores y tan rápido como había llegado a nosotros se esfumó, demasiado molesto para hablar.

—¿Le contó a Raymond todo lo ocurrido en Lasalle? —le pregunté a Gerard.

Él negó con un gesto, luego dijo con una media sonrisa: —Pero temo que haya malinterpretado sus palabras. Nunca existió nada entre nosotros Srta. Chloé, al menos no de su parte y Raymond está celoso. Lo ha conseguido, pero no es buena idea dar celos a un hombre, los celos son algo destructivo.

—En ningún momento pensé en darle celos a Ferrieres, es Ud. quien se equivoca. No existe absolutamente nada entre nosotros, me temo que ni siquiera una amistad. Pronto me iré junto a los Savigny, mi verdadera familia y no volveré jamás a este lugar.

Estaba furiosa y herida, enojada con Guillaume y con Raymond por diferentes motivos. Pero disculpaba al primero, no podía dejar de pensar que su esposa había muerto por mi culpa y que le debía mi vida. Estaba en deuda con él y siempre le estaría agradecida.

Y como si él adivinara mis pensamientos de pronto dijo cuando recorriamos los jardines: — Ud. no me debe nada, deje de pensar que me debe la vida y debe encontrar la forma de pagarlo. Mire, todo fue una suerte del destino, tómelo de esa forma. Fui muy descuidado con mi esposa, aunque como imaginará no la amaba para sufrir tanto su pérdida y es mejor así. Sufro porque no merecía lo que le ocurrió a ella y al hijo que iba a darme. Pero tampoco puedo vivir torturándome como he hecho estos últimos meses, así que olvide esa idea de que me debe la libertad de la que hoy disfruta.

Sus palabras me hicieron llorar. Estaba confundida, él era en verdad un caballero, jamás se aprovecharía de esa deuda ni me la reclamaría jamás. Pero supongo que estaba triste porque pensaba que pronto debería marcharme de ese lugar y nunca regresaría. Raymond se casaría con Silvie. Debía sacarme de la cabeza a ese hombre, era solo un capricho, yo nunca había estado enamorada y me había deslumbrado como una chiquilla. Confíaba en que la distancia pusiera fin a esa fantasía.

Pero no era tan sencillo dominarme, pensar: no puede ser, olvídate de Raymond, nunca será tuyo. Pues cada vez que le veía con Silvie o con cualquier otra dama, cada vez que le veía ignorarme, o tratarme con fría cortesía, todo eso me deprimía y desesperaba. Hubiera sido sencillo marcharme, poner fin a ese suplicio, pero algo me impulsaba a quedarme. Tal vez mi espíritu masoquista, porque prefería verle y estar cerca suyo, aunque me hiciera sufrir o tal vez porque eso era estar enamorada.

Lo que finalmente me indignó fue descubrir que Silvie era más que una vieja amiga como todos decían. No era tan inocente para no darme cuenta que compartían algo más que una amistad.

Una noche en la cual no podía conciliar el sueño decidí ir a dar un paseo al jardín, y antes de abandonar el Chateau y mientras atravesaba el corredor del segundo piso vi a la perfecta dama

salir del cuarto de Raymond con el vestido desarreglado y el cabello revuelto. Me escondí para no ser vista, aunque no tuve dudas de lo que había pasado entre ellos. Si ese hombre me hubiera hecho eso o tan solo me lo hubiera insinuado no habría vuelto a dirigirle la palabra. Además, me habría marchado inmediatamente.

Sin embargo, saber que eran amantes me alegró porque tuve la certeza de que Raymond no iba a casarse con ella. Un hombre jamás toma por esposa a una mujer que se le entrega tan fácilmente. ¿Qué dirían sus amistades y parientes, la temible Therese? ¿Sabría ella que eran amantes?

Mientras daba un paseo por el jardín y contemplaba el cielo estrellado le daba vueltas al asunto. Debía juntar fuerzas e irme, dejarle solo con sus alegres amistades. ¿Por qué demoraba mi partida? Ya no tenía excusas para quedarme, había ordenado las pertenencias de mi madre y colocado en un gran baúl todo lo que pensaba llevarme. Y sin embargo me había pedido que me quedara unos días más. ¿No lo lamentaría toda mi vida si me iba de allí sin conocer sus sentimientos o que él supiera de los míos? Jamás declararí mi amor a un hombre, no se estilaba ni estaba preparada para ello, pero ¿quién nos prepara para qué en esta vida? ¿Y acaso era mejor escapar?

El aire nocturno es muy benéfico, parece aclarar las ideas. Y esa noche fresca me hizo pensar que todo era mucho menos grave y difícil de lo que creía. Una vez más esperarí...

Sin embargo, descubrí que no dependía de mi paciencia, o de que esperara la oportunidad que nunca llegaba. Algunas cosas cambiaron con la llegada de gente al castillo, rara vez nos veíamos a solas, esa entrometida de Therese insistía en seguirle como un perrito, cuando no era ella, era Silvie. ¿Qué esperanzas tenía? Su hermana no hacía otra cosa que decir que su hermano era orgulloso y como conde Ferrieres solo podía desposar a una dama de su clase y condición. Para ella yo era tan insignificante como molesta, pero su actitud siempre alerta me hizo pensar que tal vez yo fuera peligrosa para sus planes. Eso me alegró de cierta forma. Parecía ansiosa de que me marchara y antes que eso, que comprendiera que no podía abrigar esperanza alguna con respecto a su hermano. Y por ello insistía también en arrojarme a los brazos de Gerard.

En cierta ocasión vi a éste hablando con Raymond en el jardín y a juzgar por las expresiones de sus rostros debía ser algo serio. ¿Acaso sobre Lasalle? ¿Es que nunca dejaría de atormentarme ese fantasma?

Parecía que había transcurrido una eternidad y sin embargo un buen día el castillo volvió a quedar vacío, al tiempo que Raymond reñía con su hermana y se desembarazaba de esta, lo que fue un alivio para todos, especialmente para mí pues últimamente se había dedicado a perseguirme con sus sabios consejos, advertencias, y nefastos vaticinios.

—Ud. debe marcharse de inmediato. Mi hermano es muy imprudente e irresponsable. ¿Qué dirá su abuelo cuando se entere de que está aquí? ¿Acaso lo ha pensado? Aún me extraña que la joven a quien creyeron perdida haya aparecido... No la estoy acusando de ser farsante o impostora, pero le advierto que será difícil para Ud. vivir en Savigny. Son gente mala ¿sabe? Y codiciosa. No querrán compartir su herencia con Ud. y el viejo, bueno, dicen que no le queda mucho tiempo...

Sus consejos vinieron a mi mente, fue su último aguijón antes de que su hermano casi la echara por entrometerse e intentar manejarle como a un títere.

—Agradezco su preocupación Therese, pero tenga la certeza de que me iré muy pronto de este lugar y no volveré a molestar, puede quedarse tranquila —le respondí.

Tuve la esperanza de que me dejara en paz, pero conociéndola, supe que se proponía algo más que aconsejarme.

De pronto me miró y como estábamos solas en el estanque, un lugar demasiado precioso para que alguien como ella pudiera arruinarlo, dijo con expresión maligna:

—Ud. no puede engañarme, sé que existe algo entre mi hermano y Ud. y que luego que conozca a ese viejo cascarrabias querrá regresar. Pero nosotros jamás consentiremos una extravagancia semejante. Mi hermano debe casarse con una dama de su clase y linaje, todos lo hemos hecho para honrar a nuestra familia y conservar nuestra estirpe.

¿Esperaba provocarme? ¿Qué se proponía? De pronto comprendí que detrás de su hostilidad estaba sencillamente desesperada.

—Srta. Ferrieres, temo que no soy ni amiga ni parienta suya para que se tome la libertad de darme semejantes consejos. Ud. ha sido hostil conmigo desde el comienzo por unos celos descontrolados y porque no soy noble ni rica. ¿Tratan siempre igual a los menos favorecidos por la fortuna? En el pueblo se dicen que son soberbios e implacables, además de orgullosos y presuntuosos, todo eso se aplica muy bien a Ud. Me gustaría verla profundamente enamorada de un don nadie y que recibiera los mismos consejos que Ud. me está dando ahora. Quisiera saber qué haría Ud. en esa situación.

Pero yo tengo mi orgullo y soy una Savigny, y como tal puedo casarme con quien yo quiera. Un Savigny está muy por encima de los Ferrieres —declaré y fue como si realmente lo creyera, como si ese abuelo orgulloso me dijera lo que decir ante tal insulto.

—Pues déjeme decirle que se viste demasiado bien y tiene joyas que ni yo poseo todavía para ser una simple huérfana criada en París por una tía. Ud. es muy astuto y no solo está detrás la herencia Savigny sino también de los Ferrieres, pero jamás lo permitiré. Y aunque mi hermano sea tonto no lo es al extremo de casarse con una desconocida, una joven que dice ser Chloé Dumont, pero nadie sabe con certeza si lo es o no. Además, no recibirá gran cosa del viejo, él ya tiene su heredero, un sobrino nieto suyo pues al parecer su nieto es un ebrio irresponsable como lo fue su tío Armand.

En esos momentos sentí deseos de abofetearla, pero no podía hacerlo, sabía que no lo haría, pero la rabia me carcomía. Estaba insultando a mi hermano. Esa mujer me estaba haciendo la guerra por algo totalmente ridículo: por una sospecha, porque creía que su hermano estaba seriamente interesado en mí. Me hubiera encantado confirmarle tal cosa, pero yo sabía que no era verdad.

Sin embargo, luego de aquella conversación tuvo una fuerte discusión con su hermano en la biblioteca.

—Ella le dijo tonto y por qué no se casaba con Silvie. Y él le dijo que Silvie era solo su amiga. “Es tu amante”, le acusó Therese sin ningún tacto a lo que su hermano respondió: —Eso no te incumbe. Creo que has llegado demasiado lejos Thérèse. Deberías ocuparte de buscar esposo antes de que te conviertas en una insostenible solterona amargada.

—No puedes involucrarte con esa joven, nadie está seguro de que sea quien dice ser y aunque lo fuera, su abuelo jamás lo consentiría, ni nosotros. Son nuestros enemigos y ¿qué broma es esta de traer a la hija del enemigo para que se quede como tu huésped? Debiste expulsarla. ¿Sabes lo que creo? Que la envió su abuelo para que consiga el bendito testamento. ¿Y tú le has permitido husmear en el cuarto de los Dumont? Eres un estúpido Raymond.

Marie me contó lo que supo de la discusión por algún criado que casualmente estaba cerca de allí y agregó que él me había defendido a muerte y había dicho a su hermana que se marchara, que no la soportaba un solo minuto más.

Lo bueno de esa discusión fue que Thérèse se marchó ese mismo día y para todos fue un

alivio. Y además cenamos a solas con Raymond como los primeros días. Sentía que habían pasado meses y solo había transcurrido tres semanas desde el día de mi llegada.

Gerard se había marchado deseándome lo mejor y había una paz en el Chateau sin toda esa gente haciendo ruido.

—Temo que ya no tengo excusas para quedarme. Debo ir a Savigny y conocer a ese ogro del que todos dicen es mi abuelo. Prometo escribirle, aunque no estoy segura de que lleguen mis cartas —dije para romper el silencio.

Él me miró sorprendido y luego sonrió —de eso último no tenga dudas. Pero quisiera advertirle, no puedo evitar que vaya a conocer a su familia, aunque temo que se llevará una desilusión. No espere encontrar un abuelo cariñoso sino desconfiado. Tal vez no crea que es Ud. quien dice ser —dijo.

—Lo imaginaba, pero allí está mi hermano y no se imagina todo lo que he deseado toda mi vida tener un hogar, un lugar al que pueda llamarlo así y una familia.

—Desearía que se quedara, pero no puedo retenerla más tiempo. No mencione que estuvo aquí, su abuelo no tiene manera de enterarse, aunque sospecho que tiene sus buenos informantes... Pero hay ciertas cosas que debe saber porque sé que ese hombre le hablará pestes de mi familia. Siempre hemos sido rivales, pero yo no estafé a su tío como todos dicen. Hubo un tiempo en que Armand cuidó estas tierras y la bodega, pero luego... Era un jugador empedernido además de un mal hombre. Dulac iba a arruinarse en poco tiempo con sus deudas. Esta propiedad pasó a sus manos por accidente y no le preocupaba mucho lo que ocurriera con ella, lo único que quería era tener dinero para sus apuestas y abundante vino. Él acudió a mi padre muchas veces pidiéndole dinero por adelantado pues nosotros comprábamos gran parte de los vinos, pero luego empezó a endeudarse al punto que iba a perderlo todo. Y no éramos nosotros sus principales acreedores, lo fuimos al momento de pagar sus deudas una vez.

Al momento de morir nos debía mucho más de lo que podían pagar sus hijos, así que ofrecimos comprarles la propiedad a sus hijos, que por otra parte querían ir a Paris, detestaban el trabajo rudo y no les interesaba la vid. Mi padre murió al año siguiente y yo me convertí en el conde Ferrieres y tomé posesión de estas tierras.

—Pero esta heredad fue regalo de mi madre, ¿cómo fue a parar a manos de ese hombre?

—Lo ignoro, tal vez hizo trampa —me respondió. —Pero nada tuvimos que ver en ello. Armand era un mal hombre y en sus manos esta propiedad se hubiera arruinado. Pero aún no me pertenece, aunque he querido volver a comprársela a su familia, temo que jamás se conformarán con haberla perdido.

—Yo tampoco me conformaría, pero no deseo ser su enemiga por ello. Imagino que fueron favorecidos por las circunstancias adversas de mi familia. Mi tío se quedó con todo cuando no tenía derecho a ello y ... Yo no vine aquí a reclamar una herencia, tenía la ilusión de poder quedarme junto a mi familia y comenzar una nueva vida.

—Ud. debió sufrir mucho en Lasalle —dijo de pronto y en su mirada vi compasión.

—Entonces ya conoce toda la historia. No necesito decirle cuanto sufrí viviendo con un asesino. Pero lo peor de esa pesadilla no fue lo que ocurrió, sino que todo el mundo insiste en recordármela.

El conde se movió incómodo en su asiento. —Perdóneme, por favor. Quiero saber todo de Ud. —dijo.

Sus palabras me conmovieron. —¿Qué es lo que desea saber de Lasalle? Pregúntelo ahora porque no volveré a hablar de ello —le dije mirándole a los ojos y luego bebí un sorbo de vino

para darme coraje.

Raymond me miró y luego tomó su copa de cristal cincelada y bebió, tal vez por razones idénticas a las mías.

—¿Ud. amaba al marqués Lasalle, su esposo? ¿O fue del barón Guillaume de quién se enamoró?

Era una pregunta muy personal y casi sonaba una impertinencia, pero prefería que fuera sincero. Dijo que yo le importaba, que deseaba saber todo de mi persona y esa pregunta solo podría hacerla un hombre que estaba seriamente interesado en una mujer, pero... No estaba muy segura, era solo un presentimiento.

—No me casé con él por ese motivo. Él siempre me pareció un poco extraño, misterioso, reservado. Y Gerard fue un buen amigo. Si quiere saberlo, nunca he estado enamorada en mi vida, aunque sea extraño que una dama confiese semejante cosa. En realidad, soy muy joven.

Pero ya que me ha preguntado. ¿Puedo preguntarle por qué Ud. no se ha casado todavía?

Mi pregunta lo hizo sonreír. —Porque no he sentido deseos de hacerlo, porque no he encontrado la mujer apropiada. Mis padres sí, pero yo me negué. He visto muchos matrimonios desdichados para que me atreva a dar ese paso sin pensarlo seriamente.

—Claro, es Ud. muy exigente. Algunas personas no tienen la fortuna de poder elegir, es algo que deben hacer y nada más.

—¿No cree que sería bueno que todos pudiéramos escoger siguiendo nuestro buen sentido y no de acuerdo a estrictas reglas de clase y posición?

—Por supuesto que sí, pero vivimos en un mundo injusto. Yo misma me vi forzada a escoger entre casarme con Lasalle o vivir en la mendicidad. Los parientes de mi tía dijeron que el testamento no era válido y seguramente se quedaron con todo. Ella era amiga de mi madre, aunque para mí fue mi tía y fue toda la familia que tuve, pero legalmente esas situaciones no se contemplan. Mi madre desafió a su familia casándose con el hombre que amaba e imagino que no fue fácil al principio. La admiro, ignoro qué hubiera hecho yo en su lugar, mi ejemplo no es muy bueno. Debí dejar de lado lo que deseaba mi corazón.

—¿Y si volviera a casarse? ¿Lo haría por conveniencia?

Le miré furibunda. —Ud. me malinterpreta, no he dicho que prefiera la conveniencia, solo he señalado una realidad, que no todas las personas tienen la fortuna de elegir con quien casarse. Claro que si volviera a casarme solo lo haría

por amor y porque realmente lo deseara no porque las circunstancias me apremiaran.

—Entonces estamos de acuerdo —declaró triunfal. Y de pronto tomó mi mano y la besó.

Toda mi piel se erizó ante ese beso y sin embargo como una tonta, aparté mi mano y escapé. ¿Por qué hice eso? Iba a lamentarlo toda mi vida, debí quedarme y esperar una declaración de amor. Él sentía algo por mí, ¿o acaso quería una reemplazante de Silvie en su lecho? ¿Qué importaba? A nadie debía explicaciones. Pero yo no era de esas mujeres que se conforman con tan poco o quizás con lo mejor del amor. No podía hacer eso, quería ser la esposa de ese hombre no su pasatiempo. Lo mismo había ocurrido con Gerard, jamás me propuso matrimonio, aunque yo le gustaba y después de todo lo que hizo por mí creo que me amaba y, sin embargo, no pensaba en mí como su esposa. Su esposa era esa niña celosa insoportable, pero de abundante fortuna y linaje. Odiaba pensar que Raymond pensara de la misma forma. Aunque tal vez era injusta con Gerard, el no volvió a acercarse a mí porque no quería que pensara que quería cobrarme una deuda, Gerard era el único caballero que había conocido.

Me encerré en mi cuarto y momentos después alguien golpeó mi puerta. Imaginé que sería

Marie ansiosa de enterarse de lo que había ocurrido en el comedor y le abrió.

Grande fue mi sorpresa cuando encontré al conde Ferrieres frente al umbral mirándome muy serio, como si estuviese ofendido. Pero aquél no era el lugar adecuado para exigirme una explicación a mi conducta. Antes de que pudiera decirselo él entró.

—¿Qué hace? ¿Acaso se volvió loco? ¿Cómo se atreve a entrar a mi habitación? Todo el castillo lo sabrá mañana y pensarán lo peor de mí. No pienso permitirlo —declaré nerviosa y asustada al verle avanzar.

Entonces se detuvo y cerró la puerta tras sí. —Entonces dígame ¿por qué huyó, por qué me teme ud. como si fuera el mismo diablo?

—Me tomó por sorpresa ese gesto suyo, además estaba cansada. Por favor márchese, no me comprometa. —le respondí retrocediendo.

Él se acercó demasiado desafiando toda prudencia, era tan alto, tan guapo. ¿Cómo haría para rechazarle si esa noche intentaba convertirme en su amante? Ya no era una tímida jovencita inexperta defendiendo su virtud, sabía algo de esos asuntos, gracias al pérfido Jean Philippe y no a mi difunto esposo por desgracia. Sabía estremecerme y perder el control. Pero no quería hacerlo, debía controlarme, amaba a Raymond y él debía respetarme y saber que lo nuestro era distinto, que...

Era todo cuanto deseaba, que me tomara entre sus brazos y me besara, pero faltaba algo más. Lo principal, que dijera que me amaba y que iba a casarse conmigo.

—No. Suélteme por favor. ¿Qué está haciendo? ¿Va a echar por la borda toda su caballerosidad? Jamás seré su amante. Por favor, márchese o gritaré.

De alguna forma tenía que detenerle y mi amenaza de gritar pareció efectiva pues fui liberada al instante.

—Ud. me pertenece Chloé, por eso vino a mí, yo estaba esperándola, hace mucho que la espero. ¿Por qué quiere negarlo? No debe Ud. marcharse. Está asustada porque teme perder la cabeza y me encantaría que eso sucediera —dijo y volvió a besarme, a besar mi cuello a estrecharme contra sí con tanta fuerza que perdí el aliento.

Pero no quise que sucediera, no me dejaría seducir como una tonta, que pensara que estaba tan loca por él y que no podía resistirme, no lo haría. Antes debía demostrarme su amor, no entregaría todo sin esperar nada. Hice un esfuerzo sobrehumano para mantenerme fría y sensata, pues era muy difícil conservar la cabeza en esos momentos pasionales.

Raymond no se detendría, temo que él estaba peor que yo, totalmente poseído por el deseo (nunca le creí tan apasionado), deslizó mi vestido, desabrochó su camisa. Hasta que grité, grité porque no podía hacer otra cosa, si él no se detenía estaría perdida. Perdidas para siempre mis esperanzas de que me amara y me hiciera su esposa, la reina de Dulac. Pues temo que amaba ambas posesiones: a él y a la tierra de mis ancestros.

Él se apartó y luego me miró furioso. —¿Por qué haces esto? Tú me amas, lo deseas tanto como yo. ¿Por qué? —la pregunta murió en sus labios.

—No seré tu amante Raymond, si tanto me deseas hazme tu esposa. —le dije.

Su respuesta fue el silencio. Temo que no supo que decirme pues lo había desconcertado, como si jamás se le hubiera pasado por la cabeza semejante cosa. Eso me hirió, me hirió profundamente.

—Claro, tú solo puedes pensar en casarte con una dama de tu rango. Tu familia jamás lo aprobaría y además no me amas lo suficiente para cometer esa locura. Por favor márchate —le acusé.

—Estás equivocada, Chloé. —fue todo cuanto dijo antes de abandonar la habitación.

Un cobarde. Si estaba equivocada ¿por qué no me dijo en qué lo estaba? ¿Por qué se fue sin decírmelo si acaso me amaba? Tal vez no estaba preparado para ello y no pensaba seriamente en mí, aunque había estado dispuesto a seducirme esa noche. Pero así eran los hombres, empezaba a conocerlos, detestaban los sentimentalismos, su orgullo era algo feroz. Pero nosotras debíamos entregar todo sin esperar nada a cambio, así eran las heroínas del amor. Yo no sería tan tonta, prefería perderlo a ser su amante incondicional como lo era Silvie. Había padecido y luchado porque quería un verdadero hogar, un marido y niños, un futuro asegurado y no iba a perder todo eso por ser la amante clandestina de un conde arrogante y caprichoso.

Pero como no me tenía suficiente confianza en mantenerme alejada de Raymond, decidí marcharme al día siguiente a Savigny. Aproveché su ausencia y simplemente hablé con el mayordomo y le pedí un carruaje que me llevara hasta Savigny ese día. Estaba a un par de horas de distancia, llegaría poco después del mediodía. Me iría sin despedirme, pero le dejé una carta: “Estimado conde Ferrieres: Agradezco infinitamente su hospitalidad, pero no puedo seguir postergando mi partida. Lamento no poder esperar su regreso para despedirle. Gracias de nuevo.”
Chloé.

CAPÍTULO 17

Abandoné Dulac con mucho pesar en el corazón, y solo éste sabía cuánto deseaba quedarme para siempre y cuánto me dolía dejar al hombre que amaba en nombre de la sensatez y los buenos principios. Todo había sido como un sueño y debía despertar, y pensar que ya no podría volver atrás. Además, algo peligraba si me quedaba en Dulac, mis planes de recuperar a mi familia y encontrar un hogar, estaba segura, tan segura como que Ferrieres jamás se casaría conmigo.

Temo que lloré gran parte del viaje y permanecí con la mirada cerca de la ventanilla abierta para que mis lágrimas se secaran rápidamente. Ahora me enfrentaba a lo peor: olvidar los espléndidos días transcurridos en Dulac, olvidar a Raymond. Tenía la extraña sensación de que todo volvía a repetirse, comenzaría una nueva etapa de mi vida junto a los Savigny, como cuando abandoné Lasalle, pero descubrí que estaba tan poco interesada en dejar atrás mis recuerdos de Dulac que lo que me deparaba Gaillac ya no me importaba. La perspectiva de conocer a mi abuelo y a mi hermano debía entusiasmarme, pero en esos momentos me era totalmente indiferente. Casi deseaba dejar esas tierras de vid y regresar a Paris. Quería estar lo suficientemente lejos de Raymond para poder olvidarle.

Marie, al verme tan abatida ni siquiera hablaba y creo que ella también estaba algo triste de tener que dejar Dulac.

Horas después llegamos a las propiedades de los orgullosos Savigny. Y como no podía ser de otra forma, un castillo mucho más antiguo que el anterior dominaba el paisaje. Pero nadie vivía allí pues estaba casi en ruinas, así que continué el trayecto hasta que divisé una villa campestre ubicada a algunas millas. Deduje que allí debía tener la morada mi abuelo y su familia.

Temo que, en los primeros momentos de mi llegada, cuando anuncié quien era y esperé en el vestíbulo, todas mis antiguas penas se olvidaron y dieron paso a la preocupación, al temor de ser rechazada nuevamente pues tenía la sensación de ya había sufrido esa experiencia varias veces y en esos momentos me sentía demasiado abatida para poder soportarla.

Marie miraba y señalaba los objetos, los muebles caros y antiguos de la sala contigua y no había forma de hacerla callar. Era una casa enorme y casi tan vieja como un castillo, pero restaurada y al parecer cómoda.

De pronto oí unos pasos apurados e importantes, aunque desiguales. Alguien se acercaba y a juzgar por el sonido macizo que retumbaba como un eco contra el piso de madera, seguramente le acompañaba un bastón.

No me equivoqué, aunque jamás imaginé que aparecería mi abuelo en persona con expresión indignada como si alguien hubiera decidido jugarle una mala pasada. Me miró casi con furia y desprecio, pero algo vio en mí que le hizo dudar. Seguramente el parecido con mi madre me había librado de que me echara enseguida de su casa con las peores maldiciones. Era un hombre grande, alto, de cabello gris y ojos oscuros encapuchados en sus gruesos párpados. Prolijo y poblado bigote gris que alguien debía cuidar y darle con esmero y dedicación una forma amistosa ya que terminaba en punta hacia arriba.

De su traje y prestancia solo podía decir que era elegante, aunque esto era intrascendente en

esos momentos, pues tuve la sensación de que estaba frente a un hombre de carácter duro e implacable.

—Buenos días Srta. Me han avisado que una joven deseaba verme —dijo luego observándome como si estuviera frente a un enemigo y deseara medir sus fuerzas con él.

—Así es, he venido desde muy lejos para conocer a mis familiares. Mi nombre es Chloé Dumont y he estado en Dulac, temo que por error. ¿No recibió la carta que le escribí desde el pueblo?

Respondió que pensó que se trataba de una broma de mal gusto y que rompió la carta.

Lo siguiente que hice fue mostrarle mis documentos y la carta de mi tía Henriette.

Savigny estaba algo desconcertado, pero no por ello convencido de que realmente era quien decía ser. Era un hombre muy desconfiado y nada sentimental y no parecía importarle demasiado si era o no Chloé Dumont, su nieta.

—Escuche señorita, le ahorraré muchas molestias y me las ahorrará a mí. Dígame ¿a qué ha venido Ud.? —preguntó mientras me invitaba a pasar al comedor y se sentaba.

—He venido porque esperaba encontrar a mis hermanos, no he venido a reclamar ninguna herencia si es eso lo que le preocupa. Y, sobre todo, he venido a saber por qué fui adoptada y tratada como una huérfana, padecido privaciones cuando Ud. debió tomarme a su cuidado, Ud. o cualquier pariente Savigny —le exigí pensando que era prematuro hacer esos reclamos, pero sus palabras hostiles eran una provocación.

—Eso debería reclamárselo a su tío Armand, pero el muy sinvergüenza está muerto. Fue él quien planeó todo para quedarse con Dulac y luego venderla a esos buitres Ferrieres. Pero Ud. ha podido conocer a mis enemigos, ¿no es así? Ha de conocer bien la historia.

—Nadie me buscó, a nadie le importó que me criara pobre y desdichada, sobre todo desdichada.

—Escúcheme jovencita. Su madre hizo un casamiento desigual y sufrió las consecuencias. Su marido regaló la herencia que yo le dejé, porque a pesar de todo, soy un hombre de principios y no iba a permitir que mi hija muriera de hambre con sus hijos, por eso les entregué Dulac. Para que el sinvergüenza de su cuñado se quedara con todo y dejara morir a mis nietos. ¿Pero qué derecho tiene Ud. a reclamarme, a remover viejas heridas? Se deshizo de sus sobrinos, los tenía mal alimentados y abandonados. Cualquier niño muere sin atención, ud. debe saberlo, es ya adulta. Y cuando yo me enteré de lo que había ocurrido, fue tarde. Rescaté a sus hermanos, pero no vivieron mucho tiempo. Luego supe que había dado en adopción a dos más y cuando los encontré ya habían muerto. Creí que Ud. también había muerto, nadie sabía de su paradero así que pensé que no había sobrevivido. El demonio quería quedarse con todo, era ambicioso, pero la bebida lo arruinó. Era otra clase de gente, gente vulgar sin orígenes, un par de brutos con una bodega, campesinos tunantes. Mi hija jamás debió casarse con un Dumont, no estaban a su altura. Y ya ve lo que ocurrió, ahora debo correr tras los abogados para recuperar Dulac.

—¿Y dónde está mi hermano? Raymond me dijo que había uno. —pregunté temiendo recibir una trágica noticia. No podría soportarlo, ya estaba a punto de derrumbarme con todo lo que me había dicho ese hombre.

—Vive aquí pero no tiene buena salud. Ud. fue afortunado al escapar, pero él vive rodeado de médicos. Es un excelente muchacho, pero no puede ser mi heredero, así que solo me queda el nieto de mi hermano. —dijo y vi pena en sus ojos, por primera vez.

—¿Me permitiría verlo o desea que me marche inmediatamente? —pregunté.

—Le verá, pero he tenido una mala experiencia en el pasado, hubo un muchacho que se

presentó aquí diciendo ser mi nieto hasta que descubrí que era un impostor. Iba a nombrarle mi heredero y sufrí una gran decepción. No desearía que ahora ocurriera lo mismo.

—Haga las averiguaciones que desee, no necesito su fortuna ni quedarme en un lugar donde no soy bien recibida. En París me casé con un marqués Antoine Lasalle y al enviudar recibí una mensualidad... Me marcharé luego de ver a mi hermano si así lo desea.

—Pero Ud. necesita quedarse, desea hacerlo —dijo él con astucia.

Quizás supo desde el principio que era su nieta, por mi parecido con su hija o porque se lo decía la intuición. Sin embargo, decidió no correr riesgos y lo primero que hizo luego de decirme que podía quedarme todo el tiempo que deseara, fue hacer las debidas averiguaciones en París mediante su servidor, un abogado llamado Pierre Villon.

Momentos después me reuní con mi hermano André en los establos. Era su lugar predilecto a pesar de su escasa salud. No vivía como un enfermo postrado en su cama, o en una silla, intentaba hacer una vida normal y no parecía enfermo.

—André quiero que conozcas a esta joven, se llama Chloé Dumont y dice ser tu hermana —dijo mi abuelo con gran ironía.

El joven sonrió como si todo fuera una broma. Era alto y delgado, su cabello era oscuro al igual que sus ojos y de pronto recordé al hermano menor que debía cuidar por consejo de mi madre porque siempre hacía diabluras. Le recordé como un bebé rollizo e inquieto con los mismos ojos cafés. Ignoro si él me recordaba pues era muy pequeño entonces.

—Espero que sea una impostora porque es muy bonita para ser mi hermana —dijo él bromeando. Y no vi debilidad alguna en él, no era ni tenía el aspecto de un joven pálido o enfermizo, solo era excesivamente delgado.

No supe qué responderle, no era sencillo llegar a ese lugar y reclamar y exigir ser tratada como un miembro más de la familia. Tampoco lo fue adaptarme, era un huésped extraño que se había invitado sola prácticamente. Pero era lo que necesitaba para olvidar a Raymond.

Todo fue muy extraño y frío desde el comienzo, al tiempo que luchaba contra dos sentimientos: por un lado, deseaba quedarme y ganar el cariño de mi abuelo y por otro, no hacía más que decirme a mí misma que había cometido un gran error presentándome en Gaillac. Porque allí no había esa familia numerosa y unida que había esperado encontrar, había un ambiente frío y enrarecido. Lo primero que llamó mi atención fue que André me mirara con más desconfianza que su abuelo y me creyera una impostora. El viejo Savigny volvió a sus asuntos y casi me ignoró, aunque insistía en que los acompañara durante los almuerzos y cenas para animar la conversación. A sus amistades me presentó como una parienta lejana que estaba de paso por Gaillac y se hospedaba allí por unas semanas.

El lugar me gustaba, no tenía la belleza de Dulac, pero tenía las praderas, el valle y un trozo de bosque con un pequeño río que lo atravesaba. Solía ir a cabalgar, pero no me acercaba demasiado a mi hermano, no sabía de qué hablar con él y además me sentía como una extraña. Porque en realidad lo era y empecé a lamentar haber ido. Allí no había una familia afectuosa ni una hermana con quien conversar de vestidos, o de esas cosas que siempre hablan las mujeres. Solo tenía a Marie y sin ella mi estadía en Gaillac se habría vuelto insoportable. No hacía más que preguntarme qué hacía allí y por qué fui tan ingenua de esperar recibir algo que nadie parecía poder darme.

Mis hermanos habían muerto por negligencia, mis padres por un incendio, nunca tendría una familia. Mi abuelo y hermano eran solo un trozo de algo que debió ser, una parte incompleta que se las arreglaban estupendamente sin mí.

A veces despertaba pensando que deseaba marcharme, pero luego me preguntaba adónde iría. Tampoco ese era mi hogar. ¿Cómo se habría sentido mi madre con semejante padre? ¿Se habría sentido tan sola como yo, por eso escapó con Dumont?

Logré leer algunas de sus cartas y comprendí que era muy desdichada, sobre todo cuando se enteró que su padre iba a casarla con un primo segundo para que éste fuera su heredero y conservara sus propiedades en familia, intacta. Ella detestaba a ese joven simplemente porque su padre la obligaba a casarse con él y entonces un día casi por descuido conoció a mi padre. Se enamoraron al instante. Él y su familia trabajaban en una bodega y tenían negocios con los Savigny. Pero no eran los suficientemente nobles para mi madre.

Mi abuela sin embargo fue quien la ayudó a escapar para que no fuera desdichada con ese tonto “Alfred” toda su vida. Era todo muy romántico. Si no hubiese habido aquel terrible incendio...Contemplé el retrato de mi abuela ubicado en la escalera, una dama de aire bondadoso y mirar sereno, tan distinta a mi abuelo y pensé que de estar viva en esos momentos, esa casa sería un verdadero hogar. Habría podido conversar con ella, preguntarle cosas de mi madre...

Y sin embargo empezaba a reconocer que, hecho un viaje en vano, había perdido a Raymond, Dulac y Gaillac era solo una fantasía que jamás había existido más que en mi mente. Y ni siquiera podía hablar con mi hermano porque este me miraba con desconfianza. Aunque tampoco debía ser fácil para ellos, yo era una extraña.

Mientras me preguntaba si debía marcharme el próximo fin de semana o acaso esperar, llegó un hombre que exigió reunirse en privado con el conde Savigny de inmediato.

Tenía en mente ir a visitar el castillo en ruinas sobre el promontorio ese día pues ignoraba cuánto tiempo iba a quedarme y deseaba conocer el lugar como si fuera una viajera de paso.

Ignoraba que la visita de ese hombre fuera trascendente, creí que sería algún administrador y como desconocía los rumores de los criados, que no hacían más que ir y venir expectantes, tampoco imaginé si era o no importante esa reunión.

Pero lo era, pues de ella dependerían muchas cosas.

CAPÍTULO 18

El señor Savigny a pesar de su mal genio, y de que siguiera siendo un ser dominante y autoritario y exigente con todos los que vivíamos bajo su dominio, había cambiado un poco desde mi llegada. A veces íbamos a cabalgar juntos y conversábamos no solo de su inmenso odio y desprecio por los Ferrieres sino de la tierra y de su esperanza de que los nobles volvieran a intervenir en la política, no solo con el servicio militar. Creo que a pesar de su dureza él supo antes que nadie que yo era en verdad su nieta y no me ignoró como hizo André, a quien solo le importaban los caballos. Era doloroso para mí pensar que no quedaba nada de ese pequeñito que tiraba de mi vestido para llamar mi atención y que yo mimaba como si fuera mi muñeco.

Descubrí algunas cosas estando en Gaillac, como que mi hermano no era enfermizo en absoluto, aunque mi abuelo insistía en su debilidad. Al parecer hubo un tiempo en que había estado muy enfermo de fiebres y vómitos. Sufría del estómago, pero no de los pulmones como imaginé. Y en realidad para ser sinceros, no era un ser ni débil ni enfermizo, era delgado pero muchos jóvenes de su edad lo eran. Por eso mi abuelo desconfiaba de su capacidad de ser el nuevo conde Savigny y a pesar de darle todo, de consentirle creo que no le amaba. ¿Acaso veía en él la sangre Dumont? ¿Sería tan mezquino de culpar a su nieto de algo completamente ajeno a su voluntad?

Los pocos Savigny que conocí, parientes de mi abuelo, eran muy distintos a André, ya que eran fornidos y fuertes, de risa fuerte y determinación. Eran una copia del viejo Jean Paul (nombre de mi abuelo) y eran lo que le enorgullecía: los invencibles y astutos Savigny que salvaron la cabeza de la revolución y se atrevieron a reclamar privilegios de Napoleón luchando en sus filas.

—Porque un rey sin cabeza no nos servía de mucho y nosotros los de sangre noble debíamos sobrevivir y no solo eso, sino recuperar nuestro poderío. Y el rey no era más que un símbolo, los reyes han sido títeres de hombres astutos y no siempre nos han favorecido como correspondía. Cuando las cabezas de nuestros iguales empezaron a rodar escapamos, aunque muchos nos llamaron cobardes, pero de héroes y valientes está lleno el cielo, mi niña y nosotros queríamos antes que nada sobrevivir a la masacre y al caos que se apoderó de nuestra Francia. Engatusaron al populacho, les dieron palos y cuchillos y después todo se les fue de las manos, reinaba la locura, la anarquía.

Los astutos Savigny aguardamos en el exilio muchos años y regresamos con nuestras cabezas en su sitio y sin escondernos, seguros y desafiantes. Hemos recuperado gran parte de nuestras propiedades y eso es una hazaña. Debemos conservarlas y retomar la vida política —declaró mi abuelo triunfal.

Y para ello necesitaba un heredero Savigny, no Dumont, de haber vivido mis otros hermanos, quien sabe, pero solo quedaba André... André no encajaba en sus planes ni en el lugar de Jean Paul. André era un muchacho corriente, sin grandes ambiciones, reservado y huraño, hasta tímido. Pero era mi hermano y me dio mucha pena y sentí rabia cuando por los ambiciosos planes de mi abuelo.

Y entonces llegó ese desconocido, que estuvo horas encerrado en la biblioteca conversando

con mi abuelo, extendiendo ante sus ojos las pruebas que necesitaba y que confirmaba, que mi historia era cierta.

Ese día mi abuelo hizo un brindis en la cena y dijo que daría una gran fiesta en mi honor reuniendo a sus parientes para darles la noticia de que había encontrado a su nieta Chloé, hija de su preciosa hija, una verdadera Savigny.

Pero la alegría de ese momento, la emoción que de pronto me embargó duró poco al ver la mirada de odio que me dirigió mi hermano. Estaba celoso, lo adiviné en el acto, porque él que había sido criado por mi abuelo jamás debió recibir tanta atención y afecto como recibía yo en esos momentos al ser llamada Savigny.

No quería una fiesta, pero el abuelo estaba empeñado en darla en mi honor para presentarme formalmente a sus familiares y amigos y para ello contrató un servicio especial de criados, cocineros y pidió el mejor vino de su bodega.

André observaba todo desde un rincón y yo lamenté que no hubiera forma de acercarme a él, de convertirle en mi hermano. ¿Seguiría pensando que era una farsante, una criatura calculadora y astuta que había sobornado al abogado que fue a investigar a Paris? ¿O eran simples celos por la atención que estaba recibiendo? Jamás sospeché lo que ocurría en su mente ni en su corazón, mi propio hermano era un extraño y temo que la indiferencia de mi abuelo hizo estallar algo dentro de él, algo latente y peligroso que nos afectaría a todos.

Me pregunto si pude hacer algo para evitar lo que ocurriría después o si algo andaba mal en André mucho antes de mi llegada.

Por primera vez era feliz y no deseaba marcharme, tan feliz que ya no pensaba día y noche en Raymond, aunque no había dejado de amarle y extrañarle. ¿Tendría el valor de escribirle? ¿Lograría dejar a un lado mi orgullo y romper ese silencio, esa distancia que nos separaba?

—Si hubieras sido varón Chloé, otra hubiera sido la historia. Eres como tu madre, lo vi el primer día que llegaste a esta casa, pero eres más sensata que ella. Eres una sobreviviente, fuerte y obcecada como digna hija de tus ancestros perseguidos —dijo el abuelo el día de la fiesta.

Pero yo no era varón y no podía heredarle, eso debía dejar tranquilo a André, que entonces se creía el único heredero. Una sonrisa extraña cruzó su rostro y una mucho más extraña conocería luego.

Al abuelo le gustaba referirse a sus antepasados como héroes y mártires perseguidos, como supervivientes de la masacre por su espíritu invencible que se adaptaba a las dificultades. Esa noche contó como una familia entera de Savigny se disfrazó de pobres campesinos y subsistieron al llegar a Paris viendo las cabezas de sus mejores amigos colgando de cualquier esquina y la bastilla atestada de prisioneros nobles.

La villa estaba espléndida, vestida de fiesta, como yo lo estaba con uno de mis vestidos de raso color lila herencia de mi vida de marquesa, con muchos volados y un escote discreto pero seductor, con flores en mis mangas y en mi cabello, que lo llevaba recogido levemente atado con cintas. En esos momentos mi cabello ondulado era una maravilla pues no necesitaba rizarlo artificialmente, los rulos se acomodaban a mi peinado.

Pero esa fiesta no sería perfecta sin Raymond y lo sabía, y esa noche me invadía la nostalgia pensando en él. Era dichosa, esperaba encontrar una familia, pero aun así le extrañaba y añoraba su compañía. “Pero él no te quiere como esposa, no te cree digna de ese lugar, debes olvidarle”. Me decía una voz de advertencia. “¿Cómo lo sabes tú? Si ni siquiera le di tiempo a que lo pensara ni esperé oír su respuesta que pudo ser diferente al silencio...” Le pregunté a la socarrona voz y esta no supo qué responderme esta vez, se quedó tan callada que no volvió a molestarme en toda

la noche.

Bailé una contradanza muy alegre con mis parientes, primos, tíos, y otros parentescos lejanos más complicados. Ahora era oficialmente una de ellos y me trataban con suma deferencia. Era agradable ese sentimiento de pertenecer a una familia, toda mi vida había querido tener eso, pero no podía idealizar o creer algo que no era. Los Savigny me incluirían en su árbol familiar, pero seguía siendo una recién llegada, una extraña. No esa noche, por cierto, esa era mi noche y yo era una igual.

En un momento me pregunté cuál de esos jóvenes mozos sería el elegido de mi abuelo para sucederle. Eran todos altos y fuertes, rubios, morenos, los había en gran variedad: guapos, encantadores, insulsos. En realidad, el típico Savigny, además de mi abuelo, era un sobrino suyo muy parecido a él, moreno, de bigotes y un porte militar, de unos cincuenta años. Tal vez él fuera el escogido, pero tenía idea de que era un sobrino nieto y por lo tanto debía ser más joven.

André estaba más alegre esa noche y temo que bebió más de la cuenta, pero le prefería ebrio que, con cara de resentido, aunque el abuelo le miró disgustado. Seguía lamentando no tener forma de acercarme a él, de preguntarle como había sido su infancia y qué recordaba de nuestros padres y hermanos. Debió ser un niño dulce y bueno, travieso, pero ahora no era nada de eso, el tiempo y las circunstancias nos habían transformado en dos extraños que no tenían nada en común.

Fue una fiesta especial y estaba rendida cuando todo terminó y nos fuimos a acostar. Di algunos traspies antes de llegar a mi cuarto.

Otra noche de cenicienta, me dije mientras me dejaba caer en mi cama tan exhausta que me dormí con el vestido puesto.

Nunca imaginé como cambiarían las cosas después de esa noche. Mi abuelo quiso convertirme en su heredera de cierta forma y se propuso corregirme y moldearme a su antojo. Primero me enseñó cómo funcionaba la bodega, los diferentes procesos del vino y a catar el sabor y las características del mismo. Temo que se propuso adiestrarme, como si yo fuera un soldado y él un general al mando, como si temiera que algo le pasara y yo debiera hacerme cargo de todo. Ser su heredera era una utopía, pero él logró que la creyera.

—No puedes quedarte en la casa zurciendo calcetines para los niños pobres o tocando el piano, es necesario que conozcas todo lo que ocurre en estas tierras. —solía decirme.

—Debemos aprender de los errores de nuestros mayores, mi querida nieta —dijo en otra ocasión.

La frase la había escuchado cientos de veces, pero él agregó: —Mi error fue consentir a tu madre y no haberla encerrado antes de que se escapara con ese Dumont. Pero yo pude hacer algo con ese Dumont, que no era tan malo como el resto de su familia según me han contado, pero mi orgullo me cegó. Si hubiera preparado a tu madre o a su esposo, Dulac sería mío y jamás habría ocurrido esa tragedia, que estoy seguro fue provocada por ese hombre, que más que hombre era él mismo diablo, tu tío. Quería quedarse con todo desde un principio. Pero mira, no ganamos nada con lamentaciones, ya está hecho y lo importante es aprender de los antiguos errores y no cometerlos de nuevo.

Pero tanto entrenamiento, tanto pasar en las bodegas y en los viñedos con las uvas terminó hartándome y un día aprovechando la ausencia de mi abuelo, decidí tomar una yegua mansa y hacer una excursión por el castillo en ruinas. Hacía semanas que lo veía en el horizonte y me atraía como un imán. Creo que hay algo muy poderoso en esas construcciones, aunque solo queden ruinas.

Disfruté el descanso, realmente lo necesitaba y el castillo a la distancia era una justa

recompensa. Cabalgué sin detenerme hasta llegar al promontorio. Desde allí vi al castillo y me pregunté quién habría vivido en él. ¿Acaso los Savigny que escaparon de la guillotina, en sus tiempos medievales? El abuelo solo una vez había mencionado el castillo, pero no le interesaba su reconstrucción por ser demasiado costosa. “Ya estoy viejo para emprender una cruzada quijotesca reparando castillos en ruinas, que mi heredero decida que quiere hacer con ese mausoleo” — Había dicho.

Até a la yegua en un árbol cercano y comencé a investigar, tenía el día libre y esperaba aprovecharlo. Imaginé cuentos de princesas y valientes guerreros y algún fantasma rondando las ruinas por la noche. Por su estructura debió ser un espléndido castillo, aunque supuse que nunca tendría las comodidades de los edificios modernos.

Mientras caminaba y contemplaba el horizonte pensando en Raymond escuché los cascos de un caballo pisando el suelo, luego un relincho dándome la certeza de que efectivamente alguien se acercaba al lugar. ¿Acaso me habían seguido? ¿Quién podría tener interés en ello? Además, necesitaba un poco de soledad y no estaba de ánimo para conversar.

No le reconocí al principio, luego cuando estuvo casi frente a mí supe que era mi hermano. Pero no había hostilidad en su mirada, había algo que no lograba comprender.

—¿Qué haces aquí? Es un lugar peligroso, embrujado dicen, lo cierto es que ningún criado ni mozo se atreve a venir aquí —dijo André señalando el castillo.

—Es un sitio espléndido, hacía tiempo que deseaba venir —le respondí.

Él bajó de su caballo y se me acercó, ignoro por qué, pero en esos momentos tuve miedo y me aparté dándole la espalda. Mi propio hermano no podía intentar librarse de mí en ese lugar al que nadie frecuentaba, no podía ser tan malvado. Era un pensamiento absurdo, la experiencia de Lasalle me había trastornado para abrigar tales temores.

—A todas las mujeres les gusta este lugar, he traído algunas campesinas aquí, parecen excitarse con el peligro. Pero tú eres afortunada muchacha. ¿Cuánto le pagaste a ese hombre para que falsificara esos documentos? A mí no puedes engañarme, no soy tan tonto como ese viejo. Pero admiro tu inteligencia y astucia. —dijo André y entonces acarició mi cabello como si fuera una joven cualquiera.

Me aparté furiosa. —¿Por qué no puedes aceptar que realmente soy tu hermana, muchachito necio? Porque lo soy sabes y si no puedes ni deseas que sea verdad al menos déjame en paz —le dije.

—A mí no me engañas con ese aire ofendido, sé bien lo que te propones, esperas obtener algún legado. Para una jovencita huérfana y pobre es una gran tentación. Pero te advierto que no tendrás más que eso, porque eres mujer y todo quedará para mí. No puedes reemplazarme por mucho que lo intentes y quieras aprender en las bodegas.

—Yo no necesito un legado.

—Claro que sí, es muy fácil engatusar al viejo, cualquiera le agrada más que yo. Ya ocurrió antes con ese farsante que dijo ser mi hermano. Cuando tienes una fortuna todos quieren ser tus hermanos. Pero yo descubriré el engaño, moveré cielo y tierra para desenmascararte. Pero no creas que realmente te odio, no se puede odiar a una joven tan bonita como tú, al contrario, si fueras más amistosa seguramente olvidaría que eres mi enemiga —dijo y antes de que pudiera hacer nada me besó.

Mi rechazo y horror no le detuvo, él realmente me creía una farsante y quería aprovechar la situación, intimidarme y seducirme como si fuera una vulgar mujerzuela. Fue la peor decepción de mi vida, más que Lasalle, que Raymond, saber que ese joven siempre sería un extraño para mí, un

malvado y un peligro porque me deseaba, y llevábamos la misma sangre. Tuve la horrenda sensación de que vivía en los tiempos de los Borgia y los hermanos querían ser amantes de sus hermanas sin respetar los lazos de sangre ni ningún otro escrúpulo.

—Suéltame maldito, estás besando a tu hermana, idiota. La que te acunaba y te decía Andy lindo, la que cantaba canciones a tu oído. ¿Acaso lo has olvidado? Maldito imbécil, ni siquiera valoras lo que tienes, porque tú tuviste un abuelo que te crió y te dio mucho más de lo que merecías mientras que yo viví en hogares miserables, agradeciendo cada mendrugo de pan que llegaba a mi boca porque al parecer a nadie le importaba mi suerte. Una miserable choza, atestada llena de ratas, ojalá hubieras estado en mi lugar pillete malcriado —las palabras brotaron de mi garganta luego de abofetearle una y otra vez ambas mejillas, porque no merecía menos que eso.

—No te creo una palabra muchacha, alguien pudo contarte lo que sabes como ocurrió con el otro farsante, pero si te quedas aquí haré que me pagues tributo, entraré en tu cuarto y exigiré mi recompensa.

—Si intentas tocarme de nuevo le diré al abuelo y además te mataré. Nadie lo lamentará demasiado aquí, porque ni siquiera a tu abuelo le interesas gran cosa —le dije furiosa.

Mis palabras le enfurecieron, pero se contuvo, sabía que era verdad y solo me gané un poco más de su desprecio mientras que yo comencé a odiarle.

Finalmente se alejó, pero sabía que todo recién comenzaba y toda mi anterior alegría se esfumó y perdió sentido.

Mientras me quedaba allí tendida en la hierba aun temblando por lo ocurrido, pensaba qué hacer, si debía o no ir corriendo a contarle a mi abuelo. Era monstruoso y estaba segura de que él le expulsaría de su tierra, pero no podía hacer eso, era mi hermano y hasta hacía menos de un mes él no sabía que tenía una hermana, éramos extraños y si nunca hubiéramos sabido de nuestro parentesco... Bueno yo jamás me hubiera fijado en André porque era un chiquillo, pero, ¿debía condenarle por creerme una extraña, una impostora astuta y aprovechadora?

Regresé al atardecer pensando que si seguía quedándome allí corría el riesgo de que alguien me matara o de no querer regresar más a Gaillac.

De todas formas, no podía quedarme dadas las circunstancias pues sabía que los sentimientos de André no cambiarían, no confiaba en mí, no quería hacerlo.

Finalmente decidí guardar silencio y esa noche durante la cena hablé del castillo en ruinas y más tarde me encerré en mi habitación con llave.

Al día siguiente escribí una carta a Raymond y envié a Marie a que la llevara personalmente al correo del pueblo. Era breve, simplemente le avisaba que mi abuelo acababa de reconocermelo como su nieta y le hablaba de mi estadía en Gaillac sin mencionar en absoluto a mi hermano.

Pero volví a recibir amenazas tuyas cuando daba un paseo por el bosque y decidí no volver a salir sin compañía. Ocurrió días después, mientras recorría una zona alejada, llena de árboles y criaturas silvestres que corrían a escabullirse a sus madrigueras. André apareció entre la espesura y dijo: —Así que has decidido quedarte muchacha, eres obstinada. Temo que vas a lamentarlo.

Al verle fue como si viera al diablo, me alejé rápidamente y él me siguió y casi me hace caer del caballo. Dios me protegió, pero no por ello me quedé tranquila. “Si no te vas de mis tierras lo lamentarás Chloé o como te llames, ¿has entendido?” Le oí decir y no necesitaba amenazarme, esas mismas palabras estaban en mi mente esos últimos días.

CAPÍTULO 19

A veces me sentí tentada de hablar con mi abuelo, la situación se hacía insostenible y si algo le ocurría a él yo quedaría a la merced de mi hermano. Era un hombre fuerte, pero empecé a temer que algo le pasara.

Pero la historia tuvo un viraje inesperado cuando finalmente llegó el heredero de Savigny al viñedo a aprender y asumir desde entonces el mando de los asuntos de la bodega. Mi abuelo lo anunció tranquilamente durante el almuerzo.

No me molestó pues ya lo imaginaba, pero André debía estar furioso.

Al día siguiente apareció “el heredero” y con él estuvo el abuelo día y noche ansioso de enseñarle todo lo que sabía. Fue extraño, pero ni siquiera reparé en él, le vi de lejos cierta vez, pero temo que mis propios problemas me absorbían demasiado, además Savigny y él no almorzaban ni cenaban en familia sino en la bodega o en la aldea pues como hizo conmigo él quería que todos conocieran a su heredero. Al futuro Conde Savigny, aunque los títulos nobiliarios hubieran perdido el significado de antes y algunas personas directamente ya no los usaran.

Hasta que llegó la ocasión en que fui presentada formalmente a Clément Alaric Savigny. Pero no fue una presentación común pues el abuelo nos miraba con astucia y deduje que tenía sus planes. Ocurrió una mañana que decidí abandonar el encierro forzoso al que me había condenado mi hermanito diabólico y poco antes de montar mi yegua mansa llamada Marrón, se acercaron los dos: el feliz heredero odiado por mi hermano y el abuelo que era pura sonrisas, orgulloso de aquel Savigny como jamás lo estaría de André.

Pero este ejemplar Savigny era muy distinto al resto de la familia pues para empezar era rubio y delgado, aunque no exactamente rubio trigo sino rubio oscuro, de un color de cabello muy parecido al castaño y sus ojos verdes y zorrunos me recordaron a cierto joven que un día se hizo pasar por pintor y me retrató en Lasalle. Pero no podía ser él, debía haber un error, tal vez solo fuera alguien muy parecido.

Mientras mi abuelo hacía las presentaciones y él besaba gentilmente mi mano no dejaba de observarle, tan sorprendida que no pude articular palabra. Era Lionel, hubiera apostado que era él, pero no podía ser...

—Así que Ud. es Chloé Dumont, la nieta desaparecida —dijo él fingiendo sorpresa, pero no estaba sorprendido, no como yo lo estaba, era como si supiera que me encontraría en el viñedo. Pero eso no era probable. Mi abuelo aseguraba que aquél era su sobrino nieto, “el heredero de Gaillac”.

Cuando nos reunimos a almorzar no podía dejar de mirarle y convencerme de que no podía ser Lionel, pues él estaba en Montmartre pintando retratos y aquél... Era algo distinto, para empezar no se llamaba Lionel sino Clément Alaric (pobrecito, qué nombres más anticuados que tenía, mezcla de cura y guerrero, aunque en realidad la combinación podía ser divertida).

Mi hermano se esforzaba en dominar su odio hacia el recién llegado que amenazaba con quedarse con todo y “Clément” simplemente le ignoraba como si fuese demasiado insignificante para prestarle atención. Conversaba con mi abuelo y me miraba, me miraba con admiración y con

una sonrisa cínica al ver mi desconcierto.

No debí esperar mucho para aclarar el asunto, aunque mi abuelo le absorbía tanto que solo podía verle a veces durante las comidas. Necesitaba hablarle y preguntarle, exigirle una explicación. Aquello debía ser un error, pero no estaba segura.

Un día le vi solo cabalgando en el bosque, no vacilé en montar a Marrón y seguirle, aunque despertara los comentarios previsibles de los mozos de los establos, mirones y maliciosos. No demoré en alcanzarle y él, al verme a la distancia comenzó a galopar a gran velocidad obligándome a seguirle con la pobre Marrón, una yegua mansa y buena pero demasiado perezosa para estar a la altura de un caballo tan veloz como el de Lionel.

Galopó tan rápido que no pude alcanzarle y al final me encontré sola en el bosque maldiciendo en voz baja. Había huido para que no le descubriera. ¿Acaso era un farsante o un impostor o fue el otro Lionel Arsons quien mintió?

Un relincho llamó mi atención y entonces unos ojos de zorro brillaron entre la maleza al tiempo que una risa burlona llenaba el aire.

—No pudiste atraparme muchacha, soy demasiado astuto para ti. ¿Creíste que te escaparías? Esto no es Lasalle y aquí soy yo el amo, ¿sabes? ¿No es irónico madame Marquesa? —dijo Lionel saliendo de su escondite.

—Eras tú bribón, lo sabía, el parecido solo me desconcertó. Pero tú no puedes ser Savigny. ¿Qué significa todo esto, Lionel? ¿Quién eres en realidad?

Él se acercó y demoró en responderme, quería crear suspenso y misterio antes de revelarme la verdad.

—Digamos que soy el heredero Clément Alaric Savigny, que finalmente venció la curiosidad y la conveniencia. No pude quedarme en Montmartre mucho tiempo pintando retratos. Mi padre fue a buscarme, estaba muy preocupado porque su tío anciano acababa de encontrar a su nieta perdida llamada Chloé Dumont. ¡Qué coincidencia más extraña! Me dije, ¿será la misma? Y como hacía tiempo que el viejo había dicho que yo sería su heredero porque André era un imbécil y era más Dumont que Savigny... Mi padre apeló a mi sentimiento del honor familiar y dijo que no vería un solo céntimo si perdía esa herencia desperdiciando mi vida en un tugurio parisino pintando tonterías. Así que regresé.

—Pero dijiste que tu familia estaba llena de pintores. Mentiste todo el tiempo, eras un aristócrata fingiendo ser un pintor.

—En mi familia hay pintores, pero solo unos pocos se han apartado de la herencia para vivir de su arte. La tentación de la mezquina fortuna es demasiado grande. ¿Por qué no me dijiste que vendrías a Gaillac? Yo mismo te hubiera ayudado y te habría presentado a mi tío abuelo.

—Eres un cínico Leonel, Clément o como te llames.

—¿Estás furiosa porque te arrebaté la fortuna de tu abuelo? ¿Porque esta vez te llevo ventaja, mi bella marquesita? Vamos, todo quedará en familia, Jean Paul no va a desheredarte, él tiene planes para ti, eres la única nieta que realmente le interesa. Has ganado en poco tiempo lo que André no consiguió en años. Deberías sentirte afortunada.

—Te equivocas, no vine aquí a buscar una herencia, vine a buscar a mis hermanos y primos, a mi familia. Pero yo sabía que había un heredero y que no sería mi hermano, pero temo que mi abuelo se ha excedido, todo esto es muy duro para André.

—André es un irresponsable que no ha hecho nada ni por la bodega ni por ganarse el respeto, ni el cariño del viejo. Solo le importan los caballos, beber y correr tras cuanta falda aparezca en su camino. Es un Dumont, por desgracia para él.

—Y a ti solo te importan las pinturas y la vida cómoda. ¿Cómo hiciste para engatusar a mi abuelo y hacerle creer que en verdad te interesa esta vida? Eres mucho más hábil de lo que jamás imaginé —dije.

Él avanzó unos pasos y me respondió: —Te equivocas Chloé, a mí me gusta esta vida y sus tierras, sobre todo porque algún día serán mías. Y Jean Paul cree que me parezco a él, lo de la pintura solo es un pasatiempo, él es un defensor del arte, pero un joven debe tener una ocupación más seria que esa.

Ahora estaba serio, pero yo no le creía demasiado, era un embustero y además me molestaba que me mirara de esa forma, que fuera parte de mi familia y que pronto fuera dueño de todo aquello. Yo no estaría para verlo, de eso estaba segura.

—El abuelo tiene planes mi bella marquesa, para nosotros, él realmente quiere que te quedes, le recuerdas mucho a la hija que perdió. Y siendo yo su heredero varón y tú su única nieta mujer... Ya imaginas lo que ocurrirá.

—No digas sandeces Lionel, jamás me casaría contigo.

—Sin embargo, te agradaba conversar conmigo en Lasalle. Pero entonces era un pobre pintorcillo ahora seré un gran terrateniente, puedo aspirar a tu mano. Además, mis primos no son tan simpáticos y de mis hermanos mejor no hablar. El viejo querrá casarte con un Savigny para reforzar la sangre Savigny y porque ya antes quiso hacer lo mismo con tu madre.

—Te equivocas. Y si es verdad lo que dices, es mejor que sepas que el día que quiera casarme con alguien yo misma me tomaré el trabajo de escoger a mi esposo. Sabes que no hay nada más odioso que te imponga un marido.

—Yo estoy muy contento con la esposa que me han elegido, tal vez ya no sea tan rebelde como antes. Debe ser un problema de la madurez, uno se vuelve más inteligente. Los tugurios parisinos me aburrieron, no puedo desperdiciar una fortuna por ellos. Pero no temas, haré que cambies de opinión —dijo y quiso besarme, pero yo le empujé furiosa.

Era lo que me faltaba, soportar a Lionel pidiéndome que fuera su esposa o que intentara convertirse en mi amante para conseguirlo, pues sabía que mi abuelo jamás consentiría tal cosa bajo su techo. Era muy autoritario en ese y en todos los aspectos de la vida. Su casa debía ser un modelo de rectitud y decencia. Me preguntaba qué diría si se enteraba que André me había besado y habría llegado más lejos de no habérselo impedido.

A mí misma me horrorizaba.

Pero no tardé en comprender que las ideas de Lionel no eran tan disparatadas, en realidad debí esperar que ocurriera algo así. Mi abuelo me hablaba de Lionel y nos dejaba pasar mucho tiempo juntos. Y yo acepté porque necesitaba estar lejos de André. André estaba hecho un pandemonio, furioso conmigo y con Lionel sin saber sobre cuál de los dos iba a descargar primero su ira.

Y en medio de todo eso, como telón de fondo estaba Raymond. Esperaba una carta o alguna noticia suya pero los días pasaban y seguíamos aislados. A veces deseaba ir a visitarle, pero sabía cuánto se enfurecería el abuelo.

CAPÍTULO 20

La compañía de Lionel era divertida pero sus flirteos, sus besos furtivos no eran más que un juego para mí. Sin embargo, un día su atrevimiento fue más lejos.

Me niego creer que lo hubiera planeado, pero habíamos bebido sidra en el bosque, hacía mucho calor y estábamos exhaustos. Estábamos alegres y observábamos el río mientras charlábamos. Él me hablaba de París y de Montmartre. Su visión de París era muy divertida y algo picante. Había tenido unas aventuras con una dama casada de la alta sociedad y se había escondido en cierta ocasión en el ropero ante la llegada inesperada del esposo. Allí debió quedarse horas hasta la noche, para luego cuando la pareja fue a cenar (el esposo durmió una larga siesta luego de exigirle sus derechos a la agotada esposa) saltar como un gato por el balcón y caer sobre el toldo de un café muy conocido del barrio, ante la risa de muchos.

Yo reía de sus historias sin darme cuenta de que él se acercaba cada vez más, como el zorro que era, asediando poco a poco a su presa sin ser visto, con sigilo y singular astucia. No imagino como fui tan estúpida de no ver sus intenciones, de no darme cuenta que tras su alegre charla y las botellas de sidra Lionel planeaba una fácil seducción.

Pero se encontró con resistencia, y él era, aunque zorro, un caballero, no iba a forzarme, estaba acostumbrado a una fácil rendición y ni todos sus besos ni las caricias que al principio me agradaron lograron hacerme cambiar de idea. Tal vez hubiera sido agradable tener un amante, pero no Lionel, ni ningún mozo de los establos, aunque algunos fueran muy guapos, sino Raymond. Raymond debía ser mi amante clandestino y prohibido.

Pero le permití llegar demasiado lejos, debí estar ebria, aunque no me explico cómo pude ser tan imprudente y tonta. Debí prever lo que ocurriría luego, y lo que tramaba Lionel.

Claro que no llegamos tan lejos como él hubiera deseado, no estaba tan ebria para eso.

—¿Por qué Chloé? Si tú me deseas —dijo Lionel. Desear no era una palabra aceptable para mí, pues en todo momento había pensado en Raymond y antes que nada no podía conducirme de esa forma. Rápidamente arreglé mi vestido sintiéndome avergonzada, temo que ya entonces imaginaba que ese episodio traería consecuencias desagradables para mí, conociendo al abuelo que perseguía a sus criados y no toleraba ninguna conducta inmoral, excepto a los mozos de los establos tal vez porque estaban demasiado lejos de sus dominios para poder controlarles.

—No puedo casarme contigo Lionel, no lo haré para complacer a mi abuelo ni porque sea favorable a sus planes. Además, te comportas como un zorro, no se puede confiar en ti. —estallé.

Él río y me abrazó. —No seas tonta Chloé, ¿desperdiciarás el futuro que siempre soñaste por un capricho? El abuelo está acostumbrado a mandar y su sueño es devolverle a los Savigny su antigua importancia. Y si me rechazas le lastimarás, y te buscará algún amigo suyo de los alrededores que no tendrá menos de cincuenta años, será viudo, cojo o tuerto. Por aquí no hay hombres jóvenes atractivos como yo —dijo observándome con interés.

—Se trata de mi vida y no permitiré ser manipulada. Para ti será fácil, abandonaste todo por venir aquí, todo lo que decías era tu vida, no te cuesta nada casarte con quien te ordene mi abuelo.

—Pero tú eres mi sueño Chloé, lo eras como Marquesa y lo sigues siendo ahora, con tus

hermosos ojos color miel. Me encantaría retratarte como estás ahora, con el cabello revuelto y la mirada brillante.

Dijo y no pude evitar sonreír. Temo que fue la última vez que lo hice pues al regresar a la casa más tarde mi abuelo nos miró como si hubiéramos cometido un crimen. Y enseguida exigió a Lionel que fuera a verle a la biblioteca.

Imaginé que alguien nos había visto, no pude evitar enrojecer cuando más tarde me tocó a mí comparecer ante la autoridad.

—Señorita Dumont. —empezó y descubrí que cuando mi hermano o yo hacíamos algo mal éramos llamados Dumont. —Ud. debe saber por qué deseo hablarle. Me he enterado que ud. y Clément se han hecho muy amigos, lo cual es muy encomiable, pero... Detesto las habladurías y es mejor estar muy lejos de ellas. Alguien los vio en el bosque en situación comprometida y su reputación y la de mi casa está en grave peligro. Imagino que mi nieta no tendrá inconveniente en casarse con el joven por el que siente tanta afinidad.

Al ver mi confusión continuó: —No toleraré indecencias en mi casa, esto no es Paris, aquí todo se sabe y los rumores destruyen la honra de la familia más decente.

Clément está dispuesto a responder como un caballero, tú le agradas y además eres mi nieta. Se casará contigo. ¿Estás dispuesta a aceptarle?

En esos momentos sentí que mi madre se había puesto en mi piel e imaginé como debió sufrir por ese padre astuto y manipulador empeñado en manejar las vidas de los suyos a su antojo y conveniencia. Tuve la sensación de que todo había sido planeado y él no estaba seriamente ofendido por mi conducta alocada en el bosque, sino complacido de que fuera tan ingenua de haber caído en su trampa. Había cambiado la táctica, no me diría ni me obligaría a casarme con su heredero por el bien de todos, yo debía hacerlo porque no tenía otra opción para salvar mi reputación seriamente amenazada por mi imprudencia. Seguramente ese zorro formó parte del complot, él quería la fortuna “del viejo” como él mismo lo llamaba, y era capaz de hacer cualquier sacrificio para obtenerla.

¿Y qué ocurriría si me negaba o si le decía que en realidad sólo podía casarme con Raymond Ferrieres? Se enfurecería y el disgusto le mataría, así que me callé y lamenté una vez más estar en serias dificultades. Jamás debí abandonar Dulac sin antes haber convencido a Ferrieres de que se casara conmigo. No podía conservar el afecto de mi abuelo y casarme con su peor enemigo, debía escoger... Y sabía cuál sería mi elección.

“No puedo casarme con ese muchachito señor Savigny, es un zorro ambicioso y le detesto”. Pensé, pero en vez de decir lo que pensaba guardé silencio y mi silencio fue interpretado como un sí.

—Hablaré con los padres de Clément para que se encarguen de los preparativos, los asuntos domésticos hace tiempo que no son asunto mío y no tengo ninguna idea de cómo organizar una fiesta de bodas —declaró mi abuelo dando por finalizada la reunión.

Marie apareció en el jardín a donde fui para pensar en un plan de huida. Nadie me obligaría a casarme con Lionel, era tan absurdo y me sentía tan atolondrada de haber caído en esa trampa. Todo cuanto me rodeaba era una gran trampa para pájaros o para muchachas con cabeza de pájaro. Había llegado llena de ilusiones, en busca de una familia y ahora acababa de quedar atrapada con las alas rotas sin saber qué hacer.

—¿Es verdad? ¿Dejaste que ese muchacho te levantara la falda? Debiste ser más prudente, no fue así como te crio tu tía Henriette —dijo Marie indignada y furiosa conmigo. Hasta ella estaba en mi contra ese día, era demasiado.

—Claro que no tonta, no permití a Ferrieres hacerlo a pesar de que le amaba. ¿Cómo has pensado eso de mí? ¿Acaso es lo que todos dicen?

Marie miró hacia los manzanos y asintió con un gesto como si hablara con un fantasma, fue un breve instante luego me miró a los ojos: —Alguien les espío y al parecer exageró el final de la historia.

—Fue una trampa Marie, una trampa que preparó el viejo y su heredero para que luego tuviera que casarme con él. Mi abuelo solo fingió estar furioso, en realidad estaba contento porque no necesitaba convencerme de lo ventajoso de ese matrimonio. Debo aceptar a Lionel para salvar mi reputación. No tengo alternativa, pero que no crea que me tiene en un puño. Escaparé de aquí, esto ha sido una gran decepción para mí y sé de alguien que estaría dispuesto a ayudarme. André.

Marie que sabía todo lo que tenía que saber de mi hermano se horrorizó. —No puedes acudir a ese muchacho, es malo y perverso y para él eres una extraña, y una enemiga. No te ayudará. Tal vez sea mejor que lo tomes con más calma y lo pienses. No es tan malo casarse con ese muchacho, él heredará todo algún día y tú vivirás aquí.

Después de que Marie me había aconsejado casarme con Lasalle sus consejos casamenteros habían perdido mucha eficacia y en esos momentos sólo pensaba en Raymond, no me dejaría convencer por lo que era bueno y correcto, o conveniente. Quería a Raymond, a Dulac, y Gaillac y Lionel eran una pobre recompensa en comparación. Pero antes que nada quería a Raymond.

Jamás me casaría con Clément Lionel ese embustero tramposo, zorro del bosque. Y cuando luego vino a hablarme le di una bofetada furiosa.

—Tú lo planeaste todo, la sidra y luego permitiste que todos dijeran que había sido tu amante —le acusé. Marie se escurrió viendo que el asunto se ponía feo.

—Bueno, a ti te gustó, yo no te obligué, eso es buena señal. Detesto las mujeres gazmoñas, prefiero una esposa que sepa a qué atenerse. Vamos Chloé, deja esa furia para cuando estemos en la cama —dijo riéndose.

—No pienso casarme contigo. —declaré.

—Si no lo haces el abuelo te desheredará y te apartará de su corazón. Y sé que no podrás soportar que ocurra eso.

—Entonces que lo haga, si significa tan poca cosa para él, entonces fui engañada y poco me importa lo que ocurra después. No quiero su herencia, ni quiero que me manipulen como uds. dos pretenden hacerlo.

—Yo no quise que fuera así Chloé, no pienses que lo planeo todo porque no es verdad.

—No me casaré y no podrás convencerme de que te acepte. Debiste quedarte en Paris, en vez de venir a arruinarlo todo.

—Escucha mi gatita consentida esto es serio, lo que ocurrió en el bosque... Todos creen que te seduje y aquí piensan que tú permitiste que lo hiciera. Eres la culpable y aunque estoy dispuesto a golpear a quien se atreva a ofenderte con esos rumores, muy pronto toda la comarca lo sabrá con nombres y apellidos. Ningún joven de familia decente querrá casarse contigo —me advirtió.

Sus palabras me dejaron helada, solo pensé en que Raymond nunca debía enterarse y esa misma noche le escribí tres cartas.

“Estimado conde de Ferrieres (decía una)

Mi aventura en Savigny acaba de terminar, estoy tan decepcionada y triste que no quiero volver a oír de esta familia nunca más.

Pretenden casarme con un sobrino nieto de mi abuelo, claro que jamás le aceptaré, pero han hecho correr un rumor horrible que amenaza mi reputación y estoy acorralada, he caído en una

trampa. Lo mismo debió ocurrirle a mi madre, por eso huyó.

Por favor en honor a nuestra amistad, ayúdeme, no sé qué hacer. Todos dicen que debo aceptar a Clément por mi bien, porque si no lo hago ningún joven de buena familia querrá casarse conmigo.

Tal vez considere esta carta una impertinencia absurda.

Ahora comprendo que nunca debí abandonar Dulac, lo hice por un impulso porque pensaba que ud. no tenía serias intenciones, pero tal vez ni siquiera le di tiempo a que me respondiera.

Yo nunca he dudado de mis sentimientos por ud. pero también sé que no tengo derecho a pedirle ayuda en un asunto familiar. Por favor, discúlpeme, ud. debe tener asuntos más importantes en que preocuparse.” Chloé Dumont

Las otras cartas las deseché, y esa tercera no estaba segura de enviarla. Hablar de mis sentimientos con esa ligereza en una carta parecía de pésimo gusto. ¿Qué iba a pensar de mí? Que mi desesperación era tal que era capaz de hacer cualquier declaración con tal de lograr ser rescatada de Gaillac.

Lo más sencillo sería escapar, enfrentar a mi abuelo y luego huir a Paris, terminar ese capítulo de mi vida. Pero sabía que de todos mis sueños jamás renunciaría a Raymond y si escapaba a Paris temía no volver a verle, pasar mi vida como respetable solterona añorando lo que pudo haber sido, con pequeños recuerdos y flores marchitas en una cajita.

Sin embargo, decidí enviar la última carta y otra disculpándome por mi insistencia. “Tal vez decida irme a Paris”. Le decía al final.

CAPÍTULO 21

Comenzaron los preparativos y yo miraba día y noche al horizonte esperando ver llegar a Raymond montado en su semental negro como en los cuentos, dispuesto a rescatarme de esa horrible familia. ¿Cuánto tardaría en recibir mi carta? Los preparativos no llevarían más que unas semanas, luego cuando mi tiempo de espera se terminara, escaparía. Había empacado mis vestidos y tenía mis joyas en un maletín.

En esos días, Lionel estaba demasiado ocupado defendiendo mi honor entre los mozos de las caballerizas golpeando a todo aquel que osara hablar de mí. Hubiera sido más sencillo despedirles, pero imagino que era más divertido de esa forma y “mi prometido” deseaba lucir sus cualidades como antiguo habitante de un tugurio parisino o tal vez estuviese algo nervioso por la boda y deseara desquitarse.

Mi abuelo estaba demasiado contento para prestarme atención, excepto André. André debía sospechar que tramaba algo, aunque no se atrevió a molestarme.

Esa casa apestaba por todos lados, era como un viejo mausoleo infestado de ratas y enfermedades, una prisión maloliente, aunque todo pareciera estar muy pulcro y ordenado.

Y en mi desesperación leí las cartas de mi madre, ignoro si lo hice para matar el tiempo o porque esperaba encontrar algún consuelo en ellas. No había vuelto a leerlas desde mi estancia en Dulac. Eran cartas de amor que me arrancaron lágrimas. ¿Cómo alguien podía menospreciar a Alphonse Dumont si era capaz de escribir aquellas cartas y despertar un amor tan grande?

Entonces hice un nuevo descubrimiento, algo que al principio no comprendí. Era un documento en el cual mi abuelo legaba a su hija y a los hijos de esta Dulac, pero que en caso de fallecimiento de mi madre regresaría a su dominio.

Alguien había escondido ese documento amarillento por el tiempo. Y junto a él había otro, un poder de los esposos Dumont para Armand Dumont (ese tío beodo y estafador) para actuar en su nombre y realizar diferentes cometidos, inclusive vender la propiedad: Dulac.

Las palabras bailaban ante mis ojos, ¿quién pudo ser tan tonto de dar semejante poder a mi tío? ¿O acaso tenían una confianza ciega en él? Tal vez por ignorancia, él debió engatusarles y mis padres no imaginaron nunca lo que haría éste con la vid. ¿Habría buscado Raymond ese documento que seguramente confirmaría sus derechos sobre Dulac?

Lo ignoraba, pero dadas las circunstancias lo guardé cuidadosamente, sería la carta que jugaría, mi dote si realmente se casaba conmigo. Era demasiado valioso y si lo destruía tal vez mi abuelo recuperara la herencia familiar, pero jamás me lo daría a mí sino a Lionel, su heredero. Además, traicionaría al hombre que amaba porque él dejó que tomara cuanto deseara de la habitación de mi madre, incluyendo esas viejas cartas de amor.

Alguien debió guardar esas cartas y esos documentos doblados como simples cartas por descuido. Mi astuto tío tal vez tuviera una copia de ese documento o quizás la hubiera extraviado, no era un hombre muy responsable y de tanto beber su cerebro debió atrofiarse.

Nada me ataba a Gaillac, no debía lealtad a una familia que jamás intentó buscarme ni me dio el lugar que merecía. Aquel descubrimiento cambiaba muchas cosas y no podía esperar que

Raymond se decidiera a rescatarme, yo debía ir, aunque fuera una audacia. Ya había escrito esas cartas desvergonzadas, ¿qué me importaba ir y exigirle que se casara conmigo a cambio de esos documentos? Cambiaría la historia, no sería la heroína obligada a casarse por conveniencia una vez más, haría que mi enamorado se casara conmigo lo deseara o no. ¿Cuántos galancetes y mequetrefes se casaban por dinero en estos tiempos? En París se decía que una joven sin dote no podía casarse, pero un hombre sin fortuna sí podía casarse con quien deseara. Eso era lo más frecuente, aunque había excepciones. Pensándolo bien yo era una de ellas, una excepción extraordinaria de las convenciones.

Sabía que mi plan era osado además de ridículo, jamás obligaría a Ferrieres a hacer nada que no quisiera hacer, así eran los hombres, unos caprichosos acostumbrados a hacer su voluntad. ¿Y acaso no ansiaba ante todo ser amada?

Guardé nuevamente los documentos y no me decidí a hacer nada con ellos por el momento.

Días antes de la boda Lionel insistió en que fuéramos a dar un paseo a caballo. Era un día espléndido y casi me rogó que lo llevara al ver el castillo en ruinas. El lugar me traía recuerdos desagradables, pero pensé que junto a Lionel nada malo me ocurriría y noté que él ansiaba congraciarse conmigo, pues durante días no le había dirigido la palabra. Además, iba a ser el novio abandonado, era inevitable. Lo que nunca imaginé fue que mi hermanito pensaba darle un final diferente a la historia. Dejado de lado por todos, fuera del testamento y la ansiada herencia solo le quedaba quedarse en Gaillac como un estorbo a la sombra, como el pariente pobre que no tiene a dónde ir y nadie se atreve a expulsar porque les da lástima.

—Es un sitio magnífico —declaró Lionel entusiasmado y quiso aventurarse a través de las ruinas.

Calculó que debía ser gótico con reformas barrocas y comenzó a reconstruirlo en su imaginación contando historias caballerescas.

No podía dejar de pensar que era un lugar tétrico y que además corría un serio peligro de derrumbe.

—Sal de allí, Lionel —le grité al ver que escalaba las ruinas y se empeñaba en llegar al puente levadizo.

—Clément, debes llamarme Clément muchacha —dijo él despreocupado.

Casi me mata de la angustia cuando lo vi llegar hasta el edificio. No era esa la idea que tenía para deshacerme de él. Le tenía cierto aprecio a pesar de todo y verle morir frente a mis narices sería una experiencia muy desagradable y horrible.

—Sal de allí, es un lugar peligroso. Clément. —grité desesperada.

Me obligó a trepar las ruinas y el puente que me provocó vértigo, no podía dejarle solo ni quedarme yo sola, ese lugar me provocaba escalofríos.

—Es fascinante —decía Lionel mientras recorría los pisos de abajo y se aventuraba por la escalera. —Cuando este lugar sea mío me encargaré de reparar este castillo, no pueden dejar que se convierta en ruinas, estoy seguro de que ha sido testigo de muchos hechos importantes a través de los siglos.

—El abuelo no desea que nadie venga aquí, dice que es peligroso. Lionel, por favor. Clément, este lugar podría derrumbarse en cualquier momento y tú eres el heredero al trono, si algo te ocurre... —dije.

Lionel se me acercó de un salto. —¿Estás realmente preocupada por mí? No puedo creerlo. Creí que querías deshacerte de esta pobre alma a cualquier precio. Sabes, yo desconfío de tu aparente aceptación a la boda, te conozco demasiado para saber que escondes un secreto —dijo y

tocó un rulo rebelde que escapaba a mi peinado alto muy apropiado para una futura novia y sobre todo para el calor que hacía.

—No quiero que te ocurra nada, no de esta forma. Vayámonos ahora de este lugar, es oscuro y me da escalofríos —le dije.

Entonces oímos el relinchar de un caballo y un gran estruendo como si algo de abultado peso cayera al suelo. Corrimos a investigar y no tardamos en comprender lo ocurrido, alguien se alejaba a caballo después de llevar a cabo su hazaña malvada, luego de cortar las cuerdas que sostenían el puente que en otros tiempos fue levadizo, haciendo que este cayera al vacío provocando el estruendo que sentimos. Estábamos atrapados en el castillo y como si esto fuera poco algo olía a quemado.

—Ese maldito André. Nunca le creí tan perverso, debe odiarnos mucho para hacer lo que hizo, pero tú eres su hermana. —dijo Lionel, pero no había tiempo de maldecir a mi hermano. Yo también le había visto correr con su caballo.

—Él cree que soy una farsante y tú le robaste la herencia. Tiene muchos motivos para deshacerse de nosotros, pero jamás creí que llegara tan lejos —dije mientras veíamos la manera de salir de ese castillo sin utilizar el puente, antes de que nos alcanzaran las llamas.

—El muy estúpido, ¿realmente espera matarnos y que nadie sospeche de él? Y si salimos vivos, cosa que haremos, lo primero que haré será pedir su cabeza. Diré a todos lo que hizo —dijo Lionel sin ocultar su furia.

Pero no fue sencillo escapar, tardamos demasiado y las llamas se estaban apoderando de toda la madera que allí había y volví a ver la muerte de cerca, mucho más cerca que en Lasalle, en Lasalle había sido solo un susurro en comparación. El humo amenazaba con asfixiarnos.

—Ese imbécil ni siquiera sabe hacer las cosas bien, debió darnos un tiro y fingir que habíamos caído al precipicio no hacer un incendio que no tardará en ser visto por todos —dijo y luego me llevó corriendo hacia la parte de atrás del castillo pues era imposible salir por otro lado. No podíamos utilizar lo que había quedado del puente que aún colgaba suspendido, pues estábamos lejos de tierra firme.

Al llegar al otro extremo encontramos una salida, pero tardamos mucho en encontrar el pasadizo subterráneo que comunicaba con ella, y luego descubrimos que estaba atascada.

Cuando cedió y aspiramos aire puro me desplomé. Nunca imaginé que André haría algo tan siniestro, que intentara matarnos a ambos.

El castillo fue asolado por el incendio, pero sus paredes resistieron y una oportuna lluvia logró extinguir el fuego porque mi abuelo no se molestó en hacerlo. Estábamos a salvo y eso era lo importante.

André jamás regresó. Supongo que al fracasar su plan decidió poner en práctica uno de emergencia. No iba a escapar, ni a la justicia, ni a mi abuelo si caía en sus manos así que tomó su caballo y un dinero que mi abuelo guardaba en un lugar secreto y desapareció.

Mi abuelo no lo denunció para evitar el escándalo, los Savigny no necesitaban de ellos en esos momentos, así que dijo a todos que su nieto había pedido su permiso para entrar en el ejército.

Nadie creyó su historia, pero André no llegó tan lejos como esperaba, tuvo tanta mala suerte no solo porque nos salvamos, sino porque se estrelló el tren en el que planeaba alejarse de Gaillac para siempre.

Cuando trajeron su cuerpo fui la única que lloró por aquel final, pues a pesar de todo era mi hermano y porque mi abuelo no quería saber nada de él ni enterrarle junto a sus ancestros.

Logré convencerlo con amargos reproches, él era culpable de todo lo ocurrido, había actuado por impulso sin tener en cuenta los sentimientos de los demás. Siempre había rechazado a mi hermano por ser Dumont y como digno Dumont había respondido, pero todo hubiese sido diferente si al menos le hubiera entregado una parte de su fortuna.

—Le enterraré en el cementerio del castillo, aunque no se lo merezca, pero no se aplazará la boda por su causa, no merece tal consideración después de todo lo que hizo —rugió mi abuelo.

No le dije que no iba a casarme porque ya estaba muy disgustado. ¿Es que ese hombre jamás aprendería de sus errores?

Hubo una misa en honor a André y yo presidí el cortejo no permitiendo que nadie hablara mal de él, que Dios lo juzgara. Todo pudo ser diferente, tal vez si hubiera tenido la oportunidad de empezar una nueva vida lejos de mi abuelo...

CAPÍTULO 22

Pasaron los días y todo siguió como antes, sin embargo, noté un cambio en mi abuelo como si por primera vez analizara los últimos sucesos y se preguntara si acaso no tenía culpa en ellos. Sé que era imposible imaginarle arrepentido o reconociendo un error, pero...En todo caso debió ser un momento de debilidad pues estaba muy ilusionado con la boda y seguía acaparando a Lionel día y noche.

Se acercaba el momento final y debía hacer algo. Una fuga nocturna parecía lo adecuado, pero no podía hacerlo sin robar caballos o un carruaje entero y no tenía idea hacia dónde debía ir para regresar a Dulac. Así que solo me quedaba ser franca con mi abuelo y soportar sus amenazas de desheredarme y luego marcharme esperando que éste tuviera la gentileza de ofrecirme su carruaje para poder regresar al pueblo y de allí ir a Dulac.

Cobardemente postergaba ese momento, si al menos hubiera recibido una sola carta o mensaje suyo no lo habría dudado, pero su silencio e indiferencia me hacía vacilar. Como si no le importaran mis desventuras y no le importara nada de mí. En ningún momento debí significar algo importante o no me habría dejado ir como lo hizo.

Pero no puedo casarme con Clément por despecho, debo marcharme cuanto antes.

Eso me repetía día a día y ya se acababa mi tiempo, la aventura de Gaillac llegaba a su fin, si solo era aceptada al acatar la voluntad de mi abuelo y me casaba con su heredero, entonces yo no debía significar nada para él. Estaría siempre orgulloso de mí, siempre y cuando hiciera lo que él quisiera. Así eran las cosas y no podía hacer nada para cambiarlas.

Pero ahora venía lo peor, enfrentar al abuelo y hacerle saber que realmente no pensaba casarme con Lionel. Estaba preparada para ello pues el tiempo se me terminaba. El reloj marcaba las horas y yo llevaba bien la cuenta de los días, mi tiempo de libertad se extinguía y si no hacía algo muy pronto me encontraría en la iglesia, nuevamente vestida de novia oyendo el sermón del cura. Me casaría con Clément Alaric, con mi abuelo y con todas las propiedades, estaría atada a todos ellos hasta el fin de mis días. ¡Qué horror!

Solo quedaban tres días y los parientes de mi abuelo comenzaron a llegar, lo que aumentó mi temor pues comprendí que con tal de evitar el escándalo mi abuelo era capaz de encerrarme. Hablé con Marie en secreto, pues veía que era inútil montar una escena y exigir mi libertad y por consiguiente el destierro de Gaillac. El abuelo jamás permitiría mi desertión ni que decir que tampoco me ofrecería su carruaje, ni siquiera un caballo para que yo pudiera deshonrarle como me proponía. ¿Por qué permití que creyera que sí iba a casarme con su heredero? ¿Por qué dejé pasar el tiempo? ¿Acaso me había vuelto cobarde?

Si no hacía algo pronto debería cargar con las consecuencias de mi letargo. Ya empezaba a creer que Raymond y Dulac eran un sueño, bello e inalcanzable para mí. Clément era joven y guapo, tenía sentido del humor, era un artista y tal vez tuviera razón al decir que pudo ser peor... Pude verme obligada a casarme con algún tío segundo viudo, un vejestorio de mal carácter. Pero nuestro arreglo parecía casi romántico pues ambos éramos jóvenes y quizás con el tiempo podríamos llegar a enamorarnos.

Pamplinas, sabía que nada de eso ocurriría, no mientras tuviese en el corazón a Raymond. Mi matrimonio con Clément Lionel sería una desdicha, me entregaría a sus brazos pensando en Ferrieres y viviría una mentira pues seguiría esperando que él llegara a Gaillac para rescatarme de un casamiento equivocado.

—Es una locura Chloé. Los muchachos de los establos son granujas y además ninguno se arriesgará a perder el puesto para ayudarte a escapar.

—Por eso mismo les necesito, porque ofreciéndoles un par de joyas serían capaces de vender a su madre. Ellos son mi salvación, además hay uno llamado Gilles que no me saca los ojos de encima. ¿Lo has notado?

—Ese joven tiene mala fama y temo que mira a cuanta mujer ande por la propiedad y con todo descaro la persigue aprovechando que el viejo no controla demasiado lo que ocurre en sus caballerizas. No puedes acudir a ese muchacho Chloé, no se conformará con una joya valiosa, querrá una prenda también el muy sinvergüenza. ¿Y qué hay con tu reputación Chloé, dónde quedará luego de que todos se enteren de que fue Gilles quien te ayudó a escapar? Si vas a huir al menos elige un benefactor de más categoría que un pobre mozo de establo.

Marie tenía razón en parte, pero yo no estaba dispuesta a recapitular —mi honor ya quedará por el suelo cuando deje al heredero plantado en el altar, ¿qué importa cómo escape? Necesito un caballo y que alguien me lleve a Dulac o hasta la aldea por lo menos.

—Chloé no debes hacer esto, te arrepentirás toda tu vida si no aceptas a ese joven, si le rechazas por un capricho. Una dama no debe perseguir a sus enamorados, sino que debe ocurrir lo inverso y si tú regresas a Dulac, Ferrieres te despreciará, querrá tomarte como amante. No se casará contigo, tal vez lo desee, pero el peso de su familia y ese bendito título pueden más que todo. Esos nobles nunca fueron románticos querida, te lo aseguro, menos ahora que han perdido influencia, aunque planean recuperar eso y mucho más.

Lionel es el joven que te conviene, te dará una vida cómoda, acéptale y deja de hacer absurdos planes de huida. No puedes abandonar lo seguro por una quimera.

Además, si te vas ahora lo perderás todo, pues nadie te perdonará si huyes. ¿Y qué sabes de Ferrieres que ni siquiera se molestó en contestar tus cartas? Tal vez ya esté prometido con otra mujer como tanto quería su hermana.

—Tal vez no haya respondido porque tú nunca enviaste las cartas —le acusó.

Marie se ofendió.

—¿Cómo puedes acusarme de semejante cosa? ¿Acaso no te he ayudado siempre, no he velado por tu bienestar para que digas ahora qué?... Claro que envié las cartas, lo que no puedo garantizar es que el conde las recibiera pues ignoro cómo funciona el correo por estos pueblos de provincia. Todo aquí es más atrasado que en París, es como si el tiempo se hubiera detenido, tal vez por la gente ignorante que vive aquí. Señorita Chloé, he cuidado de ud. desde que era una niña junto con su tía Henriette, pero no puedo consentirla esta vez, pues lo que ud. va a hacer es una locura, casi un suicidio si me permite la comparación. No exagero, ud. desea renunciar a todo, a la herencia de su abuelo, a la familia Savigny y a un joven encantador por seguir un sueño, porque cree que Raymond estará esperándola para convertirla en su esposa y vivir por siempre en Dulac. Pero ud. huyó de allí, ¿ya lo olvidó? Y huyó porque ese hombre jamás habló de casamiento ni de amor, solo intentó seducirla y ud. temió sucumbir porque ud. sí le amaba. Los hombres se aprovechan de las mujeres enamoradas, las manipulan y obtienen lo que desean para luego desecharlas cuando se aburren de ellas. Siempre ha sido así. Un caballero de verdad si realmente le interesa una mujer actúa de otra forma, pide permiso para cortejar a la joven y luego pide su mano. Ese conde nunca

hizo tal cosa. ¿Y usted, va a dejar todo por él? ¿Todo por un hombre que no la merece, todo para ser la amante de Ferrieres? Ud. merece mucho más que eso Señorita Chloé.

—Clément quiere casarse conmigo porque su abuelo lo obliga, porque soy su nieta, tampoco él sigue los dictados de su corazón. Él tampoco me ama y no seremos felices.

—¿Acaso es usted tan tonta Srta.? Chloé? ¿No ve que ese joven está loco por ud. y que si se planeó esta boda es porque ud. se colocó en una situación difícil? No se puede jugar de esa forma con los hombres, Raymond lo sabrá, todos dicen que ud. se dejó seducir por Lionel.

—Eso no es verdad, no ocurrió nada entre nosotros, fue solo un beso. —protesté.

—Ese joven la ama Srta., no sea ciega, él dejó Montmartre porque supo que ud. estaba aquí, ya la amaba desde los tiempos de Lasalle y no dejará que se escape.

—Me importa un comino lo que sienta o deje de sentir Lionel, Marie, deja de defender su causa, no me ataré a un hombre que no amo por conveniencia, ya lo hice una vez y para mí fue suficiente —declaré decidida.

No me agradaba el plan de acudir a Gilles, pero no se me ocurría uno mejor. Necesitaba un caballo y un guía. Estaba desesperada y amaba a Ferrieres tanto que no me importaba lo que ocurriera después. Claro que tenía la esperanza de que con ese documento que le entregaba Dulac lograra persuadirle de que se casara conmigo. Pero no sería tan tonta de entregarle todo sin obtener nada y yo lo quería a él, por entero...

Me acerqué a los establos esa misma tarde y le pedí a Gilles mi yegua Marrón para dar un paseo. Su mirada atrevida me hizo retroceder un poco. Era como tantos otros mozos de establos, moreno, ojos oscuros y modales bruscos, fuerte como los caballos que cuidaba y su mirada era francamente lasciva, pero... Le necesitaba. Así que le pedí que me guiara hasta el río pues necesitaba encontrar una joya que se me había perdido, un anillo.

Era una excusa tonta y tal vez no muy convincente, pero él la creyó.

—No deseo causar alarma en la casa, el ama de llaves pondrá el grito en el cielo y aterrorizará a los pobres criados —dije a Gilles y a los otros mozos que nos escuchaban atentos. Uno guiñó un ojo y los otros se quedaron pálidos y desconcertados.

Nos alejamos del grupo y tardamos media hora o quizás más en llegar al riachuelo que atravesaba la vid. Nunca sería una propiedad tan magnífica como Dulac, aunque fuera próspera y más extensa.

—Escuché, no perdí ninguna joya, pero necesitaba una excusa para atraerle aquí sin despertar sospechas desagradables. —empecé.

—Lo imaginaba Srta. Savigny —dijo él presuntuoso imaginando que yo estaba muy interesada en él para inventar semejante historia.

Todos me llamaban señorita Savigny, nada de Dumont, el abuelo debió habérselo prohibido.

—Necesito su ayuda. Claro que a cambio será muy bien compensado —dije para que dejara de mirarme como si yo fuera un bocado a punto de ser devorado por él.

—¿Mi ayuda? —dijo sorprendido. Había logrado desconcertarle y eso era mejor porque le quitaba eso otro de la cabeza, al menos por un momento.

—Sí, su ayuda. Como sabrá voy a casarme con Clément dentro de tres días, pero no es mi deseo hacer tal cosa sino escapar. No puedo hacerlo por mis medios, desconozco la región y no llegaría muy lejos.

Su mirada se tornó especuladora. —¿Acaso madeimoselle pretende que pierda mi empleo? ¿Es una broma, ¿verdad? Una costumbre Parisina para sorprender a su prometido antes de la boda.

—No lo es en absoluto y no se preocupe por su empleo, le compensaré muy bien para que no

tenga necesidad de él por un buen tiempo —le respondí y saqué de mi bolso una diadema de zafiro engarzados en oro macizo. Si eso no alcanzaba le entregaría dinero.

Él tomó la joya y luego me la devolvió enseguida.

—Señorita lo que me pide es demasiado, si su abuelo llega a enterarse y nos descubre me matará. No importa que tan lejos llegue con su recompensa, él me encontrará.

—Esto es solo una parte del pago, le daré dinero y un pasaje para la ciudad que desee.

—Ya conozco esa historia Madeimoselle, jóvenes ignorantes como yo que van a la ciudad en busca de una nueva vida y terminan en una cárcel o muertos de hambre. ¿Qué podría hacer yo en una ciudad que solo sé de caballos y apenas sé firmar mi nombre?

Tenía mucha razón, no era tan estúpido como imaginé y aunque bruto, como todos los mozos de caballerizas, no iba a ser nada fácil convencerle. ¿Qué podría ofrecerle para tentarle lo suficiente para olvidar sus temores y renunciara a todo lo que le ofrecía Gaillac?

—Escuche, le regalaré un establo para ud. solo, una parcela de tierra y comenzará una nueva vida independiente de mi abuelo. Aquí no tiene ud. mucho futuro, salvo trabajar por el resto de su vida y luego pasar una vejez miserable. Pero yo puedo darle lo que desee, ud. diga cuanto necesita para sacarme de este lugar.

Esa idea debió gustarle porque le vi vacilar, no parecía tan seguro como al principio.

—¿Y por qué quiere ud. escapar? —preguntó entonces. Su pregunta era una impertinencia. ¿Quién había enseñado a razonar a ese peoncillo de los establos y a exigir tantas explicaciones? ¿Qué le importaban a él mis razones?

Pero no podía decirle que no era de su incumbencia, mi propuesta todavía no le había convencido y si le ofendía regresaría a su trabajo y le contaría a todos lo que había intentado hacer ese día.

—Ese matrimonio lo arregló mi abuelo, yo nada quiero saber de Clément ni de casarme contra mi voluntad —le respondí sintiendo que le hablaba en chino. Cualquiera en mi lugar habría aceptado esa boda con entusiasmo.

—¿Y va a desperdiciar un legado como este solo por capricho? Ud. está loca Srta.

—¿Qué dice a mi propuesta? ¿Aceptaré? —le dije impaciente. —No puedo perder tiempo, si ud. se niega deberé sobornar a algún otro criado, alguno aceptará lo que voy a ofrecerle.

Él sonrió —después que yo hable ninguno querrá saber nada del asunto y su abuelo la encerrará Srta. — dijo y de pronto pareció cambiar de idea y acercándose a mí agregó mirándome con descaro: —Tal vez cambie de parecer si ud. se tiende en esa hierba y se entrega a mí como lo hizo con Clément hace tiempo. Eso alcanzará para que me convenza ud. de hacer cualquier locura por su causa.

Le di una bofetada, no se merecía menos ese insolente descarado. Pero la culpa era mía por tratar con esa gente dominada por sus más bajos instintos.

—Si llega abrir la boca diré a mi abuelo que le despida, diré que es ud. una seria amenaza para las criadas de esta casa. —le dije yéndome. No quería hacer ningún trato con ese joven, era un granuja y no se podía confiar en él. Me traicionaría e intentaría seducirme porque al parecer a ese joven solo le importaban las mujeres. Era un atrevido al pretender que me entregara a él como cualquier criada. Pero era necesario callarle, si no iba a ayudarme y ya no deseaba que lo hiciera, no debía delatar mis intenciones de escapar o estaría perdida.

Había fracasado como una tonta y quedé tan desanimada que mi mente quedó en blanco. No tenía un plan de emergencia, me había confiado demasiado en que ese estúpido mozo aceptaría la recompensa y me llevaría a la aldea sin vacilación.

Pero corrían las horas y mi tiempo de libertad se terminaba. ¿Acaso no podía hacer nada? No podían obligarme como si fuera una chiquilla, debía encontrar la manera de huir, o al menos lo intentaría.

Día a día llegaban más invitados, los carruajes y faetones se detenían en los establos y había tanta gente en los alrededores que, si intentaba escapar, tal vez no lo notaran enseguida y eso me diera tiempo. Escribí nuevas cartas para Raymond; algunas realmente apasionadas, pues encontraba gran consuelo en ellas, aunque no pudiera enviárselas las fui guardando conmigo.

Si acaso Raymond acudía a mi llamado desesperado no lo haría a tiempo, faltaba solo un día para la boda y luego... Luego sería tarde.

Ese día tenía un nudo en la garganta y estaba tan nerviosa que el ruido más insignificante me sobresaltaba. La casa, aunque llena de luz era como una oscura prisión. ¿En qué lío me había metido? Lamenté no haber seguido los consejos de Raymond, jamás debí ir a Gaillac, ahora lo sabía...

Había perdido mucho más que la libertad, había perdido algo mucho más grave: la ilusión de encontrar a mi familia. Todo era una gran ficción, una fachada y además sospechaba, a raíz de ciertos comentarios que había oído, que el abuelo modificaría el testamento a mi favor después de la boda y que solo recibiría un legado especial y no una parte de la herencia. Lionel era el heredero, él recibiría todo, pero jamás tendría Dulac, Dulac sería mío.

Al anoecer lo tenía todo preparado, escaparía esa noche, el día antes de la boda. No era muy original al dejar plantado a mi prometido ese día, pero ¿qué importaba a fin de cuentas? Dudaba que quedara muy afectado, pues no dejaría de recibir su herencia y eso debía ser lo único que contaba para él.

Huir en plena noche parecía una locura, pero al menos habría luna llena y yo había visto desde mi habitación y también desde el bosque parte del camino que seguían los carruajes al regresar a la aldea tras dejar a los invitados. No importaba que avanzara en círculos ni que me perdiera, lo importante era que al menos haría un intento.

Me escabullí con una pequeña maleta la cual contenía gran parte de vestidos, sombreros y demás pertenencias, no podía llevarme todo pues pesaba demasiado.

Llegué sin dificultad hasta la puerta principal (Marie me había procurado una llave esa misma noche) y luego la abrí conteniendo la respiración. Al llegar a los establos todo estaba en silencio, imaginé que todos dormían como en la casa después de haber bebido el vino que generosamente les obsequió mi abuelo en honor a los que pronto iban a casarse, a invitados, criados y a todos los invitados. Un brindis precipitado sin lugar a dudas. ¿Alguien había dicho que era de mala suerte brindar antes de tiempo?

Los caballos comenzaron a relinchar uno a uno y yo contuve la respiración, debía actuar deprisa antes de que algún mozo tonto despertara y me viera escapar. No tardé en ensillar a Marrón, sabía cómo hacerlo, y lo hice, aunque perdí un tiempo valioso en esa labor, no era tan salvaje ni sabía montar en pelo.

Los otros caballos dejaron de relinchar y pude al fin montar a Marrón y huir. Galopar a campo traviesa con gran velocidad. El bosque me aguardaba, el bosque y Dulac, Raymond, todo estaba encerrado en ese bosque, si lograba atravesarlo...

Corrí sin descanso durante horas, pero nunca llegué a la aldea. Un jinete me dio alcance cuando empezaba a dejar atrás el bosque y su caballo corría mucho más veloz que la pobre Marrón que ya estaba cansada y seguramente sedienta.

Le vi acercarse conteniendo la respiración y al comprender que no tenía escapatoria detuve mi

yegua y le enfrenté.

No salí de mi sorpresa al ver su rostro en la penumbra, estaba tan furioso que tardé en reconocerle, pero luego no tuve dudas de que era Lionel.

—Así que, escapando, ¿eh? ¿Por qué? Creí que... ¿Te das cuenta de que te pones en peligro por escapar como una niña caprichosa? —dijo.

—Sabes bien que nunca quise esa boda, que todo fue arreglado por mi abuelo y tú. No finjas que no tuviste nada que ver en el asunto porque no te creo. Y no me obligarás a regresar a Gaillac —le respondí furiosa y frustrada por mi fracaso.

Él avanzó con su caballo azabache hasta quedar frente a mí.

—¿Acaso has visto a Guillaume? Dime, ¿cómo se llama él, Chloé? ¿Por quién me abandonas?

—No te lo diré, pero creo que tu mereces algo más que una mujer que no te ama y que fue forzada a casarse contigo, Lionel. Te odiaré si me obligas a aceptarte y después, si quieres que te dé un hijo deberás forzarme porque jamás seré una verdadera esposa en los hechos.

—Sin embargo, te gustó que te besara en el bosque y de haber insistido me habrías dejado llegar más lejos. Eres una tonta si me abandonas ahora Chloé, perderás todo y jamás podrás regresar. Piensa en el disgusto, en la vergüenza que le provocarás a tu abuelo. Él está muy enfermo y no lo soportará, ha sufrido demasiados desengaños en su vida y esto le matará. Él confía en ti. Escucha, yo tampoco soportaría a una mujer que no me ama, ni quiere saber nada de mí. Casémonos para dejarle contento y para que termine sus días en paz. Después de que él muera te daré el divorcio, tendrás tu ansiada libertad, aunque no imagino que harás con ella, pero te doy mi palabra Chloé.

—Para él siempre seré una Dumont, no le importa gran cosa de mí, solo que obedezca y cumpla con sus planes. No le importo en absoluto como tampoco le importaba mi hermano. Esta ha sido la gran desilusión de mi vida, toda mi familia ha muerto y aquí no me espera más que infelicidad. No lo digo por ti, realmente no quiero perjudicarte, pero a todos los efectos recibirás la herencia con mi mano o sin ella.

—¿Y qué diablos me importa la herencia si todos dirán que me abandonaron en el altar? Y que el disgusto mató a mi abuelo. Por favor Chloé piensa lo que te he dicho, no soy un truhán, tú me gustas sí pero no voy a retenerte a mi lado por una herencia. Una joven cualquiera se sentiría más que satisfecha con todo lo que tendría a mi lado, pero tú eres distinta, lo vi desde el principio, no te importaba nada de esto. Buscas ser feliz como quien busca una quimera. ¿Y si eres nuevamente defraudada? ¿Si eso con lo que sueñas te rechaza y te rompe el corazón? Tú no eres tan fuerte como pareces Chloé, eres vulnerable y como no me amas en absoluto, no sufrirás, pero tendrás un lugar seguro aquí y prometo no ser un marido aburrido y recalcitrante.

Sus palabras eran tentadoras, pero podían ser fríamente calculadas, lo ignoraba, pero no hubiera llegado muy lejos con Marrón, descubrí que no estaba acostumbrada a recorrer grandes distancias y se veía exhausta. Debí escoger otro caballo.

Dócilmente regresé a la casa, con un sentimiento de derrota y frustración tan grande como insoportable. ¿Por qué había escuchado a Lionel? Era un zorro tramposo que quería manipularme para su conveniencia, no me dejaría ir hasta que su herencia estuviese asegurada y si hubiese sido necesario me habría llevado por la fuerza.

Luego obtendría el divorcio y sería nuevamente libre, era justo y razonable, pero yo no podía aceptarlo.

—¿Y a dónde irás, a París? ¿Dejaréis una fortuna por un piso atestado en la gran ciudad? ¿De qué viviréis? —quiso saber mientras emprendíamos el regreso.

—Tengo una pensión con la cual viviré dignamente, de eso no debes preocuparte. Yo no soy asunto tuyo, ¿entiendes? Me las arreglaré muy bien —le respondí sin mirarle.

—Por ese camino no iba a llegar a ningún lado. Ni siquiera sabes cómo llegar al pueblo y te advierto que después que dejes atrás las propiedades Savigny sin protección, quedarás a la merced de los bandidos que asolan la zona. Debo acompañarte, lo haré de todas formas pues no soportaría que te hicieran daño esos pillos.

—Iré sola —dije, pero sabía que era inútil, Lionel me seguiría y lo que menos quería era que supiera que iba a Dulac. Dulac y Raymond eran parte de mi secreto, y no deseaba de ninguna forma que Lionel entrara en él. No podía tolerarlo y en mi desesperación intenté hacer correr a Marrón, pero esta, aunque hizo un gran esfuerzo no pudo dejar atrás a Lionel con su imponente semental así que tiré de las riendas y abandoné con gran pesar la idea de huir por esa noche.

—Matarás a esa pobre yegua si le haces correr de esa forma, no es un animal para correr a esa velocidad. Realmente Chloé, deberías pensar bien tus planes antes de ponerlos en práctica. —dijo Lionel y aunque enojado noté que al final estaba reprimiendo una risa.

Tal vez fuera una tonta al rechazar todo lo que me ofrecía, no era mal partido en realidad, era joven, guapo y entusiasta, siempre dispuesto a hacer chistes y reírse de todo. Raymond era tan distinto a él, y sin embargo le amaba, así fue desde el principio y de no haberle conocido habría sido muy feliz de poder casarme con el heredero y quedarme en Gaillac para siempre. Porque el heredero no era uno de esos jóvenes presuntuosos, lascivos o malvados, sino un joven guapo y encantador.

Al regresar a la residencia campestre pensaba en estas cosas cuando de pronto Lionel Clément me ayudó a descender de la agotada Marrón que sudaba a granel y este gesto nos obligó a estar muy cerca unos minutos. Fue allí donde él no pudo resistir besarme con singular ardor y declararme su amor.

No sé qué ocurrió entonces, qué fibra movió dentro de mí ser, si fue la certeza de que Raymond no me amaba y jamás sería mío, pero cuando Lionel pronunció esas palabras me arrancó lágrimas ardientes.

—No te vayas Chloé, sin ti esto sería muy tedioso para mí. Eres la razón por la que regresé de Paris. Quería verte de nuevo —dijo.

Sus ojos zorrunos tenían una expresión de conmovedora sinceridad, no mentía, sabía que tras todo aquel arreglo Lionel me amaba desde la época más trágica y mi vida: Lasalle.

Y hubo un momento en que él también llegó a interesarme, en que extrañé su risa, en que deseé volver a verle, pero todo eso terminó cuando llegué a Dulac y conocí a Raymond.

Podía casarme con él e intentar amarlo, (como si eso fuera posible) pero tuve la certeza de que siempre pensaría en Raymond y en lo que pudo ser y no fue, en el reino encantado de Dulac. Por más que pensara que él no merecía ese amor pues no tenía intención de responder a él, por más que supiera que nunca tendría al hombre que amaba, y que ese intento de regresar a Dulac solo fuera la derrota final. Seguiría escribiéndole cartas que tal vez nunca le enviara, seguiría amándolo a través del tiempo y la distancia y contándole mi triste historia de amor a mis nietas, cuando éstas tuvieran edad y se interesaran en las historias del corazón.

Algo en mí no se resignaba a guardar a Raymond en el Diario de los recuerdos perdidos de juventud, no era un final aceptable para mí y mientras estaba en brazos de Lionel pensé que me casaría con él y esperaría a mi amado toda mi vida.

Pero esa noche volví a escribirle una carta de amor sellada con besos y colocada junto a las otras en una cajita donde guardaba lo más valioso: las pertenencias de mi madre, las cartas y los

documentos de Dulac.

El día de la boda amaneció sereno, sin una nube, corría una brisa fresca matinal, pero sería un día espléndido, de eso no había dudas. Observaba desde mi ventada la llegada de más invitados y de pronto vi un carruaje que me era familiar, tenía la certeza de que conocía el soberbio escudo que ostentaba en sus puertas, pero no podía recordar a quién pertenecía.

Ignoro qué me hizo reparar en él habiendo tantos que empezaban a llegar al mismo tiempo, pero aguardé inquieta a que los ocupantes abandonaran el vehículo para poder reconocerles. Pero entonces un nuevo carruaje (muy oportuno) se interpuso entre mi visión y el otro vehículo y no pude ver quien descendía del primero.

Una doncella y una criada llegaron con el agua caliente y las pastillas de jabón y un presente de un invitado, amigo de Lionel. Un hermoso ramo de rosas rojas y otras flores silvestres llenaron la estancia con su exquisita fragancia. ¿De dónde serían esas flores? Me resultaba familiar su aroma, pero... No podía ser.

Mientras me bañaba me sumergí en la tina y cerré los ojos para no llorar. ¿Es que siempre todo iba a recordarme a Dulac y a Raymond? ¿Sería un fantasma que me perseguiría sin tregua día y noche?

Y luego al contemplarme en el espejo con el radiante vestido blanco de novia, con mucho encaje y seda, me odié a mí misma por lo que estaba haciendo, porque no tuve la valentía de escapar a tiempo y ahora estaba atrapada.

Pero no sería un verdadero matrimonio sino una farsa hasta que muriera el viejo. Me sorprendió que por primera vez le llamara así. Pero era el viejo y no mi abuelo, un hábil manipulador que me odiaría y renegaría de mí si no acataba su voluntad.

La doncella se esmeró con el peinado y mis rulos nunca se vieron tan dóciles y elegantes, pero no pudo hacer nada contra las lágrimas que amenazaban con arruinar mi rostro.

—Seréne Señorita Chloé o todos sabrán que lloró —dijo la doncella espantada.

Procuré calmarme y entonces llegó Marie para decirme que había sido muy sensata al no escapar la noche anterior, que todo sería para bien pues el Señor así lo había querido.

Sus palabras no me dieron ningún consuelo, no hacía más que pensar que ese día Raymond y Dulac se esfumarían como un gran sueño, como si nunca hubiera existido, les perdería para siempre. No esperaba que Lionel cumpliera sus promesas y además el viejo podía vivir muchos años. Mientras tanto estaría atada a un hombre que no amaba, tal vez por el resto de mis días. Y conociéndole sé que intentaría algo para seducirme y luego envejecería, y estaría llena de hijos, no podría escapar y ni siquiera volvería a pensar en ello. Arrebatada mi juventud y arrebatados mis sueños, ya nada me importaría.

Todos estos pensamientos vinieron a mi mente mientras bajaba las escaleras y me dirigía al carruaje que nos llevaría a la alcaldía y luego a la iglesia de la aldea. Era extraño que todo se celebrara el mismo día, pero el matrimonio civil era obligatorio y, además, allí firmaríamos un contrato matrimonial en el cual se estipulaban las dotes y los beneficios para ambos cónyuges como si aquello en vez de un casamiento fuera una simple transacción comercial.

La vez anterior ni siquiera leí el contrato, aunque imagino que Antoine Lasalle había hablado a mi tía al respecto y ésta debió dar su aprobación. Todo lo que obtuve después fue un inmediato desalojo y una pensión cómoda que en realidad me fue de mucha utilidad.

Me hubiera gustado leer antes ese contrato porque sabía que no podría hacerlo ese día, pues era de mal gusto prestarles atención a esas cuestiones mezquinas del dinero y los bienes.

Pero jamás creí que estaría en Gaillac ese día y todavía no podía hacerme a la idea de que

realmente iba a casarme con Clément Alaric Savigny. ¿Sería él mi destino? ¿Llegaría a amarle algún día como amaba a Raymond, por eso las circunstancias me habían arrojado a sus brazos? No estaba muy convencida, me negaba a ser un juguete del destino y a un segundo matrimonio sin amor. Era una derrota a mis convicciones, a mis deseos de forjar mi camino y buscar la felicidad. Había caído en una trampa al llegar a Gaillac, y lo hice mucho más rápido que un ratón ordinario y sin experiencia. ¿Habría alguna manera de escapar?

Observé a los invitados, aturdida. Eran demasiados los que aún rondaban por la casa como moscas y curioseaban. Pero en Provincia la gente no es tan cuidadosa de la etiqueta, son curiosos y quieren saber (sobre todo las damas) cómo estaba vestida una, qué traje de novia llevaba sin perder detalle de nada.

—El joven Clément Alaric la espera en el faetón gris junto a su abuelo, Srta. Savigny —me avisó mi doncella mientras me ayudaba con el velo y el vestido que todo el tiempo pisaba algún invitado que quería felicitar me, o yo misma porque era demasiado largo y estaba más torpe que nunca.

—Está ud. hermosa madame, realmente encantadora —decían los caballeros mientras las damas asentían y no se perdían detalle de la tela, la toca o el ramo.

Debía usar dos vestidos, uno para la ceremonia civil, más formal y otro para el religioso, pero el abuelo organizó todo para que no hubiera tal pérdida imperdonable de tiempo temiendo que en el ínterin escapara. Todo se haría con el mismo vestido.

El vestido comenzó a pesarme, el velo se convirtió en un engorro al igual que la discreta corona de florcitas que lo sostenía, por un momento me sentí como una mártir torturada desde su traje y el malestar continuó porque mi cuerpo se negaba a cometer ese nuevo desatino. ¿Acaso no tuviste suficiente con Lasalle? Parecía reprocharme.

Tuve que detenerme en el jardín, los zapatos eran demasiado altos y me apretaban al igual que el corsé pues no había vestido que quedara bien sin uno, y estuve a punto de desmayarme, porque todo mi ser se negaba a participar de ese acontecimiento.

—Mademoiselle Dumont, ¿se siente ud. bien? Déjeme ayudarla por favor —dijo la voz de un caballero muy gentil.

Desperté de ese desagradable sopor al sospechar que no era un caballero gentil quien me ofrecía su ayuda sino uno muy especial.

—¿Recibió ud. mis flores? —insistió luego.

¿Acaso estaba soñando o me había desmayado y lo estaba imaginando todo? Me pregunté.

—¿Las flores silvestres? Eran de Dulac. Dios mío, ¿es ud. Raymond? —dije sin poder creerlo.

Él estaba frente a mí como salido de un sueño, vistiendo un elegante traje de gala negro y blanco, como si fuera un invitado más, tan guapo con su mirada color miel.

—¿Quién sino? ¿Se siente ud. bien? Está muy hermosa Chloé... —dijo y no me dio tiempo a recuperar el aliento cuando agregó: —Recibí sus cartas y necesito hablarle en privado algunos minutos. ¿Me concede un momento, por favor?

Acepté encantada, no podía creerlo que hubiera ido a rescatarme, su presencia era por sí elocuente.

—Iré en un momento, Lucy —le avisé a mi doncella. Esta miraba embelesada a Raymond y luego me miró aturdida y se apartó.

Él me llevó hasta un rincón apartado del jardín. Algunos invitados nos miraban pensativos y otros simplemente ya se marchaban a la aldea, pero que hicieran lo que les viniera en gana, poco

me importaba que el mundo se viniera abajo en esos momentos. Todo el malestar desapareció y me sentí la mujer más feliz del mundo.

—Chloé, nunca debí dejar que se marchara, que sufriera este desengaño. La verdad que no me dio tiempo a disculparme con ud. Quiero que sepa que en ningún momento quise convertirla en mi querida como ud. pensó. Desde que la vi por primera vez supe que sería mi esposa. Fueron mis dudas y temores lo que me apartaron de esa sabia decisión, no estaba seguro de que ud. compartiera mis sentimientos...

Esperaba que regresara, día a día la esperaba, así como llegó la primera vez sin avisar...

—No tuve coraje, creí que ud. no me amaba, que sus intenciones no eran serias y luego... Fue demasiado tarde para escapar, he sido una prisionera en Gaillac.

—¿Está segura de que acepta ser mi esposa Chloé? Temo que su abuelo jamás se lo perdonará —dijo el vacilante.

—No he soñado otra cosa Monsieur Ferrieres. ¿Jura ud. que no estoy soñando?

Él me tomó entre sus brazos lentamente y me atrajo hacia su pecho, luego besó mis labios despacio.

Pero no me iría solo con lo puesto, si me marchaba para siempre de Gaillac debía recuperar las dos maletas que había aprontado para escapar. Así que llamé a Marie y le rogué que me las trajera. Esta lanzó una exclamación de “Mon Dieu” al ver a Raymond, pero se resignó a que jamás escucharía sus consejos y como ella tampoco esperaba quedarse en Dulac, se guardó muy bien lo que pensaba.

Cuando las maletas estuvieron en el carruaje de seis caballos de Raymond éste insistió en hablar con mi abuelo. Quise persuadirle, prescindir de tal formalidad, temía por él, conocía el temperamento irascible de mi abuelo y si le hacía algo a Raymond jamás se lo perdonaría, ni me lo perdonaría a mí misma.

—Chloé, ¿qué está pasando aquí? ¿Quién es ese hombre? —chilló Lionel quien se le adelantó a Raymond saltando del carruaje donde alguien debió avisarle que estaba besando animadamente a un invitado.

Estaba tan furioso como desconcertado, no imaginaba que cometiera tal desatino en sus narices, poco antes de casarme.

—Él es Raymond de Dulac y voy a casarme con él —declaré con naturalidad. Pero había mucho que explicar y Lionel estaba a cada momento más furioso.

—¿Dulac? ¿Podrías explicarme de dónde sacaste a ese hombre y cómo has decidido plantarme por él? —exigió mientras se plantaba frente a nosotros con expresión amenazante.

Ante la mención de Dulac mi abuelo saltó del carruaje como un resorte, su vista no era muy buena, había estado quieto observándonos a distancia, pero al oír Raymond y Dulac... No pudo contenerse.

—Señor Savigny, ¿podría hablar a solas con ud.? —dijo Raymond.

—Ud. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo se atreve? Suelte a mi nieta de inmediato, ¿también espera robármela como me quitó Dulac? Mi nieta se casará con Clément Savigny y lo que tenga que hablar con ud. será por intermedio de mis abogados. No tengo nada que hablar con ud.

Mi abuelo se negó a escucharlo y Clément seguía exigiendo explicaciones. Y en minutos nos vimos rodeados de gente y de sirvientes resueltos a impedir nuestra huida. Fueron terribles momentos de angustia, temía que Raymond fuera apresado y que jamás pudiera acompañarle como soñaba.

—Ud. no puede llevarse a mi prometida, no lo permitiré. —bramó Clément en un súbito

ataque de celos.

De nada sirvió que le hablara, quería provocar una riña callejera parisina con Raymond, pero este no dudó en aceptar el desafío. Jamás imaginé que mi amado peleara tan bien, a uno le cuesta imaginar a esos nobles peleando como pilletes, y no hubo forma de separarles. Sus trajes se arruinaron, sus rostros, hasta que cayeron los dos tendidos en el pasto para recuperar fuerzas.

Me quité el velo y lancé las flores bien lejos, ese velo y esa corona eran una tortura, habría deseado arrancarme el vestido, pero no podía hacerlo a la vista de todos.

—Si te vas con ese hombre renegaré de ti Chloé, no recibirás un céntimo y quedarás deshonrada para toda la vida. Esos Ferrieres son buitres ávidos de fortunas y tú no tendrás ni una mísera dote. ¿Adivinas cuál será tu destino junto a ese hombre?

Todavía estás tiempo de arrepentirte y de reconsiderar que estás abandonando a un muchacho bueno que te quiere bien y te respeta, por un tunante del que te has encaprichado. Un feroz enemigo de mi familia y también tuyo, él nos robó a todos Dulac, endeudó al imbécil de tu tío hasta obtener la hipoteca de la única propiedad que éste decía poseer —dijo mi abuelo fingiendo una fría calma, pero en sus ojos había mucha desesperación.

—Toda su vida quiso manipular a todos a su antojo Sr. Savigny, por eso mi madre huyó porque nunca tuvo un verdadero hogar y ud. fue muy soberbio para perdonarla. Nada le debo ni le pertenezco y si tengo que olvidarme de los Savigny por el hombre que amo, lo haré. No vine aquí buscando una herencia, vine buscando una familia, algo que no encontré. Su heredero solo puede ser otro Savigny, jamás un Dumont, allí lo tiene. Él cuidará de su heredad —le respondí temblando de la furia y porque temía ser retenida en Gaillac por la fuerza.

Mi mirada se encontró con la de Lionel, estaba furioso y herido, quería matarme porque en el fondo me amaba. Sentí mucha pena por él, debió dejarme escapar anoche y comprender que no podía corresponderle porque amaba a otro hombre. Tal vez debí hablarle de Raymond.

—¿Por qué no le cuentas a tu enamorado por qué tuvimos que celebrar esta boda? ¿Sabe él que nos vieron en el bosque en una situación comprometida? Dígame, Monsieur le Compte, ¿se casará con una joven que ya fue de otro y que comprometió su reputación? La pícara Chloé es demasiado bella para que uno pueda resistirse, ¿sabe? —dijo Clément disparando el último dardo envenenado porque no se resignaba a perderme.

Raymond se le acercó con intenciones de continuar la riña, claro que desmentí todo, aunque supiera que había algo de verdad en las palabras de Clément. En realidad, nunca imaginé que daría un golpe tan bajo, y aunque era cierto lo de los besos, no estaba dispuesta a perder a Raymond por una tontería de esas. Después de todo lo que había luchado y esperado, soñado con ese momento.

—Señor Savigny, me casaré con su nieta y para terminar de una vez con el litigio de Dulac y deje de llamarme estafador, se la obsequiaré a ella como presente de bodas —declaró Raymond.

Pero al intentar subir al carruaje un montón de mozos de los establos, entre ellos el lascivo Gilles se propusieron frustrar nuestra huida. Raymond debió ser asistido por sus criados, que aguardaban por si acaso eran necesarios.

Hubo una trifulca en la que hasta Raymond y Clément participaron. No imaginé que fuera tan complicado huir de Gaillac y hasta el último instante no creí que pudiéramos lograrlo.

Pero al fin dejamos atrás la propiedad y yo juré que jamás regresaría. Marie se sumó a la comitiva a último momento, trayendo consigo mis pertenencias, alguien había intentado detenerla, pero ella defendió mis maletas con inusual coraje como era su costumbre. Y allí estaba a mi lado diciendo:

—Mon dieu, qué aventura Señorita Chloé. Espero que todo resulte bien esta vez y si ese Ferrieres no se casa contigo como prometió a tu abuelo yo mismo le mataré.

CAPÍTULO 23

Dulac nos aguardaba, como en un cuento, el estanque y sus patos, el bosque y el castillo y lo principal: Raymond. Aunque temo que las palabras malvadas de Clément habían sembrado la discordia, algo en Raymond había cambiado como si dudara de si realmente no había ocurrido nada entre nosotros. Estaba celoso y me encantaba, pero esa noche durante la cena decidí aclarar ese asunto pues él esperaba que lo hiciera y yo no deseaba que hubiera dudas ni secretos entre nosotros.

Empecé desde el principio, de cómo había conocido a Clément, de mi sorpresa al enterarme que había resultado ser pariente mío. Y luego lo más difícil, explicar el episodio provocado por la sidra.

—Solo fue un beso, no ocurrió nada —le aclaré, pero, aunque parecía segura por dentro temblaba, si perdía a Raymond por un tonto beso jamás me lo perdonaría...

—Te creo Chloé, si ese joven hubiera llegado más lejos no habrías huido conmigo. Fue mi culpa, jamás debí dejarte ir de Dulac, este siempre fue tu hogar, pero fui cobarde. Y si hubieras llegado a casarte con él obligada, también te habría raptado. Vivimos demasiado apegados a las convenciones y no se puede ser feliz de esa manera. Ese Clément estaba tan desesperado que hubiera dicho cualquier cosa por no perderte, no quise golpearle, pero el sí porque le estaba robando lo que más quería en este mundo así que le di la satisfacción de defender su honor. Seguramente querrá retarme a duelo.

Aquella posibilidad me aterró. —Yo intenté huir anoche y él me atrapó. Sabía que ese casamiento era algo forzado y que no lo amaba. No tiene por qué sentirse traicionado, jamás lo engañé —me quejé.

—Pero te amaba y yo en su lugar habría actuado de la misma forma, y hubiera llegado más lejos que él para retenerte... —dijo él y sus palabras me subyugaron. De pronto me encontré entre sus brazos.

—Haría algo para que no volvieras a abandonarme, debí hacerte mía esa noche, pero no puedo. Serás mi esposa muy pronto pero no puedo esperar una boda secreta, quiero que todos sepan quién será la nueva condesa Ferrieres —dijo él y comenzó a besarme.

Estaba mareada y me dejé llevar, mareada de felicidad, totalmente embriagada de dicha pero no podía permitirlo, no hasta que se casara conmigo. ¿Qué pensaría de mí si no ofrecía resistencia? Una dama debía cuidar su reputación. Amargas e imposibles convenciones vinieron mi mente, además del temor a volver a perderle.

—Detente Raymond, no me tendrás hasta que demuestres que vas a casarte conmigo —le dije muy decidida, aunque sus besos me estaban volviendo loca y muy vulnerable. Sabía que si permitía que deslizara mi vestido estaría perdida.

—¿No confías en mí? ¿Crees que solo deseo convertirte en mi amante? No te dejaré ir de nuevo, ese enamorado tuyo podría intentar llevarte por la fuerza y me encargaré de que no le sea posible... —dijo. —Debí dejarte encinta y no ser tan caballero, los buenos caballeros lo pierden todo en este mundo por ser tan prudentes... Debí obligarte a confiar en mí...

—No podemos Raymond, yo confío en ti, y si no lo hice antes fue porque tampoco confiaba en mí misma, no creía que pudieras amarme ni estar seriamente interesado en mí. Con la hermosa Silvie cerca... Debí quedarme para saber qué sentías por mí en vez de precipitarme a tomar mis propias conclusiones —dije alejándome lentamente como un fantasma con el vestido de seda y encajes.

Tal vez estaba asustada o temía que me abandonara, que pensara lo peor de mí si no tenía la fortaleza de resistirme. Pero me alejé y cuando él intentó atraparme corrí.

Él me alcanzó cuando llegué a mi habitación. —Te atrapé, no escaparás y tendré el honor de desafiar las viejas convenciones —dijo.

—No hasta que te cases conmigo, será muy fácil para ti olvidar el asunto después de que te dé lo que tanto deseas —le reproché desconfiada. Pero en realidad estaba un poco asustada por lo inesperado de la situación, ¡todo me parecía tan irreal! Y seguía temiendo ser abandonada y despreciada.

Raymond dejó de sonreír, algo en sus ojos me hizo saber que entendía parte de lo que me pasaba, por eso se alejó tras darme un último beso apasionado —me casaré contigo Chloé, mucho antes de lo que imaginas.

Mi regreso a Dulac fue un sueño hecho realidad, todo era mucho más hermoso de lo que recordaba y lo primero que hice, fue recorrer los jardines y el estanque.

No podía creer que fuera tan afortunada después de todo lo que había padecido en Gaillac.

Raymond se reunió conmigo momentos después.

—Nunca debiste escapar Chloé, no sin antes preguntarme si realmente quería que te fueras —dijo tomando mi mano.

—Creí que si me quedaba... Perdóname por no confiar en ti, por creer que realmente no podías casarte conmigo. Tu hermana dijo que eras orgulloso y...

Raymond interrumpió mis palabras con un ademán —debí advertirte sobre los celos de mi hermana, es una entrometida, pretende escogerme esposa además de intervenir en asuntos que no son de su incumbencia. Pero ya he tenido una conversación con ella, si no te acepta no podrá venir aquí, ni volveré a dirigirle la palabra.

—Creí que los nobles solo podían casarse con nobles, que en estos tiempos más que antes. Todavía me cuesta creer que realmente puedas casarte conmigo.

—Y que te ame, pero es verdad, ambas cosas con ciertas, creo que cambié mucho el día que cruzaste esa puerta exigiendo ver a tu abuelo y te encontraste conmigo. Y para qué dejes de preocuparte te diré que no necesito una esposa noble ni tenía en mi mente a ninguna que realmente me agradara. Todos mis ancestros se han casado con damas nobles, es hora de un Ferrieres se case con la dama que ama, ¿no crees? —dijo y me besó.

—En un momento creí que te casarías con Silvie —le dije después.

—¿Silvie? —dijo sorprendido. —Silvie fue solo una vieja amiga, pero no volveré a verla ahora.

—Era tan hermosa y además pertenecía a una familia importante.

—Pero la belleza no alcanza cuando faltan otras cosas, Chloé, la hermosura a veces resulta escasa y predecible. Nadie se enamora de la belleza solamente y si lo hace, es un tonto, y por fortuna no es mi caso. Creo que cuando me hice muy amigo de Silvie fue para darte celos, porque pensaba que Gerard Guillaume te atraía —me confesó.

—¿Y por qué nunca respondiste mis cartas? —insistí.

En su rostro apareció esa sonrisa secreta que tan bien recordaba.

—Preferí ir personalmente, nunca he escrito cartas de amor, pero me encantó recibir las tuyas. Fui en cuanto llegaron a mis manos, jamás pensé que correrías peligro en Gaillac. Que ese Savigny querría manipularte de esa forma, pero no se puede esperar menos de esa familia. Por eso han sufrido tantas tragedias a lo largo de su historia. ¿Sabías que hubo un Savigny que raptó a una Ferrieres hace mucho tiempo? Se enamoraron y sus familias, rivales por ser vecinos como ahora, se oponían a esos amores. Huyeron y nunca más se supo de ellos, creo que fueron a España.

—¿De veras?

—Si y hay algo más, mi padre estuvo muy enamorado de tu madre en su juventud. Si ella le hubiera aceptado habría enfrentado al mismo diablo, eso me confesó una vez poco antes de morir y tal vez siempre la quiso, pues después de casarse con mi madre, él siempre averiguaba como estaba Sophie. ¿Te das cuenta que estábamos destinados el uno al otro? Como si fuerzas invisibles nos hubieran unido.

—Bueno menos mal que no se casaron nuestros padres o habríamos sido hermanos y jamás habríamos podido enamorarnos —repliqué risueña.

Él me besó y parecía que siempre nos tentaba el deseo cada vez que estábamos juntos.

Raymond dijo que prescindiría de las formalidades y adelantaría la boda. Ese mismo día se dedicó a organizar todo, envió invitaciones, habló en la alcaldía y en la iglesia y no volví a verlo hasta la noche. La noche era más peligrosa que el día, la oscuridad, la soledad de ese castillo tan inmenso que uno podía perderse en él sin ser visto.

Y para evitar tentaciones, y porque aún temía que un imprevisto impidiera nuestra boda, dije estar cansada y me retiré antes, aunque después me costó mucho conciliar el sueño.

Ignoro como logré resistir esos días, pero imagino que para él fue igualmente difícil controlarse. Ansiaba desafiar la prudencia y reírse de toda la sociedad, pero yo tenía presente, entre otras cosas, a Silvie que por haber sido su amante no había podido ser su esposa.

Días después Raymond recibió una misiva de Clément Alaric Savigny (Lionel) en la cual le decía que no tenía ningún interés en batirse a duelo por una mujer que había preferido a otro. Que le disculpara pero que ya nada podía hacerse, que todo había sido culpa de su estupidez, que no creía en los duelos de pistola, aunque hacía tiempo que estaban de moda. Tenía mejores cosas que hacer en esos momentos.

Y escribió otra carta dirigida a mí:

“Estimada Chloé:

He podido escribirles a ambos después de vencer a rabia y comprender mi derrota.

Debí imaginar que tenías una carta oculta bajo la manga, por eso tu desesperación por huir. Espero que ese condesito remilgado se case contigo como prometió y que sepa valorarte.

Me voy de Gaillac, y cuando esta carta llegue a tus manos estaré camino a Paris, mi fiel amante Paris, no me perdona el que la haya abandonado por otra mujer (tú). Gaillac ya no me ata, y no soportaría que otra dama ocupe tu lugar, jamás me importó ser el heredero del viejo por más que creas lo contrario. Fui a esa heredad a buscarte y como ya no estás allí, aquello no tiene mucho atractivo para mí, ninguno en realidad. Savigny no hace más que maldecir y clamar venganza, ha intentado convencerme de que luche, de que desafíe al atrevido Ferrieres, pero la idea no me entusiasma. Debo aceptar mi derrota, no tengo fibra de caballero andante y eso ha terminado de decepcionar a mi abuelo.

En realidad, hiciste bien en escapar porque el viejo tiene cuerda para rato y yo jamás te habría dejado ir, habría buscado la forma de seducirte y convencerte para que te quedaras conmigo.

Y Savigny, que no es ningún tonto comprendió que había cambiado de parecer con respecto a

la herencia por tu causa, ahora está desesperado porque no podrá retenerme. ¿Pero qué vida me espera en Gaillac sin la bella Chloé como premio? Soportando la ira y amargura de un viejo, pintando cuadros a escondidas mientras bebo hasta el amanecer. Por suerte aún me queda mi arte, pintaré hermosos retratos de la misteriosa y hermosa Chloé Dumont y tal vez algún día lleguen valer una fortuna. Aunque nada me compensará de este dolor Chloé, el que siento cerca del pecho por haberte dejado ir.

Pero es el castigo para los tontos caballeros de este mundo, ¿sabes? Las mejores damas se nos escurren porque no sabemos retenerlas, nuestro sentido del honor y la caballerosidad destruye nuestra natural astucia.

Si ese Ferrieres se porta mal contigo o se muere antes de tiempo (Dios no lo permita ¿verdad?) yo estaré en Montmartre esperándote y no te preocupes si me encuentras con una damisela en la cama, porque ninguna mujer significará lo que tú fuiste para mí, bella Chloé.

Tu fiel enamorado hasta el fin.

Clément Alaric Lionel Savigny

La carta me hizo sonreír. Así era Lionel, inefable y lo suficientemente inteligente para no ser manipulado ni por “el viejo” ni por nadie. No se batiría a duelo con Raymond (y eso me provocaba un gran alivio) y regresaría a Paris, donde seguramente encontraría alguna dama de la cual terminaría enamorándose. Que Savigny maldijera, nunca iba a entender que no podía manejar a los demás a su antojo, se quedaría solo con su orgullo y necedad.

Los preparativos siguieron su rumbo y hasta recibimos la ayuda de Therese (aunque no me fiaba demasiado de ella) quien se presentó en Dulac muy cambiada, diciendo que no podía estar ajena a un hecho tan importante como era la boda de su hermano.

Era pura dulzura lo que me hizo temer que se trajera algo entre manos como dicen. ¿Acaso no había dicho que su hermano no podía comprometerse ni realizar un casamiento tan absurdo como ese? ¿No sería ese cambio de parecer otro plan para impedir que su hermano cometiera esa locura? Yo no me fiaba y la vigilaba a la distancia, y Raymond tampoco le prestaba demasiada atención. Tuvieron una discusión una semana después de su llegada y Raymond se quejó de que solo quería molestar y entrometerse. Lo que preocupaba a Therese era la fiesta, debía ser importante y todas las mejores familias nobles debían ser invitadas.

Olvidando ese inconveniente, quise hablar con Ferrieres sobre los documentos que había encontrado entre las cartas de mi madre. Fui a su biblioteca una tarde y se los entregué.

Él los leyó y yo sonreí recordando que había pensado en usar esa arma para obligarle a casarse conmigo.

—Dulac es tuyo, no dejaré que Sauvigny te la arrebate —dije.

Raymond estaba muy serio. —Esto explica muchas cosas Chloé. Pero Dulac te pertenece por derecho y quiero devolverte lo que ese truhán Dumont les arrebató a tus padres y a ti —dijo él.

Sus palabras me sorprendieron, sabía cuánto deseaba Dulac, y cuanto había peleado por esas tierras.

—Pero tú has hecho mucho por Dulac, quiero que tú seas su dueño. Además, mi tío estaba en deuda con uds. y sé que has sacado adelante esta vid mucho más que cualquiera de los Dumont que vivieron aquí —le respondí.

—Hace años que mi familia deseaba estas tierras linderas, pero tampoco la obtuvieron de forma limpia. Dulac no pertenecía a Dumont, es tu herencia y quiero que esté a tu nombre Chloé, que si algo me ocurre este sea tu hogar para siempre. Conozco de leyes y sé que sin estas previsiones una mujer siempre termina desamparada. Dulac siempre será tuya, yo solo me

encargaré de hacerla prosperar, pero aquí nacerán y vivirán nuestros hijos.

Agradezco que quisieras darme esos documentos, pero ya está decidido, he resuelto el litigio de estas tierras devolviéndolas a su legítima heredera.

Su declaración hizo que me emocionara, sabía cuánto amaba Dulac y todo lo que había luchado por tener ese lugar y ahora me lo obsequiaba, aunque su legítimo heredero fuera mi abuelo pues había sido suyo en otros tiempos. Él tomó mi mano y luego en un arrebato de pasión me besó.

No hubo incidentes que impidieran que una cálida mañana de junio me casara con Raymond conde de Ferrieres y me convirtiera en la mujer más dichosa al lograr ese sueño.

Y luego cada día al despertar y ver Dulac con su estanque, el lago y las montañas a lo lejos, la extensa vid no podía creer que pudiera ser tan afortunada y me he dicho que si es un sueño no deseo despertar, que valió la pena padecer lo indecible para luego recibir en recompensa una dicha tan plena. Y si en el futuro había dificultades, tenía la certeza de que podríamos afrontarlas. Raymond y Dulac serían mi familia, mi hogar, lo que siempre había anhelado.